

Los campos del futuro

serie
Estudios

Ministerio de
Agricultura, Pesca
y Alimentación

Secretaría
General Técnica

Bertrand Hervieu



Nº 118
V-2743

Los campos del futuro

Bertrand Hervieu

Traducción y notas a cargo de
Eduardo Moyano

Presentación a cargo de
Eduardo Ramos y José Juan Romero



MINISTERIO DE AGRICULTURA, PESCA Y ALIMENTACION
SECRETARIA GENERAL TECNICA
Serie Estudios, n.º 118, 1996

El MAPA no se identifica necesariamente
con las opiniones vertidas en esta publicación
por sus autores.

© Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación

Imprime: grafobet sl

Diseño cubierta: grafismo

Publicaciones del:



MINISTERIO DE AGRICULTURA, PESCA Y ALIMENTACION

SECRETARIA GENERAL TECNICA

CENTRO DE PUBLICACIONES

Paseo de la Infanta Isabel, 1 - 28071 Madrid

NIPO: 251-96-043-5

ISBN: 84-491-0206-5

Depósito legal: M. I.553-1997

INDICE

| | <u>Págs.</u> |
|---|--------------|
| PROLOGO | 7 |
| PERSONALIA | 25 |
| INTRODUCCION | 29 |
| PRIMERA PARTE | |
| LA DECADA DE TODAS LAS RUPTURAS | 43 |
| Capítulo 1.º Agricultura y población..... | 47 |
| Capítulo 2.º Agricultura y explotación familiar | 63 |
| Capítulo 3.º Agricultura y territorio..... | 77 |
| Capítulo 4.º Agricultura y alimentación | 89 |
| Capítulo 5.º Agricultura y medio ambiente..... | 101 |
| SEGUNDA PARTE | |
| LAS LINEAS DEL FUTURO | 111 |
| Capítulo 6.º La calidad, en el centro de proyecto..... | 115 |
| Capítulo 7.º Territorios a integrar, territorios de integración | 131 |
| Capítulo 8.º Una profesión para el mañana..... | 151 |
| A MODO DE CONCLUSION: Hacia un nuevo contrato social | 181 |

NOTA DEL EDITOR

Aunque el proceso de elaboración y edición de todos los libros que componen esta Serie siempre exige un esfuerzo especial tanto para los autores como para este centro editor, en esta ocasión este esfuerzo ha tenido que multiplicarse. La edición de este libro no hubiera sido posible sin la generosa y profesional colaboración del autor, de los impulsores de esta iniciativa y del traductor.

Bertrand Hervieu cedió gratuitamente los derechos de edición en castellano de su libro *Les champs du futur* al Centro de Publicaciones de este Ministerio. Eduardo Ramos fue el impulsor de esta edición y quien, juntamente con José Juan Romero, ha preparado el excelente prólogo al libro en cuestión. Eduardo Moyano se ha preocupado por efectuar una cuidada traducción, procurando mantener la alta calidad literaria del texto original francés y enriqueciéndolo con notas aclaratorias.

Consecuentemente, nos encontramos ante un libro fruto de la colaboración de profesionales universitarios e investigadores procedentes de uno de los núcleos, el de Córdoba, que han contribuido y siguen contribuyendo de forma significativa a la consolidación de las ciencias sociales agrarias en nuestro país.

El libro de Hervieu proporciona una lúcida reflexión sobre las claves del futuro de los espacios rurales en Francia, país en el que la cultura rural ha vertebrado históricamente su sociedad. La edición en castellano de este libro, juntamente con el que próximamente aparecerá en esta misma Serie de Benjamín García Sanz, *La sociedad rural ante el siglo XXI*, nos proporcionan un elemento valioso para la comprensión de las transformaciones radicales de las funciones de la agricultura y del mundo rural francés y español en el entorno comunitario.

PROLOGO

APORTACIONES AL NUEVO DEBATE SOBRE LA RURALIDAD EN ESPAÑA

¿Qué está ocurriendo en el campo? ¿Por qué murmuran con tristeza aquellos agricultores que no hace tanto sentían el orgullo de desempeñar un papel fundamental para la sociedad? ¿Por qué la política agraria de la Unión Europea está en constante proceso de revisión y reforma? ¿Cómo interpretar las razones que, periódicamente, llevan a nuestros agricultores y ganaderos a manifestarse masivamente en pro de reivindicaciones que no siempre son comprendidas? ¿Cómo es posible que la sobreproducción agraria sea un inconveniente en Europa cuando la seguridad alimentaria es uno de los principales problemas de la humanidad en nuestro siglo? ¿Qué habría que hacer para mantener la rica variedad de nuestros paisajes, forjados a lo largo de siglos de contacto entre el hombre y el medio? ¿Qué hay de cierto en las voces catastrofistas o en los cantos de sirena, que de cuando en vez invocan sentimientos ancestrales en una población acostumbrada a convivir con las tecnologías más avanzadas? ¿Por qué estos sentimientos ambivalentes en las ciudades hacia los problemas de unos territorios con los que se sueña, pero a los que a la vez se olvida? ¿Estamos ante problemas que sólo aparecen en este país?

Estas y otras muchas preguntas le vienen hoy a la cabeza a quien se plantea el porvenir de las zonas rurales. Son cuestiones a las que se llega tanto si se piensa en la viabilidad de la agricultura, como si preocupa el problema del paro, el de la contaminación o el del progresivo abandono de los espacios. De hecho, la

inquietud, en muchas ocasiones la pasión, que provocan estos temas se explica porque junto a ellos está entretejida una buena parte de la cultura y la historia de Europa; y porque con ellos se vislumbra, posiblemente, algo del futuro del viejo continente.

¿El problema rural es, pues, sólo un problema rural? Ciertamente, no. Lo que ocurre en el campo puede interpretarse como síntoma de un proceso de profunda transformación que afecta a la sociedad actual. Lo que está realmente en cuestión es el propio modelo de desarrollo; el modo de relaciones que surgió de la postguerra y que, aplicando recursos y esfuerzos en las concentraciones urbano-industriales, provocó un importante cambio de papel de las áreas rurales. La agricultura jugó el rol de motor de desarrollo trasladando su excedente a las zonas en expansión y liberando mano de obra. Paralelamente, sirvió de motor dinamizador de actividades industriales en *amont* y *aval*, y pasó a ser la actividad rural por antonomasia. La frecuente identificación de los conceptos agrario y rural se apoya en estos hechos.

Dada la hegemonía de la agricultura en el medio rural, el paralelismo cronológico entre la crisis agraria y el declive rural se explica por los progresivos cambios que vive la política agraria europea desde la década de los ochenta. Los problemas generados por una política agraria *víctima de su propio éxito*, se interpretan económicamente como una externalidad negativa del sistema. No son, por tanto, exclusivamente imputables a la agricultura; aunque la agricultura conviva con la cara más oscura y fría del problema. Pero la verdad es que las iniciativas políticas por reducir los excedentes agrarios, limitar el crecimiento del coste de la PAC y suavizar las disparidades regionales intracomunitarias, unidas a las exigencias de países terceros de un menor grado de intervención de la UE en el comercio internacional de productos agrarios, destaparon la caja de los truenos.

La firma en Marrâkech, en abril de 1994, de los acuerdos del GATT que cierran la famosa Ronda Uruguay significa de alguna manera la consolidación —o puesta en marcha— de un proceso de reasignación productiva agraria a nivel mundial. La disminución del proteccionismo de la tradicional Política Agraria Comunitaria europea y, en consecuencia, la mayor accesibilidad de sus

mercados para productos de terceros países han puesto en cuestión de forma muy radical los paradigmas productivistas tradicionales.

Por otro lado, en los países en vías de desarrollo los problemas medioambientales y los asociados al modelo de urbanización masiva han llegado ya a puntos de saturación y callejones sin salida de tal magnitud que es universalmente reconocida la necesidad de frenar el proceso de despoblamiento del mundo rural y de aprovechar las potencialidades productivas de dicho medio, tanto para la producción de alimentos como para otros bienes y servicios cada vez más demandados por la sociedad.

Está en juego la consecución de la meta del desarrollo sostenible tanto en los países industrializados como en los países en vías de desarrollo.

Las mutaciones aludidas, que afectan a la agricultura como sector, a las políticas agrarias —en particular la eurocomunitaria—, al territorio y a la sociedad rurales, a los intercambios internacionales de alimentos y al propio problema de la seguridad alimentaria a nivel mundial, están ocupando cada vez más el centro del debate político, económico y social.

Así pues, no es que los cambios en la política agraria europea y en los acuerdos comerciales internacionales hayan provocado la crisis actual. No. Es, más bien, que las nuevas medidas han ido poniendo al descubierto una crisis profunda del mundo rural, que ya se venía larvando desde hace tiempo, pero que quedaba enmascarada por los diferentes sistemas de protección agraria que arrancaron del Tratado de Roma y que se fueron perfeccionando y completando al ritmo que exigía el proceso de desarrollo europeo.

Pero ahora la competitividad se sitúa en el centro del huracán. Y la liberalización progresiva de las economías se invoca como una exigencia inevitable para profundizar en el proceso de crecimiento económico. Por la competitividad la desregulación, por ésta la reforma de las medidas de protección agraria y a partir de ella la evidencia del declive rural.

Por eso, si se acepta que los problemas del campo son, en cierta medida, hijos de la dinámica *urbanizante* de los países occidentales, que se debaten entre fuertes contradicciones inter-

nas, y que los problemas rurales afectan negativamente a las áreas urbanas, también debería darse por cierta la proposición inversa: una parte de los problemas urbanos de las sociedades modernas tendría alguna mejora apostando por resolver, de forma colectiva y co-responsable, los problemas rurales. Esta proposición bastaría para establecer que la solución de los problemas del campo es una tarea que exige ser tratada a un nivel integral, al interesar a toda la sociedad. Claro que otra cosa es decidir cómo pueden llevarse estas ideas a la práctica y estimar la viabilidad y el coste real de diferentes iniciativas al respecto. La respuesta a tales cuestiones depende del grado en que la sociedad en su conjunto entienda que, por no tratarse de un problema parcial o puntual, tiene la responsabilidad colectiva de encontrarle solución.

El grado de sensibilización de la sociedad europea ha ido evolucionando a la par que las reformas de la política agraria provocaban sus efectos en el campo. A mediados de los años ochenta se sitúan una buena parte de los elementos de detonación de todos los conflictos. Desde que en esos años se implantan las cuotas lácteas y los estabilizadores agrarios la inquietud social por los problemas rurales no ha dejado de crecer.

Por su parte, diferentes instancias de la Comisión europea empiezan a ocuparse del tema, primero de una manera más tibia y con un mayor interés, después, a medida que los problemas rurales sugieren dimensiones más alarmantes. Los diversos informes sobre la necesidad de una reforma de la política agraria común se solapan en el tiempo con las iniciativas públicas y privadas en apoyo de lo rural. Así, documentos tan agrarios como el *informe MacSharry*, o el muy difundido *Evolución y futuro de la PAC*, o incluso el *informe Dunkel* (que fijó la postura inicial para los acuerdos del GATT), coinciden en la inevitabilidad de los cambios. La mundialización de la economía es un hecho y no hay razones de peso para que no se traslade al comercio internacional de productos agrarios.

La primera expresión clara de la evolución de la postura institucional europea hacia enfoques ruralistas la constituye el conocido documento *El futuro del mundo rural* (1988), publicado por la propia Comisión. En él se reflexiona sobre las consecuencias

de un cambio en los sistemas de protección agraria y se esbozan los nuevos papeles que la sociedad actual exige al mundo rural. Como en su día ocurrió con el *informe Mansholt* en materia de política de estructuras, el texto no tiene carácter normativo pero pone la primera piedra de lo que ya empieza a llamarse la Política Rural Europea.

En esos mismos años se sitúa la Reforma de los Fondos Estructurales y se ponen en marcha los Programas Operativos y las Iniciativas Comunitarias. Unos y otras ofrecen por primera vez vías de apoyo institucional a proyectos de desarrollo, acordes con las exigencias de los nuevos tiempos, a las áreas rurales que lo necesiten. El ya popular programa LEADER es una realidad desde entonces, que empieza a expandirse por Europa en apoyo de iniciativas de desarrollo rural para las regiones Objetivo 1 y 5b. El Programa Operativo PRODER constituye una experiencia (en esta ocasión, exclusiva de España) específicamente diseñada en beneficio de las áreas rurales. Y esto no es todo. La política regional europea se preocupa crecientemente por la desertización del espacio y apuesta por las comunicaciones y los equipamientos. Otras políticas atienden a aspectos complementarios y entre todas se entiende que la *integración de los espacios* debe pasar a ser una gran prioridad europea.

Mientras esto ocurre en las instancias públicas distintos grupos de reflexión están aportando su punto de vista sobre estas transformaciones y crean opinión sobre los agentes decisores para encaminar las futuras políticas. La especial sensibilidad francesa por su medio rural explica que uno de los grupos de mayor impacto, el llamado Grupo de Seillac, naciese en nuestro país vecino. En ese grupo se integró precisamente Bertrand HERVIEU, autor de este libro. Más reciente es la aportación del denominado Grupo de Brujas, que nace del anterior con la inclusión de miembros de otros países europeos. Al igual que ocurre con el Grupo de Larissa, o el Arkleton y tantos otros.

Cuando este libro salga a la calle todavía resonarán los ecos de las opiniones y conclusiones de la Conferencia Internacional de Cork. Entre el 7 y el 9 de noviembre de 1996 se reunieron en esa ciudad irlandesa un nutrido número de especialistas para tratar los problemas del desarrollo de las áreas rurales europeas

desde las perspectivas científica, técnica y política. La conferencia inaugural del comisario Fischler y el texto-decálogo de la declaración final no tienen desperdicio. La importancia y la trascendencia de garantizar la vitalidad de las zonas rurales europeas fueron argumentos comunes en ambos casos. Dos expresiones literales del propio comisario encierran una tremenda fuerza: *“Debemos preparar a tiempo, lo que para muchos es definir las políticas a partir del 2000”* y otra, aún más clara, *“El desarrollo rural es un asunto que nos afecta a todos, pero nadie parece darse cuenta”*. La necesidad de disponer y articular los fondos necesarios para hacer posible este objetivo prioritario fue la conclusión lógica de la conferencia. Conclusión que deberá ser estudiada por los Estados miembros.

En definitiva, desde que se planteó públicamente la inquietud de la Comisión por el desarrollo rural cada vez son más numerosos los sectores políticos y sociales que coinciden en asignar un alto grado de prioridad a este tema. La evolución desde las posturas más agraristas hasta las más ruralistas constituye un gradiente continuo de opiniones, intereses y convicciones que evoluciona día a día. La necesidad de integrar la política agraria con las nuevas exigencias de índole territorial es cada vez sostenida por más colectivos europeos.

La problemática rural discurre en España por el mismo camino que en el resto de países europeos, pero con un cierto desfase temporal. También puede ser similar el desconcierto de los agricultores españoles, que no consiguen comprender del todo la naturaleza de los cambios a que se enfrentan. Sin embargo, hay dos hechos que explican la relativa diferencia entre los *tempos* español y comunitario: el amortiguamiento de los efectos de la última reforma de la PAC y la hipersectorialización del discurso agrario.

Efectivamente, hoy puede decirse que los efectos de la reforma del 92-93 han estado especialmente amortiguados en España. Por una parte, las sucesivas devaluaciones que vivió la peseta en tiempos de las tormentas monetarias redujeron en buena medida el impacto de ciertos ajustes, sin que los agricultores percibiesen adecuadamente su significado a medio plazo. Por otra parte, el sistema de ayudas destinadas al olivar, la

implantación de los pagos directos y las transferencias a las zonas objetivo 1, supusieron una importante entrada de recursos financieros. Así, el *decoupling* o separación entre las ayudas y la producción, ha sido generalmente bien aceptado por los agricultores al comprobar que no perjudicaba sus ingresos. Además, el relativo mantenimiento del precio de los cereales en los mercados mundiales ha sido igualmente observado con interés, mientras se ponían en duda las voces agoreras de quienes habían *amenazado* con caídas vertiginosas paralelas a la liberalización del comercio.

Aunque las señales de los cambios han llegado suavizadas por las circunstancias descritas no es menos verdad que estos fondos evitaron, afortunadamente, lo que podría haber sido una catástrofe descomunal, en unos años en los que la sequía asoló especialmente los campos de España.

En segundo lugar, los procesos de reforma de los sectores más mediterráneos de la PAC (frutas y hortalizas y aceite de oliva), han sectorializado la opinión pública, dificultando percibir las verdaderas señales del mercado y entender las estrategias de otros países. Desde esta nueva profundización en la perspectiva sectorial de la política agraria se comprenden mejor las posturas de defensa de intereses más agrarios que rurales.

Junto a todo lo dicho es necesario añadir algo sobre la opinión de los actores más directamente implicados: los propios agricultores. Muchos de ellos comprenden, aunque no siempre lo digan en público, que la situación actual no puede seguir. Consideran una aberración una política que pague por no hacer nada, provocando en muchos casos la desprofesionalización del propio agricultor. Por eso desean disponer de instrumentos que permitan volver a dignificar su actividad sin menoscabo de sus ingresos.

De igual manera, es lógico que, tras una larga trayectoria de medidas orientadas a proteger el campo a través de la agricultura, la visión de una buena parte de los funcionarios de la administración agraria sea igualmente agrarista.

El *más vale pájaro en mano...* podría explicar la inercia a conservar el discurso conocido de profundizar en la orientación productiva de la política agraria. Que el impacto de la reforma de la

PAC no haya sido tan negativo como se temió ha contribuido a potenciar este sentimiento. Las dudas sobre que con unas nuevas reglas de juego se revisen los acuerdos de distribución de fondos de la política agraria y se produzca una merma de ingresos para España, refuerza el espíritu de cerrar filas en torno a la PAC.

Así pues, el nuevo enfoque ruralista no ha acabado de calar en España. Se puede interpretar que, además de por los intereses agrarios, esto ocurre por otras razones. En primer lugar, porque no se comprenden bien ni el alcance ni las consecuencias de los nuevos enfoques. Y en segundo lugar, porque las características (clima, renta, estructuras, servicios y equipamientos, hábitos culturales...) de nuestro país implican una serie de limitaciones que no tienen otros socios europeos.

Por eso, puede decirse que en España es aún más importante que en otros países una estrecha articulación entre las actividades de producción agraria y el resto de las actividades de las áreas rurales. Pero, además, la necesaria perspectiva integrada del desarrollo rural debe ser fácil de entender por la sociedad. Cualquier intento de profundizar en políticas rurales debe partir de considerar que, en ausencia de otras alternativas, la agricultura es, y debe seguir siendo, la actividad fundamental en muchas zonas rurales. O dicho de otro modo: no sería posible el desarrollo rural en España sin contar con la agricultura, como no parece posible profundizar en la modernización agraria sin trabajar a la vez en la revitalización de los tejidos socioeconómicos de las áreas rurales. Aunque, en cualquier caso, el argumento definitivo para que se tomen en serio las nuevas orientaciones rurales europeas será el volumen de los fondos, que las autoridades públicas dediquen a las nuevas políticas.

El debate nacional sobre el desarrollo rural se abrió oficialmente en España, en 1992. En un acto público, celebrado en Madrid y presidido por el entonces vicepresidente del gobierno Narcís SERRA, se presentó un documento general de reflexión. *El desarrollo del mundo rural en España. Informe preliminar*, fue el título de ese primer trabajo que realizaron una serie de técnicos e investigadores por encargo del Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación. El debate que siguió puso en evidencia el bajo nivel de reflexión sobre el tema y produjo una notable

expectación en los asistentes, fundamentalmente relacionados con la agricultura.

La siguiente aportación colectiva al debate se nucleó, muy poco después, en torno a la Universidad de Córdoba por encargo del Presidente de la Junta de Andalucía. De esta manera, se formó un grupo de trabajo constituido por especialistas de distintas universidades andaluzas y de ETEA, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y del Centro de Investigación y Desarrollo Agrario, además de por expertos de las Instituciones europeas y de la Administración regional. El trabajo de este grupo produjo un documento que ha tenido una gran difusión en todo el territorio nacional e incluso fuera de nuestras fronteras: las *Bases para un Plan de Desarrollo Rural Andaluz*. Partiendo de las primeras ideas aportadas en el documento de reflexión nacional, el objetivo de este texto fue actuar de palanca para la puesta en marcha de un Plan Regional de desarrollo rural en Andalucía. Este Plan pretendía servir de experiencia pionera de integración de políticas y permitir avanzar en España en la definición de los objetivos propios de una política rural general que integrase los temas agrarios y los territoriales. El texto fue presentado oficialmente por el Presidente de la Junta de Andalucía en un acto público celebrado en Córdoba en 1993.

Los avatares políticos, que a partir de entonces, vivieron el país y la Comunidad Autónoma andaluza, retrasaron y modificaron profundamente la puesta en marcha del proyecto. Pero la semilla no cayó en terreno baldío y en las diferentes instituciones de investigación con que cuenta Córdoba existen grupos que continúan profundizando sobre el tema aportando sus granos de arena al debate.

Una de las consecuencias concretas de estas iniciativas ha sido la implantación por la Universidad de Córdoba de la primera carrera superior en desarrollo rural con que cuenta nuestro país: *Técnico Superior en Desarrollo Rural*. Con esta titulación el núcleo cordobés ofrece una posibilidad de formación multidisciplinar y orientada a la solución de los nuevos problemas a todos aquellos que lo necesiten.

La profundización en el debate sobre el mundo rural tiene desde entonces una especial pujanza en el territorio andaluz.

Una apreciable cantidad de aportaciones a grupos internacionales, organización de cursos de especialización, seminarios en la Universidad Internacional de Andalucía, y publicaciones sobre los diferentes aspectos del tema han ido proliferando por iniciativa de los distintos grupos de trabajo.

Precisamente de uno de estos cursos, celebrado en la sede Antonio Machado de la UIA en 1994, nace la publicación del presente libro en España. La participación de Bertrand HERVIEU como ponente en el curso y el interés que suscitaron sus planteamientos entre los asistentes llevó a la dirección del curso a proponer y gestionar la traducción y edición en nuestro país de *Los campos del futuro*, texto del autor a la sazón recién publicado en Francia. Esta tarea fue asumida desde entonces con gran entusiasmo por el programa editorial del MAPA.

Para que el texto tuviese una mejor comprensión por parte de los lectores españoles se decidió confiar la traducción y la redacción de las notas aclaratorias a uno de los sociólogos rurales españoles que mejor conocen el mundo de las organizaciones agrarias francesas. De esta manera el texto reviste una especial utilidad e interés como aportación al debate nacional sobre la problemática rural.

La línea editorial del MAPA sobre este tema, en su orientación más moderna, arrancó realmente hace ya algunos años. Partiendo de los libros de análisis general publicados en la Serie Estudios el primer texto fue el publicado con el número 50: *Desarrollo rural integrado* (1988), producto del núcleo de Barcelona que tuvo una repercusión muy importante por ser pionero en el comienzo de los grandes cambios. A este libro siguió otro poco después: *Cambio rural en Europa* (n.º 56, 1990), trabajo generado por el núcleo de liderazgo escocés. Y a éste otro generado en el núcleo de Córdoba: *Hacia un nuevo sistema rural* (n.º 99, 1995). Junto a estos textos de tipo general la Serie Estudios ha publicado también otros trabajos que abordan la misma problemática desde ópticas específicas: *Del éxodo rural y del éxodo urbano* (n.º 81, 1993), *Espacios rurales de ocio* (n.º 89, 1995), *La agricultura familiar ante las nuevas políticas agrarias* (n.º 92, 1995), *Mercados de trabajo y reestructuración rural* (n.º 98, 1995), *El campo y la ciudad* (n.º 107, 1995), *Mercado de trabajo en áreas rurales* (n.º 110, 1995) y *La sociedad rural ante el siglo XXI* (n.º 125, 1996).

Algunos de los libros de orientación parcial sobre los enfoques rurales, publicados por el MAPA fuera de la Serie Estudios, son: *Sociedad rural y juventud campesina* (SEA, 1984), *Situación socioprofesional de la mujer en la agricultura* (SGT, IRA, SEA, 1991; actualizado en 1995), *El futuro del mundo rural* —traducción del texto seminal de la Comisión— (IRYDA, 1992), *El turismo rural en el desarrollo local* (SGT, 1992) y *Ecoturismo, criterios de desarrollo y casos de manejo* (ICONA, 1992). Este esfuerzo editorial se completa con la aparición de un tratamiento especial en las dos revistas del Ministerio: *Revista de Estudios Agrosociales* (n.º 169, 1994) y *Agricultura y Sociedad* (n.º 77, 1995), junto a la aparición de trabajos sueltos en otros números.

Presentar a los lectores españoles a un autor como Bertrand HERVIEU constituye un gran honor. Pero también supone una tarea nada fácil resumir en pocas líneas la envergadura de su currículum. El autor es realmente persona muy conocida y valorada en Francia y en otros muchos países. En España es, igualmente, un autor de referencia imprescindible en el ámbito de la sociología rural, aunque el no haber escrito en español haya limitado la difusión de su obra entre nosotros. Su perfil profesional aún el corazón de quien tiene sus raíces en el campo (hijo de un agricultor), el bisturí de quien por ser un científico (investigador en el Centro de Estudios sobre la Vida Política Francesa —CEVIPOF—, de París, dependiente del Centro Nacional de Investigación Científica, CNRS) trata los temas con el mayor rigor académico, la visión de conjunto y la experiencia de quien ha pasado por la responsabilidad de los gabinetes ministeriales (con Edith CRESOIN de primera ministra gala) y la elegancia literaria de un gran escritor (autor de múltiples y renombrados trabajos), que captura al lector desde los primeros párrafos. Por tanto, puede decirse sin exagerar que con él se incorpora a la galería de autores de la Serie Estudios del MAPA una pluma de primera línea.

El rico y poco frecuente perfil del autor justificaría ya, por sí solo, la publicación de uno de sus trabajos en la Serie Estudios. Sin embargo, no es ésta la única razón para ello. El texto que se presenta, *Los campos del futuro*, es un prodigio de síntesis y visión de largo alcance por parte de una persona que conoce como pocas la historia de la agricultura francesa y europea. La

frescura de las ideas que presenta y la profundidad con que se analizan las relaciones entre los problemas lleva a leer el texto de corrido, abre un sinfín de interrogantes y ofrece ideas de calado para plantear soluciones o vías de futuro. Se trata pues de un texto que marca un punto importante en el debate europeo sobre el mundo rural y que, al proponer reflexiones que en España aún no se han planteado de una manera amplia, constituye una aportación importante al debate nacional.

El libro que se presenta se divide en dos partes bien diferenciadas.

La primera parte se titula “La década de todas las rupturas”. En ella, el autor analiza con detenimiento las rupturas —con frecuencia traumáticas— que considera esenciales para explicar el cambio radical y la crisis en curso de la agricultura y del mundo rural. Estas rupturas son cinco:

La primera ruptura es la toma de conciencia de los agricultores de que constituyen en la sociedad moderna **una minoría más entre otras**. En el origen de este fenómeno está el hecho de que en los últimos cincuenta años la población rural francesa se transformó en una población agrícola. La regresión demográfica y el envejecimiento de la población rural son la manifestación más expresiva de esta primera ruptura. Y, paradójicamente, según Bertrand Hervieu: *“... las evoluciones que lo atraviesan hacen que el mundo rural sea menos el testigo de una sociedad del pasado que la prefiguración de los problemas que esperan a las sociedades occidentales del futuro”*.

La segunda ruptura consiste en el agotamiento del famoso paradigma (tan genuinamente francés) de la **“explotación familiar”**. Ahora bien, la creciente concentración de la producción en las grandes explotaciones francesas es un proceso incuestionable. En relación con ese proceso, el autor analiza los fenómenos del trabajo exterior asalariado de las esposas de agricultores, el problema del celibato rural, así como la tendencia imparable hacia la agricultura societaria. En último término, lo que está ocurriendo es que *“... el sector agrícola asimila las orientaciones culturales y sociales de la sociedad en su conjunto”*.

La tercera ruptura, expresivamente denominada **“el territorio desarraigado”**, se produce por la movilidad de las actividades

productivas, también de las agrarias. El desarraigo aludido se produce mediante la doble e irreversible tendencia a la concentración y a la especialización de la actividad productiva, también de la agraria: en eso no se distingue de la industria y los servicios.

El cuestionamiento radical de la tradicional función de **la agricultura como proveedora de alimentos** a la sociedad constituye la cuarta ruptura, quizás una de las más traumáticas. *“El famoso slogan: ‘Nuestro oficio consiste en alimentar a la humanidad’ ya no funciona”*. Varios fenómenos de envergadura están cambiando las cosas: la disminución del peso de la alimentación sobre los presupuestos familiares, la seguridad alimentaria de los países occidentales: *“... nueve de cada diez individuos, si han tenido el privilegio de nacer en Europa occidental, tienen la seguridad prácticamente total de comer todos los días a satisfacción hasta el día de su muerte, sin que ello exija la mayor parte de su energía creativa o laboral”*. Esta seguridad —por desgracia no generalizable a la mayoría de la población mundial— implica un cambio radical de la relación entre la agricultura y la población. Y ni siquiera vale apelar a una nueva función —fuente alternativa de sentido para los agricultores del Norte— la de proveedores de alimentos para las masas hambrientas de los países subdesarrollados. La aspiración moral de los agricultores del Norte a alimentar a los pobres debe ser contrarrestada con el derecho de cada pueblo a alimentarse.

Por último, también la agricultura es responsable de los preocupantes **problemas medioambientales** que padece el planeta: es la quinta y última ruptura analizada. Transformada en un verdadero oficio *“minero”* la agricultura ha roto, en cierta medida, su *“contrato natural”* con el mundo vegetal y animal. *“Es hora de acabar de una vez por todas con esa especie de fundamentalismo agrario... Ser agricultor es un oficio como cualquier otro”*. *“El mundo agrícola ha pasado, en menos de medio siglo, de una relación de dominación-sumisión a las leyes de la naturaleza, al dominio técnico de dispositivos biológicos complejos”*.

En síntesis, lo que el autor pretende en la primera parte es demostrar que *“... ya no es posible pensar el futuro bajo la forma de una continuación del presente”*.

La segunda parte, titulada “Las líneas del futuro”, define las grandes líneas por las que debe discurrir una nueva política rural, superando la tentación de “*gestionar las nostalgias*” de la sociedad tanto rural como global.

En primer lugar, **la calidad** (“*producir mejor*”) es el objetivo que debe reemplazar a lo que en los decenios de postguerra significó la lucha por la cantidad (“*producir más*”). La lógica de los planteamientos cuantitativos no responde ya a las demandas de la sociedad. Por varias razones:

1. Por los efectos perversos de esa lógica (excedentes, en particular);

2. Por los desmanes ecológicos derivados de un planteamiento “*minero*” de la producción agropecuaria.

3. Por las implicaciones planetarias de los incrementos de productividad (“... *mientras más inundamos los mercados mundiales a los precios que lo hacemos... más desanimamos a los agricultores del Sur*”).

4. Porque condenaría a su desaparición a la mayoría de los propios agricultores franceses y europeos; puestos a producir en cantidad sobrarían en Europa cinco millones de activos agrícolas.

Por el contrario, la noción de calidad, entendida de forma integral, ofrece una “*nueva frontera*”, un nuevo horizonte para el sector. Se trataría, por supuesto, de que se generalicen los productos de alta calidad, de acuerdo a las exigencias de los consumidores, pero también de que mejoren los productos de consumo corriente por la vía de la transformación y de la distribución adecuadas, rompiendo (una vez más) el “*fundamentalismo agrario*”: “... *esta cultura de la calidad no ha penetrado el mundo de los agricultores, que prefieren autoutilizarse reduciendo su papel al de productores de materia prima*”. Calidad, por último, en la relación del agricultor con la tierra, que constituye un patrimonio de la nación y de las generaciones futuras.

A continuación, subraya la importancia creciente de **la integración territorial**, teniendo bien claro que ya no se puede identificar desarrollo rural con desarrollo agrario. En este punto, es inevitable evocar “... *la imagen trágica de unos campos antes vivos, transformados hoy en ‘desiertos’*”. El viejo concepto de ordenación rural (“*aménagement rural*”) debe integrarse en el más amplio de desarrollo rural y de desarrollo local. Pero sin

confundir desarrollo rural con desarrollo agrícola. En cualquier caso, dos postulados complementarios se imponen:

“Primer postulado: se diga lo que se diga, y se haga lo que se haga, la agricultura sigue siendo el pivote del desarrollo o de la ordenación rural...”

Segundo postulado: la comuna rural multiseccular no constituye un escalón suficiente de desarrollo y ordenación rural”.

En este punto, Bertrand Hervieu analiza con profundidad y viveza la necesidad de romper con la mitología del “pueblo rural”. Propone la noción de “marco vital” (“*cadre de vie*”; lo que otro autor francés, Pissani, llamaba “*bassin de vie*”), que implica la consideración del mantenimiento del espacio como una cuestión que afecta a toda la sociedad (no sólo a los agricultores ni a la población rural: “... *eso sería confiar el 50% del territorio al 1% de la población activa*”). A continuación, aboga por una consideración integrada de los territorios, afrontando —entre otros— el problema de los lazos necesarios entre los pueblos grandes (o ciudades medianas) y el tejido rural que los rodea. Por último, en este capítulo, el autor plantea la vidriosa cuestión de la distribución de la producción agrícola en el conjunto del territorio, proponiendo que “... *se replantee por completo el sistema de ayudas a la agricultura en función de la geografía y no solamente en función del mercado*”.

En tercer y último lugar, el autor propugna la definición de **un nuevo oficio de hombre del campo** que va mucho más allá del rol tradicional del agricultor. Es el objeto del capítulo 8 de su libro. Frente a la desesperanza de muchos, Bertrand Hervieu cree que se abren nuevos horizontes para el agricultor. Eso sí, la profesión debe aceptar la inseguridad y el dinamismo inherente a toda la sociedad: “... *no existe la forma de asegurar por adelantado a un individuo un itinerario profesional lineal, en ningún sector, y tampoco en la agricultura*”. Y, por último, debe intentar mantener su voluntad de representación unitaria, rasgo típico de esta profesión: “*Ninguna profesión ha llevado tan lejos la construcción casi religiosa de su representación*”; y teniendo en cuenta que “*la política agraria es, de todas las políticas públicas, la que más se distingue por su alto nivel de gestión*”.

Este capítulo termina con una serie de consideraciones —de

fuerte componente ética— sobre las nuevas relaciones entre la agricultura y el ser vivo, tal como se van delineando sobre todo desde la irrupción de las revoluciones biotecnológicas.

El libro que se presenta puede resultar duro para los agricultores y los agraristas que sueñan con la perpetuación (o el retorno) a los viejos paradigmas productivistas. Pone de relieve, sin contemplaciones, las rupturas que se han producido en los últimos años, pero también las contradicciones, incoherencias y efectos perversos del discurso agrarista/productivista tradicional, que califica repetidas veces de “*fundamentalista*”.

Adopta una posición global, que constituye lo que podríamos llamar su “*condicionamiento epistemológico de base*”. Su tono es desmitificador y arremete contra conceptos, hasta hace poco considerados “*sagrados*” por muchos, como el de “*campesino*”, de “*pueblo rural*”, de “*alma campesina*”, la “*agricultura familiar*”, “*los valores eternos de la profesión agraria*”, etc. De alguna manera, es un alegato a favor de una consideración menos “*excepcional*” de este importante sector.

La idea-fuerza del libro, repetida hasta la saciedad, es que la agricultura y el mundo rural no tienen más remedio que asimilar las orientaciones culturales de la sociedad entera, que “*su gestión ya no puede ni debe hacerse aparte o separada del resto del espacio y de la sociedad*”. “[*La agricultura*] es un ‘*partenaire*’ en un debate colectivo que compromete la orientación de la sociedad entera”. “*El oficio de agricultor es uno de tantos, un oficio del que se puede estar orgulloso, pero que no concede a los agricultores un status social aparte*”. Frente a ello, Bertrand Hervieu propone un “*contrato de sociedad*” entre la agricultura y el mundo rural y la sociedad en su conjunto, lo que debería permitir encontrar nuevas funciones económicas, territoriales, sociales y, al mismo tiempo, recuperar su lógica necesidad de sentido.

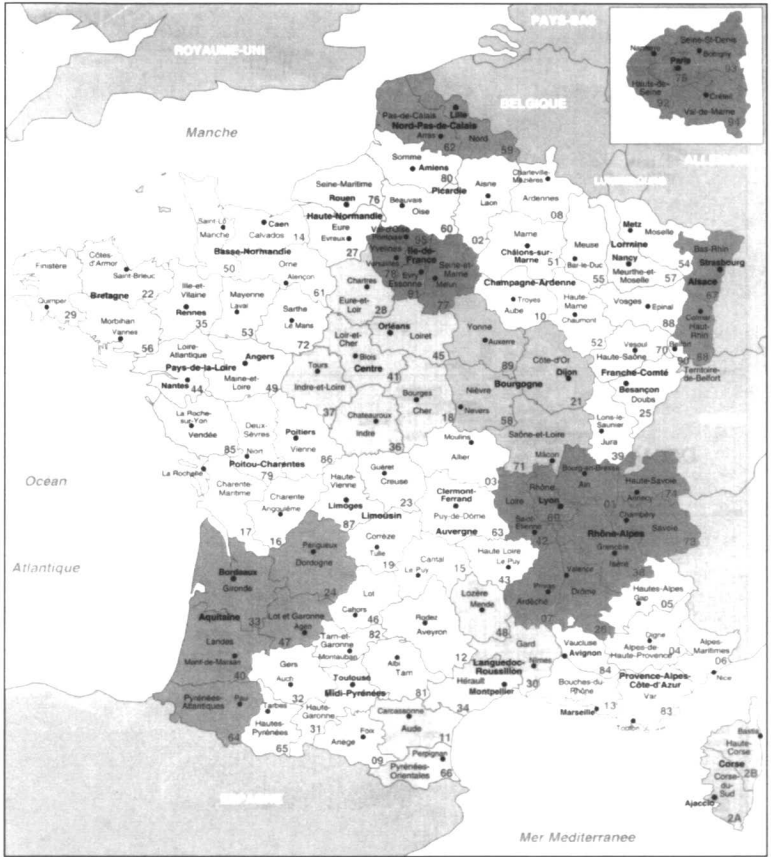
En “*El nombre de la rosa*”, a propósito de la biblioteca del monasterio, decía Guillermo de Baskerville a su joven compañero Adso: “*Los libros no se han hecho para que creamos lo que dicen, sino para que los analicemos. Cuando cogemos un libro, no debemos preguntarnos qué dice, sino qué quiere decir...*”.

Pues bien, a nuestro modesto entender, es difícil encontrar en el panorama europeo de la reflexión agrorrrural un texto tan

clarividente, realista e inspirador como el que nos ocupa, ... *por lo que dice y por lo que quiere decir*, pero sobre todo por la vasta problemática subyacente de la que es expresión y testimonio. A pesar de sus evidentes y reconocidas especificidades francesas la mayoría de sus reflexiones podría ser aplicable a otros contextos, como el español, e inspirar y fecundar un discurso similar. Por nuestra parte, compartimos su filosofía de fondo, aunque no ignoramos que también en nuestro país se trata de un discurso polémico y para muchos todavía difícil de aceptar.

Córdoba, noviembre de 1996.

**Eduardo Ramos
y José Juan Romero**



PERSONALIA

“Señor Bertrand, ¡es el fin del imperio! No se me ocurren otras palabras. Es el fin del imperio!”. Esta exclamación, pronunciada con acento grave, no pretendía suscitar comentario alguno de mi parte, si bien iba dirigida a mí. Tampoco representaba ningún atisbo de reproche hacia aquél —yo en este caso— de quien hubiera podido depender la perpetuación de dicho imperio.

Aquel mismo día, 6 de junio de 1989, mi padre, Robert Hervey, había muerto por la mañana en el hospital de Bernay. Francia vivía el momento del bicentenario de la Revolución Francesa. París se aprestaba a conmemorar el acontecimiento con júbilo. Desde hacía un año, mi padre había estado de baja por enfermedad, decidido, sin embargo, a vivir a pesar de los estragos causados por un infarto devastador. La noticia de su muerte no causó sorpresa alguna entre la familia, ya que era una noticia que se esperaba, pero sirvió para que volviera a especularse sobre el futuro de su explotación agrícola. Todos los que le conocían bien sabían que con él desaparecía una figura representativa de la agricultura francesa del siglo XX. Gran propietario de tierras, al tiempo que empresario y adepto a la ciencia y las más modernas técnicas agrícolas, así como dirigente de ámbito nacional de las organizaciones profesionales agrarias, el agricultor que lo fue por nacimiento, había llegado a ser, por méritos propios, un agricultor moderno.

Algunos días después de su primer infarto, una embolia cerebral le había sumido en un coma profundo. Yo me encontraba en Bolonia en aquel momento. Justo después de mi llegada a esta ciudad italiana, recibí un mensaje en el que se me aconsejaba volver a casa lo más rápidamente posible. Tomé el mismo tren en el que

había llegado a Bolonia, pero esta vez en sentido contrario. Mi padre no había muerto todavía. Desfigurado por una caída, agitado y delirante, parecía sublevarse contra todo. Desde su cama del hospital, fijó sobre mí su mirada ya perdida, y, no sin problemas, me ordenó que me lo llevara de allí. “Bertrand, vámonos”, me dijo. Sus energías se debilitaban, si bien de vez en cuando le permitían intentar algún movimiento para levantarse de la cama. Entonces gritó: “¡Nos vamos!”. Quería vivir y seguiría viviendo; yo estaba seguro de ello. Después de haber descartado la posibilidad de que fuera ingresado en una residencia geriátrica, decidimos llevarle a su casa.

Se acercaba la época de la recolección. Ver de nuevo sus tierras era algo que le obsesionaba. Yo le prometía quince veces al día que, en cuanto se encontrara bien, le llevaría a “faire le tour de plaine”, según la expresión consagrada¹. Esta posibilidad le daba fuerzas, pero contribuía también a hacer que creciera su impaciencia, ya de por sí grande. Según un ceremonial pronto ensayado, le metíamos entre dos de nosotros en el coche aparcado delante de la gran escalera de la casa, y después me iba solo con él. Me propuse hacer todos los días el mismo trayecto —la pista, el camino Monneret, la llamada ruta d’Harcourt, la carretera del Neubourg, el camino del Fresne, el paso a través de la granja del Bourg-Dessus— a fin de ayudarle, pensaba yo, a encontrar alguno de sus puntos de referencia. Con la ayuda de un pequeño plano para evitar cometer el más mínimo error, le desgranaba el nombre de las variedades que teníamos sembradas: Apolo, Arminda, Thesée y Festival, para los trigos; Prevalent, Brettor, Elkana y Kapta, para las patatas. El lino había sido ya recogido, pero no enriaba bien², debido a la falta de brumas matinales y de lluvias. Al cabo de varios días, mi padre quiso comprobar por sí mismo la situación del lino. Me adentré con el coche por el campo de lino, paré y abrí su puerta. Con avidez, movió sus piernas aún mal coordinadas e intentó salir del coche por su propio

¹ **Nota del Traductor (en adelante, N. del T.):** La expresión “faire le tour de plaine” es muy común entre los agricultores franceses y se refiere a dar una vuelta por las distintas parcelas de la explotación para visitarlas y comprobar el estado en que se encuentran.

² **N. del T.** Enriar significa meter en el agua durante algunos días el lino o el cáñamo para que macere.

pie. Sin comprender bien lo que quería hacer, le sujeté suavemente. Se puso de rodillas en el suelo. Sus manos cogieron un puñado de lino. Lo presionó dulcemente, soplando para vaciar la corteza, acariciando las fibras que acababa de extraer. Tocaba la tierra, dejándola correr a través de sus dedos. De repente, me inquieté: ¿cómo iba yo solo a subirlo al coche?

“Vamos, móntate”, me dijo, al igual que se lo decía a sí mismo. De nuevo acomodado en su asiento, me miró con inmenso agradecimiento, con una mezcla de ternura y tristeza. Sus ojos volvían a estar vivos. Su mano, aún manchada de tierra, apretó la mía. Continuamos con la exploración de la finca.

“Mira aquí, la remolacha. Verás que necesita agua, ¿eh?”, me dijo.

El comentario era de reproche. Su vena a lo Gabin en una película de Grangier empezaba a salirle de dentro³.

“Y esa parcela de allí, ¿es de Margarita?”, me preguntó.

“No, papá, tú sabes bien que tu hermana Margarita murió. Es la parte de Chantal”.

“Ah sí, Chantal. Pero antes era la parte de Margarita, ¿no?”.

Su hermana, su hija... las generaciones se mezclaban, como suele ocurrir en tales circunstancias, pero la sucesión parecía seguir un orden. La geología patrimonial retomaba sus derechos: compras, permutas, adjudicaciones. El puzzle tomaba forma.

“Y esta parte, ¿de quién es?”, me preguntó.

“Esta parcela pertenece a la cooperativa. La compré cuando estuvo en venta”, le respondí.

“¿De qué cooperativa me hablas?”.

“De la tuya, papá”.

“Ah, sí...”.

No se acordaba de la historia de esta cooperativa que él había creado, que llevaba su nombre, y a la que nosotros nos opusimos hacía veinte años. Una expresión como de no comprender nada se leía en su rostro. Yo renuncié a darle explicaciones.

“Están bonitos estos trigos. ¡Se ve que se ha hecho un buen

³ N. del T. Aquí se refiere el autor al famoso actor de cine francés de los años 30 Jean Gabin.

trabajo! Tú sabes que este año por poco me quedo sin ver la recolección, ¿eh? ”.

“La verdad es que has estado en una situación límite”.

“Estos son los trigos de Claude Benoist; me hubiera gustado que él los viera. Pero él..., todo se acabó, murió”.

Célebre por su capacidad para obtener y seleccionar variedades vegetales, Claude Benoist era su amigo. Su muerte, unas semanas antes, había afectado a mi padre profundamente.

El rito cotidiano de le tour de plaine por sus propiedades prosiguió durante 6 u 8 semanas como un ceremonial emotivo de reencuentros y adioses. El hombre que en 1984 había conseguido con gran orgullo producir de media 100 quintales de trigo por hectárea, se reencontraba ahora con las imágenes y los símbolos de la tradición; como sus antepasados, él estaba pisando el escenario que les había moldeado a todos ellos desde hacía más de tres siglos. Y era la presencia (yo diría esencia) de los lazos de la tradición la que se imponía sobre él en ese momento, incluso más, en cierto sentido, que la historia que él mismo había ayudado a escribir. En esas últimas semanas ¿no estaba su espíritu de agricultor-campesino imponiéndose sobre el de agricultor moderno y profesional? Aún me hago esta pregunta. El instinto le llevaba a reencontrarse con sus tierras, pero él ni siquiera conseguía acordarse de la cooperativa, que era, sin embargo, la forma jurídica moderna que había adoptado su explotación agrícola.

Más que el final del “imperio” —final que ha sido tradicionalmente desestabilizador y conflictivo— lo que se estaba manifestando ante mis ojos era el final de una profesión y de una manera de ejercerla, de un territorio y de una forma de gestionarlo. “¡Fin del imperio!”. No eran mis palabras, pero en aquellos momentos difíciles tenía que aceptarlas. Fin de un proceso, fin de un siglo, fin de una civilización: todo al mismo tiempo seguramente. El reencuentro de la biografía y la historia, que Wright Mills sitúa como el comienzo de toda observación sociológica, era una idea que me venía a la cabeza a través de la trayectoria de esta generación de hombres y mujeres que han querido y conquistado con su lucha la modernización de la agricultura, y que, al final del camino, se ven sumidos en un mar de dudas.

INTRODUCCION

El verano de 1990 ilustra esta convulsión a escala de toda la sociedad francesa, poniendo de manifiesto las tensiones que sufre el mundo agrícola y las ambigüedades que suele mostrar la opinión pública en los momentos en que el futuro de la agricultura está en juego.

El domingo 24 de junio, día de San Juan, el día más largo del año, los Campos Elíseos se transformaron en un inmenso campo de trigo. Durante la noche del sábado al domingo, más de un millar de jóvenes agricultores habían descargado diez mil *palettes* de espigas, llevadas por cuatrocientos camiones desde las *serres* de Montesson, en las Yvelinas, donde el trigo había madurado. Bajo un sol de mediodía, la avenida más urbana de París se transformó en un mar de espigas doradas. Pequeños grupos de agricultores, vestidos con trajes regionales, representaban, como en un museo viviente, escenas de la trilla tradicional, así como bailes típicos de las fiestas de la recolección. Más de un millón de parisinos y de turistas estupefactos disfrutaron de esta fiesta insólita, donde el orgullo le disputaba el sitio a la nostalgia. Sin embargo, esa extraña recolección a destiempo y fuera de su lugar habitual tenía algo de triunfo: primero, porque en ella se expresaba, de la manera más ostentosa, la fuerza y potencialidad de la agricultura francesa, fuerza basada en sus 32 millones de francos de superávit en la balanza comercial; segundo, porque era también un alarde de optimismo y confianza por parte de los jóvenes agricultores en el futuro de su profesión. En dicha fiesta se mostraba también —escenificándola bajo la forma del “desarraigo voluntario” que suponía representar en las propias calles de París un campo de trigo— la capacidad de los agricultores para trasladar

su actividad de un lugar a otro y la eficiencia técnica de una agricultura cada vez más dueña de los procesos biológicos. Todo el mundo estaba contento, empezando por los parisinos, que vivían esta fiesta como una manera de recordar sus “raíces rurales”. La convivencia y sociabilidad de un pueblo reencontrado consigo mismo era todo un acontecimiento: “Es la fiesta. He bailado todo el rato, y toda la gente habla entre sí, unos con otros, como el año pasado, cuando el bicentenario”, le decía una ciudadana entusiasta a un periodista. Pero ¿quién habría sido capaz de asumir la responsabilidad de organizar una manifestación como ésta; quién habría garantizado tal iniciativa, y quién habría querido participar en ella o simplemente asistir, si ese mismo día de fiesta se hubiera tenido noticia de la ola de violencia que los ganaderos, levantados en señal de protesta por la caída del precio de la carne, iban a extender por las carreteras francesas cuatro semanas más tarde?

En pocos días, se multiplicaron los cortes de carretera, y los ganaderos arremetieron contra los camiones procedentes de Alemania, Polonia, Gran Bretaña o Irlanda, prendiendo fuego, en señal de protesta, a carcasas y restos de animales. Pero se fue aún más lejos. Por primera vez en la historia de las manifestaciones campesinas, se prendió fuego a un camión de animales vivos —concretamente de corderos—. ¿A qué negación de su propia profesión —y de su propia dignidad— habían tenido que llegar los ganaderos para ser capaces de traspasar el límite, de gran importancia simbólica, que separa el “producto animal”, formado por una masa inerte de carne y una carcasa de huesos, y el propio animal vivo? Se sabía que ciertos ganaderos estaban al borde de la ruina, y por ello lo violento de su reacción no sorprendió a nadie. Pero el contraste entre el acto triunfante de afirmación profesional de los Campos Elíseos y el mal gusto del exterminio colectivo de animales al que derivaron las manifestaciones del verano, daba justa medida del grado de convulsión a que había llegado la agricultura francesa.

¿Y si esas dos caras de lo ocurrido no fuesen más que expresiones de una misma crisis, de una crisis que ponía en cuestión la identidad misma del mundo agrícola? Oscilando entre, de un lado, el acto de los Campos Elíseos, como afirmación totalmente

artificial dentro de un universo urbano en el que el mundo agrícola no encuentra su lugar, y, de otro, la quema de corderos vivos como negación de valores que son los suyos y que conforman la base ética de la profesión de agricultor, habría, en efecto, que preguntarse si el mundo agrícola tiene necesidad de negarse a sí mismo para reafirmar públicamente su existencia y atraer la atención de una sociedad que se muestra indiferente con él.

Agosto 1991. Estamos a seis semanas del *dimanche des terres de France*, acto organizado por la FNSEA (*Fédération Nationale des Syndicats d'Exploitants Agricoles*) y el CNJA (*Centre National des Jeunes Agriculteurs*)⁴. Edith Cresson —a la sazón primera ministra y antigua ministra de Agricultura— se encuentra en el Hôtel Matignon⁵. En el mes de junio ella me había pedido trabajar en su gabinete.

La primera ministra había dejado claro que ella y sus colaboradores no tomarían vacaciones, excepto algunos días, antes o después de los fines de semana. El período era propicio para tener encuentros tranquilos con los interlocutores habituales. Raymond Lacombe, presidente de la FNSEA, está en su casa de Noyes, en el Aveyron. Allí me recibe como amigo. Antes de dejar su finca, donde ha tenido lugar el encuentro, y de llevarme a visitar Laguiole y sus alrededores, me hace asomarme a un pequeño balcón, en la parte trasera de la casa, y me hace descubrir el admirable paisaje de colinas y valles suaves que se extienden hasta la Montagne Noire. ¿Cuántas veces habrá contemplado él este paisaje? ¿Cuántos esfuerzos habrá tenido que hacer, al igual que sus antepasados y sus hijos? A él le apasiona este paisaje y me lo hace comprender de forma sencilla, sin grandilocuencia, esperando convencido que yo comparta ese sentimiento de placer.

¿Puedo compartir con él un sentimiento que se ha forjado tanto por el trabajo, como por la atención y el cuidado personal, así como por la costumbre y la capacidad de creación? Mi senti-

⁴ **N. del T.** La FNSEA y el CNJA son los dos sindicatos mayoritarios de agricultores, manteniendo relaciones orgánicas de colaboración entre sí. Los afiliados al CNJA, una vez superada la edad de 35 años, pasan a las filas de la FNSEA.

⁵ **N. del T.** Con la denominación de Hôtel Matignon se indica la sede del edificio del primer ministro.

miento de placer no puede ser como el suyo. El lo sabe, pero también intuye que conozco el origen de ese sentimiento y que soy capaz de comprender su importancia.

“Y bien, Bertrand, no iremos a permitir que se acabe con todo esto, ¿verdad?”, concluye.

Sin duda que no, pienso, pero ¿cómo regular y gestionar lo que él llama “todo esto”? Es decir, diez siglos de actividad humana, los más bellos paisajes rurales de Europa, pero también una producción excedentaria, hombres y mujeres desanimados, un orden social superado, tres decenios de modernización frenética, una situación mundial en pleno desorden desde el punto de vista alimentario... ¿Cómo hacer que encajen en un todo problemas tan diferentes?

29 de septiembre. Las expectativas eran que más de cien mil personas procedentes del mundo rural se concentrarían en París. Pero fueron algo más de 200 mil los que vinieron a manifestarse silenciosamente, bajo el lema que más tarde sería colocado por todas las carreteras de Francia: “No queremos un país sin agricultores”.

Cada noche y cada fin de semana, un asesor de la primera ministra permanecía en el Hôtel Matignon. El azar del calendario hizo que me tocara a mí, como asesor que era, estar encerrado en el piso de la calle Vaneau, recogiendo diversos tipos de información, desde el viernes por la tarde hasta el sábado por la tarde, víspera de la manifestación de agricultores. ¿Qué iba a pasar? ¿Conseguirían los responsables de las organizaciones profesionales controlar los excesos de la extrema derecha? Ese mismo día, el ministro de Agricultura y Asuntos Forestales, Louis Mermaz, estaba en los estudios de televisión para participar en una grabación en directo del programa “*La hora de la verdad*”. Un fondo de pantallas retransmitía imágenes de la manifestación. A la inevitable pregunta sobre el acontecimiento, el ministro respondía para entrar en juego: “Esto me va a ayudar ante mis compañeros de gabinete”. Respuesta de una gran habilidad, pero nada más. ¿Qué más podía él decir que fuera fácil de entender por la opinión pública y que, al mismo tiempo, se adaptase a la multiplicidad de intereses contradictorios de una población preocupada, pero consciente a partir de entonces

de que el problema que tenía delante no se limitaba sólo a los aspectos económicos?

La manifestación del 29 de septiembre no fue una manifestación violenta. Fue peor, si cabe. Fue una manifestación triste, alcanzándose el grado cero de la esperanza...

A partir de esa manifestación, los síntomas de un malestar profundo continuaron acumulándose, malestar que se expresará de forma indirecta y no muy clara, en unos casos, y de forma desmedida, en otros. En tres ocasiones, durante los debates que precedieron al referéndum sobre la ratificación del tratado de integración europea de Maastricht, los telespectadores fueron testigos de excesos verbales que ponían de manifiesto la magnitud del desconcierto de los agricultores. Primero, en el programa de Jean-Marie Cavada, "*La marcha del siglo*", el 16 de enero de 1992; después, en el encuentro organizado por Guillaume Durand en la Sorbona el 3 de septiembre, que reunió a François Mitterrand y a una veintena de franceses seleccionados por la Sofres⁶; por último, en la cadena France 2, el 20 de septiembre, en los debates y comentarios que tuvieron lugar con motivo de los resultados del referéndum. En tres momentos diferentes, un mismo agricultor, líder de la *Coordination Rurale*⁷, denunció, con una emoción sin duda sincera, el "genocidio campesino"... Sin embargo, en ese año de 1992, año del cincuenta aniversario del saqueo del Vel' d'Hiv, año de la guerra de "limpieza étnica" en Bosnia, ¿podía uno atreverse con un mínimo de decencia, a utilizar la palabra "genocidio" para calificar las medidas tomadas para la reforma de la política agrícola común? Lo más extraño de todo era que nadie parecía indignarse realmente con la utilización tergiversada de un término como ése: como si, tratándose del mundo agrícola, la emoción y la razón fueran equivalentes...

⁶ **N. del T.** La Sofres es una de las más prestigiosas empresas francesas de análisis de opinión.

⁷ **N. del T.** La *Coordination Rurale* era en ese momento un movimiento radical de contestación, surgido del seno de las propias organizaciones profesionales mayoritarias en protesta contra la reforma de la PAC y los acuerdos del GATT. Sus métodos violentos y de acción directa ejercieron un fuerte atractivo entre amplias capas de agricultores, especialmente entre los cerealistas. Más tarde, se convertiría en una organización profesional al fusionarse con la FFA.

Lo cierto es que a la sociedad francesa le estaba, y aún le está, resultando profundamente doloroso explicarse a sí misma el cambio brusco que se ha producido ante sus ojos: justo cuando se ha convertido en una gran potencia agrícola exportadora —la segunda del mundo—, ha dejado de ser una sociedad agraria. Situación paradójica que mantiene viva, desde el lado de unos agricultores que se mueven entre la furia y el abatimiento, la más inútil de las nostalgias, pero también la más persistente de las amarguras: la opinión pública se hace eco de estos estados cíclicos del alma, compadeciéndose a fondo con la desesperanza en la que se supone está sumido el mundo agrícola. ¿Es necesario añadir algo nuevo lanzando un enésimo grito de alarma? En esta situación, el sociólogo puede marcarse dos objetivos: el primero sería analizar objetivamente los procesos de cambio en curso, separando, por un lado, los hechos, y por otro, el ámbito de la pasión; el segundo sería situar estos procesos en relación con los grandes debates en los que se dirimen hoy día las orientaciones a seguir por la sociedad en el futuro.

En sus últimas notas de trabajo, el historiador francés Fernand Braudel continuaba con su esfuerzo por comprender el significado de lo que él llamaba “el desorden de la Francia agrícola”: “A mi entender, se trata del espectáculo por excelencia de la Francia de ayer y más aún de la de hoy [...]. He demostrado hasta la saciedad que una Francia campesina antigua, la de los burgos, la de los pueblos, la de las aldeas, la de los hábitats dispersos, perduró, con bastante fidelidad a sí misma, seguramente hasta 1914, y probablemente hasta 1945. Después de 1945, la Francia campesina ha sido víctima de [los llamados] *trente glorieuses*⁸, es decir de un proceso de desarrollo sin parangón que continuó hasta los años setenta y que, sin ninguna duda, cuando recupere su ritmo tendrá incluso efectos más constructivos y destructivos de los que tuvo hasta entonces”⁹. Ahora bien, añade Braudel, la explicación

⁸ **N. del T.** El período de los *Trente Glorieuses* se refiere en la historiografía contemporánea francesa al período de crecimiento económico con pleno empleo, iniciado al final de la II Guerra Mundial, en 1945, y truncado con la crisis petrolífera de 1973.

⁹ Fernand Braudel, *L'identité de la France*, vol. 3, “Les hommes et les choses”, Paris, Arthaud-Flammarion, 1986, p. 427.

de ese proceso de cambio, “situado correctamente en su sitio, aclararía, en parte ciertamente, pero de forma pertinente, los otros cambios que se están produciendo en Francia”.

En 1984, Henri Mendras, veinte años después de la publicación de su tesis sobre *La Fin des Paysans* (El final de los campesinos), constataba también la dificultad para aprehender la magnitud del cambio experimentado por el mundo agrícola y rural francés en el período de los *Trente Glorieuses*. ¿Habría hecho falta quizá poner un signo de interrogación en el título de este libro?, se pregunta Mendras. “¿El final de los campesinos?, así, con una interrogante, tal vez hubiera sido más prudente. No obstante, este libro —continúa Mendras— es la constatación de la desaparición de una civilización que murió tras diez siglos de existencia. Es un diagnóstico científico y no un ejercicio especulativo. Veinte años después, los hechos me han dado la razón: a lo largo de una generación, Francia ha visto desaparecer una civilización milenaria que formaba parte de su propia esencia. Sin embargo, incluso hoy, muchos niegan esta evidencia, sobre todo aquellos que precisamente fueron los artífices de dicha desaparición: altos funcionarios, políticos y dirigentes agrarios. Como si fuera menos inconveniente decir a la familia que está velando un cadáver, ‘chist, duerme’”¹⁰.

En los años setenta y ochenta, en respuesta a ese tipo de análisis, se desarrolló un discurso deliberadamente optimista y voluntarista, pivotando en torno a una serie de informes que establecían con detalle los medios necesarios para favorecer la dinamización y el desarrollo del mundo rural. La ola utópica del retorno a la naturaleza, surgida en el contexto de los sucesos de Mayo del 68, tuvo su parte de influencia en la renovación de los temas ruralistas: contrariamente a todas las consideraciones sobre el fin de la civilización agraria, el mundo rural¹¹ fue retomado como lugar de experimentación económica e innovación social y

¹⁰ Henri Mendras, *La fin des paysans* (seguida de una reflexión sobre “La fin des paysans, vingt ans après”), Arles, Actes Sud, 1984; Babel, 1991.

¹¹ N. del T. En el texto original, el autor utiliza la palabra “campagnes”, que literalmente significa en español “campos”. Sin embargo, se ha hecho una traducción libre utilizando el término “mundo rural”, por considerar que se ajusta mejor al espíritu que ha querido darle el autor.

como lugar ideal para la convivencia. “Allí [en el mundo rural] se construye el futuro, es decir la superación de la modernidad”, se pensaba entonces. “Impulsar todo lo que está vivo”, proclamaba en 1977 el *Schema pour le Massif des Pyrénées*, documento de orientación para esta región francesa de montaña. Estamos tentados hoy a hacer una lectura nueva y actualizada de ese lema de los años 70 diciendo “impulsar todo lo que aún está vivo”, en la medida en que esta política de animación tomó, en pleno impulso neorruralista, aspectos de una actividad de revitalización.

Por supuesto, que se trataba de un movimiento neo-ruralista, de un ruralismo revisado y corregido, de un movimiento de nostalgia y esperanza, del canto de cisne de una sociedad rural definitivamente desaparecida: los protagonistas de ese movimiento olvidaban en el trasunto que los campesinos, de los que ensalzaban sus conocimientos ancestrales y el equilibrio de su relación con la naturaleza, o bien se habían transformado en agricultores en el marco del proceso de modernización, o bien habían desaparecido. El canto de alabanza a la ruralidad contribuyó a ocultar una doble realidad: que los pueblos seguían siendo pueblos agrícolas, pero que su población envejecía y disminuía de forma vertiginosa; y que tales pueblos, si bien se renovaban con el crecimiento económico, también lo hacían convirtiéndose en pueblos-dormitorio de las ciudades.

Todo el problema viene del hecho de que hemos querido exorcizar la muerte del mundo agrícola antes incluso de haberla registrado. Hace tiempo, los políticos conservadores de la IV República¹² rechazaban el éxodo rural —como corolario de una mecanización de la agricultura que, dicho sea de paso, era su máximo deseo— y señalaban acusadoramente con el dedo al René Dumont de *Le problème agricole français* (1946) y de *Voyages en France d'un agronome* (1951), que preconizaba el modelo de intensificación en los cultivos forrajeros. Con la misma ambigüedad, la V República se ha negado a asumir las consecuencias demográficas y sociales de su política económica respecto al campo. De esta forma, ha continuado fortaleciéndose la idea de la “especificidad” del mundo agrícola, una especifici-

¹² N. del T. La IV República transcurrió en Francia en el periodo comprendido entre 1945 y 1958.

dad que nos obliga a considerarlo como “algo diferente”, como si fuera un sector que escapara a la modernidad que hace de todo espacio, incluso local, un espacio integrado e interdependiente.

¿Por qué, si no, tenemos tanta dificultad para abandonar la idea según la cual haría falta mantener y revitalizar una Francia rural contra viento y marea? De hecho, no hemos comprendido que las sociedades rurales sin los agricultores no pueden seguir siendo las mismas sociedades rurales de antes, y tampoco hemos captado bien la idea de que la relación ciudad-campo, en esta separación entre lo agrario y lo rural, ha sufrido importantísimos cambios. Hay que recordar que toda nuestra organización económica, espacial y política ha sido construida, a lo largo de la historia, a partir de esa oposición urbano-rural, en una relación de dominación y explotación económica del campo por la ciudad. En un pasado ya lejano, el desarrollo y consolidación de las corporaciones gremiales se produjo al margen del mundo agrícola y rural haciendo cada vez más profunda la separación entre la ciudad y el campo: los gremios, por un lado, y el carácter cerrado del mundo rural, por otro, estuvieron presentes en los comienzos de nuestra organización social y espacial. Bien en el siglo XII —marcado por el “renacimiento urbano” y la expansión de los gremios—, bien en el siglo XVI —con la instauración de la industria a domicilio y el desarrollo de la proto-industria en los campos—, o más tarde, en los comienzos de la concentración industrial y urbana, siempre era la ciudad y sus clases dominantes la que salía beneficiada de la remodelación de las relaciones urbano-rurales, conduciendo siempre a la marginación del campesinado. La ciudad, según Georges Duby, vivía como un parásito a costa de un mundo rural encerrado en sí mismo: “Para alimentarse, adornarse y prodigar sus encantos, le hacía falta sustentarse de las fuerzas productivas de un imperio campesino [...]. La ciudad vivía prósperamente de las rentas del suelo rústico. Para ella, éste era su bien, su dependencia. Por efecto de un sistema fiscal complejo, la riqueza fluía así hacia la ciudad, y allí vertía al igual que lo hacían las aguas llevadas de todos lados a través de los acueductos y corriendo por los estanques, las fuentes y las piscinas. Simplemente para el placer”¹³.

¹³ Georges Duby, *Histoire de la France urbaine*, vol. 1. “La ville antique”, Paris, Seuil, 1980, pp. 15 y 16.

Esta situación del Antiguo Régimen, que perduraba aún en la III República¹⁴, se vio reforzada aún más si cabe en la época contemporánea. Los campos, desprendidos de todas sus actividades no agrícolas, se encontraron progresivamente enfrentados no sólo a la ciudad, sino a la clase obrera en ascenso. Magnificada en su vertiente campesina, la civilización rural se veía abocada a la desaparición desde el momento en que el campesinado como tal estaba destinado a desaparecer. Tanto más cuando ese cambio se producía en el mismo momento en que tenía lugar una redistribución completa de la población sobre el territorio.

Aunque los actores socioprofesionales, así como los representantes del movimiento asociativo y los políticos, se ponen de acuerdo con bastante facilidad sobre la profundidad de la fractura existente entre la ciudad y el campo, muchos siguen pensando que hoy día se debe continuar aplicando remedios tradicionales. Permanece todavía vigente un sentimiento de nostalgia sobre la necesidad de una política agraria global al estilo de la que se llevó a cabo bajo la III República y que se reflejaba en el ministerio de Agricultura, tal como lo ideó el presidente Gambetta en 1881. Creado sobre la base del mismo modelo que el ministerio de las Colonias, el de Agricultura englobaba la producción, los intercambios comerciales, la educación, la salud, la ordenación territorial, etc. Este sueño de una política agraria global se manifestaría en su forma moderna, y de mayor éxito —bien expresada en la famosa trilogía acuñada por el que fue ministro de Agricultura, Edgard Pisani: “el hombre, el producto, el territorio”—, en las leyes de orientación agrícola de 1960 y 1962¹⁵. Pierre Méhaignerie, ministro de Agricultura que detenta, junto con el citado Edgard Pisani, el récord de permanencia en ese cargo, intentó retomar dicho impulso con su ley de orientación de 1980, que quedó en letra muerta. En 1986, François Guillaume, al que le gustaba que se le llamara “ministro campesino”¹⁶, quiso a su vez

¹⁴ **N. del T.** La III República se inicia en 1871 y finaliza en 1945.

¹⁵ **N. del T.** Estas dos leyes fueron las que actuaron como eje fundamental de la política de modernización llevada a cabo al comienzo de la V República francesa, siendo su artífice el entonces ministro de Agricultura, Edgard Pisani, bajo la presidencia de De Gaulle.

¹⁶ **N. del T.** Claramente en alusión al hecho de que cuando fue nombrado

dejar huella de su paso por el ministerio con una “ley de modernización” que, sin embargo, no se aprobó. En cuanto a Henri Nallet —investigador del INRA y consejero del presidente de la República, Mitterrand—, que fue nombrado ministro de Agricultura tras la dimisión de Michel Rocard en 1986 y que, dos años más tarde, de nuevo ocuparía la cartera de dicho ministerio tras el intermedio de la cohabitación, tuvo que contentarse, más modestamente, con una ley llamada “de adaptación”.

¿De dónde viene este agotamiento del discurso político? Probablemente, de su incapacidad para sustituir un discurso sobre el mundo agrícola que tuvo, durante un siglo, ya fuese desde posiciones conservadoras o progresistas, la característica de ser un discurso totalizante. Porque hoy es inviable un proyecto político global que quiera integrar en un todo la política de estructuras, la política de ordenación del espacio rural, la política de protección social y de formación, la política industrial y comercial, así como la política internacional. ¿Por qué? Porque cada una de esas áreas de intervención pública se definen ahora al margen de la agricultura, y no en relación con ella.

Nos gusta repetir que las grandes cuestiones políticas de comienzos del siglo XXI giran en torno a temas tales como la movilidad y la comunicación, la conservación de la naturaleza y el medio ambiente, la educación, la formación profesional y las nuevas profesiones, el empleo y la salud, y también en torno a las actividades de ocio y tiempo libre. Bien es cierto que todas estas cuestiones tienen que ver con la agricultura, pero también lo es que dependen de una acción política y administrativa interministerial, intersectorial, regional, europea e internacional.

El antiguo “ministerio del Interior de los campesinos” (llamado así en la época de Gambetta), convertido más tarde en el ministerio de la *cogestion* (concertación) (durante el período de la política de modernización agrícola de los años sesenta y setenta)¹⁷, debe dejar paso hoy a un nuevo modelo de ministerio,

ministro en 1986, durante la primera experiencia de cohabitación entre Chirac, como primer ministro, y Mitterrand, como presidente de la República, François Guillaume era el máximo dirigente del sindicalismo agrario francés al ostentar la presidencia del sindicato mayoritario FNSEA.

¹⁷ N. del T. La política de modernización de los años sesenta y setenta se

un modelo que sea funcional con la estructura de las regiones, así como con las acciones interministeriales y con la política de la Unión Europea. La política agraria propiamente dicha no constituye ya, por sí sola, "un gran proyecto": ella no es más que un dispositivo técnico. Es precisamente su inserción en un proyecto más amplio que articule la gestión del territorio, la regulación de las producciones agrarias, la definición de una política alimentaria, la reconsideración de la relación con la naturaleza y la construcción de un nuevo tipo de relación social, lo que constituye el verdadero reto político para la agricultura francesa.

El objetivo de este libro es doble. El primero es ofrecer un diagnóstico. Como han hecho otros autores, y apoyándome en indicadores más o menos conocidos, me gustaría establecer que el decenio 1980-1990 ha sido, para la agricultura francesa, el período en el que han tenido lugar todas las rupturas. El desconcierto actual procede, al menos en parte, del hecho de que, a pesar de que se proclama a toda voz que todo ha cambiado, nos preocupamos todavía de preservar cuidadosamente las mismas y antiguas formas de pensar a la hora de intentar discernir nuevas y posibles orientaciones. Si pudiera establecerse un primer acuerdo sobre algunos elementos de análisis que nos obligara a reconsiderar esas antiguas formas de pensar, quizás se podría abordar en mejores condiciones la búsqueda de soluciones.

Mi segundo objetivo es desvelar, en la medida en que yo sea capaz de detectarlas, cuáles son hoy día las aspiraciones de la sociedad francesa en su conjunto respecto a la agricultura: es también de estas esperanzas y aspiraciones de la población en general, y no solamente de los intereses y sufrimientos de los agricultores (por muy reales que sean), de lo que haría falta partir para intentar definir un proyecto para el mundo agrícola. La elaboración de este proyecto requiere, a mi entender, un verdadero cambio intelectual, y puede que moral, del que intentaré desbrozar algunas directrices. Pero digamos de momento que la primera condición para que este cambio sea posible quizá sea la de terminar con la ambivalencia que caracteriza la relación de la

basó en un modelo de concertación (*cogestion*) entre el ministerio de Agricultura y los representantes de las organizaciones profesionales agrarias, principalmente del tándem formado por la FNSEA y el CNJA.

sociedad francesa con un mundo rural al que, a la vez, magnifica y desprecia, adula y olvida.

La agricultura no es ni una pieza de museo que haría falta conservar bajo un cristal para nuestro deleite estético, ni tampoco la “criatura retrasada” de la modernidad que haría falta proteger para satisfacer nuestra buena conciencia moral. Pero tampoco es una reserva de valores de donde nuestras inciertas sociedades deban esperar su salvación. Es un *partenaire* más en un debate colectivo que afecta al futuro de la sociedad en su conjunto.

PRIMERA PARTE
LA DECADA DE TODAS
LAS RUPTURAS

¿Cómo afrontar el cambio histórico en el que estamos metidos? La ya comentada gran manifestación del 29 de septiembre de 1991 puso sobre la mesa un doble interrogante, que se puede resumir así: “Francia, ¿qué agricultura quieres? Francia, ¿qué espacio rural quieres?”. He aquí que nos vemos ante dos preguntas, cuando hasta ahora hemos estado acostumbrados a una sola: el futuro de la agricultura y el futuro del espacio rural constituían, a nuestro entender, las dos caras de un solo y único problema. A partir de ahora, el caso es diferente, y la respuesta a las preguntas arriba expresadas se ha vuelto incomparablemente más compleja. ¿Cómo hacer frente a esta nueva situación sin hacer una huida hacia adelante ni escapar de ella?

Para subrayar la gravedad de la situación, se emplean con frecuencia palabras que encierran una fuerte carga simbólica: se habla de “desierto”, de “desertización” o incluso de “baldío”. Paralelamente, para subrayar aún más lo absurdo del proceso, se describe la crisis de la ciudad como si fuera el resultado de un fenómeno de superpoblación humana. ¿No había anunciado ya Mirabeau¹ que “el apilamiento de los hombres, al igual que el de las manzanas, producía podredumbre?”. En este esquema simplista, el tema del futuro del espacio rural se reduce a una cuestión de vasos comunicantes entre la ciudad y el campo, entre algo que está “demasiado lleno” y algo “demasiado vacío”. Esta simplificación permite eludir la reflexión que habría que hacer sobre lo que ocurre con el entramado de relaciones sociales cuando se olvida el carácter territorializado que dichas relaciones han tenido en Francia a lo largo de la historia y cuyo testimonio más evidente es todavía la existencia de

¹ N. del T. Se refiere el autor al dirigente de la revolución francesa, Mirabeau.

36 mil 500 municipios. Los barrios periféricos, los suburbios urbanos, llevan hoy día impregnados, de forma particularmente sensible a la opinión pública, los estigmas de ese proceso de desterritorialización de las relaciones sociales. Estos lugares situados en las afueras de las ciudades son considerados lugares proscritos. Como lugares situados fuera de los límites de las ciudades, los suburbios, los cinturones periféricos, se convierten, primero, en áreas *des hors-lieux* (sin ubicación, de fuera) y, después, en lugares sin identidad y sin sentido: y esto no ocurre porque estén superpoblados, sino porque son, en sí mismos, los lugares donde mejor se expresa la separación entre el espacio del trabajo, el espacio del consumo y el espacio de la vida familiar y doméstica.

Ahora bien, al igual que la crisis de los suburbios urbanos no es, en principio, una crisis de superpoblación, tampoco la crisis de los espacios rurales es una simple cuestión de baja densidad demográfica. En ambos casos, la sociedad en su conjunto se enfrenta al problema de dar a la población de estos espacios territoriales un sentido que no les viene ya dado como antes de forma inmediata, al no surgir de un modo “natural”, es decir, de la realidad de la vida colectiva. ¿En qué se convierte entonces el hecho de “vivir en común” en estos espacios? ¿Cómo puede ser preservarse en ellos la vida social; cómo puede construirse, reconstruirse o reinventarse? Tratándose de las sociedades rurales, el simple hecho de hacerse estas preguntas marca una ruptura importante en la evolución cultural de los países occidentales. Esta ruptura aparece de repente en la conciencia colectiva al final del decenio de 1980, un decenio al que me he referido —en el terreno agrícola— como el de todas las rupturas. Desde las cuotas lácteas, establecidas en 1984, hasta el barbecho obligatorio anunciado en 1988, el cambio es, en efecto, un cambio total si se le compara con los treinta años anteriores de desarrollo frenético de la producción o con los siglos de insuficiencia alimentaria. Pero esta ruptura es, antes que nada, una ruptura de orden demográfico. A ella habría que añadir otras rupturas, como la que se da entre agricultura y familia, entre agricultura y territorio y, por último, entre agricultura y alimentación. Una quinta ruptura reuniría a todas las demás: la ruptura entre agricultura y naturaleza. Situar de forma ordenada todas estas rupturas es un tema obligado para todo el que quiera hacer un diagnóstico sobre el presente e intentar esbozar los cambios futuros.

CAPITULO 1.º

AGRICULTURA Y POBLACION

**Los agricultores,
una minoría entre otras**

En menos de ciento cincuenta años, la población francesa, que era rural en un 80%, se ha convertido en urbana en un 80%, tanto en lo que se refiere al lugar de residencia, como al lugar en donde se ejerce la actividad productiva. Hay que recordar que, a mediados del siglo XIX, más de tres cuartas partes de la población francesa vivían y trabajaban en lo que se considera municipios rurales, es decir, municipios de menos de dos mil habitantes, que constituyen una sola aglomeración y que no están agrupados en un conjunto de municipios. “Cuidémonos de creer [que existen en el siglo XIX] un predominio de la población urbana”, recuerda el historiador Robert Schnerb². A mediados del siglo XIX, París, cuya población se había duplicado y sobrepasaba el millón de habitantes, estaba a la cabeza de las ciudades francesas en tamaño de población. Pero era la excepción. La dispersión de la actividad industrial sobre el territorio nacional y su presencia en el mundo rural se mantenía. En esa época, Cholet era, por ejemplo, el centro de una fábrica que extendía su radio de acción sobre 120 municipios y que ocupaba entre 45 mil y 50 mil trabajadores. Alrededor de Reims, y a pesar de los 900 oficios mecánicos concentrados en esa ciudad, más de 22 mil oficios manuales se mantenían todavía en las zonas rurales circundantes. Se observaba incluso alrededor de Lyon un aumento de la dispersión de los oficios en los pueblos, si bien en 1825 la fabricación de tejidos de seda se efectuaba ya de forma predominante en la ciudad.

Fueron la revolución industrial y la III República las que hicieron de esta Francia rural de mediados del siglo XIX una Francia campesina, al vaciarla progresivamente de todas sus actividades no agrarias. Las capas sociales afectadas por el éxodo

² Robert Schnerb, *Histoire générale des civilisations*, tome VI, “Le XIX^e siècle. L’apogée de l’expansion européenne” Paris, PUF, 1961, p. 47.

variaron en función de las épocas de crisis. Los primeros emigrantes surgieron de la masa de los *errants*, “gente pobre del pueblo, nómada y vagabunda, que buscaba trabajo donde fuera, que andaba por las carreteras con los pies desnudos, cubiertos sólo con sus zuecos, y con el hatillo y la hoz a sus espaldas”... Con el tratado anglo-francés de libre-cambio de 1860, los artesanos y los tejedores serían definitivamente empujados hacia los centros manufactureros. A la altura de 1880, la crisis agrícola³ arruinó a algunos pequeños propietarios y a miembros de la oligarquía local. A partir de entonces, “las lamentaciones sobre el abandono de la tierra” no cesarían, aunque ya se percibía, sin embargo, en algunas regiones francesas una cierta estabilización de ese movimiento migratorio. Después de la I Guerra Mundial, el éxodo rural no conocería más estas fases agudas, fases que se correspondían con la sucesión de períodos de prosperidad y de crisis. Además, la crisis de 1929, en vez de favorecer el éxodo rural, provocó, por el contrario, un movimiento de retorno a la tierra. En diecisiete provincias, la población rural aumentó entre los dos censos de 1934 y 1936⁴.

A lo largo de ese proceso, la población rural se convirtió, en lo esencial, en una población agrícola, viviendo de una agricultura transformada en sus estructuras y en sus técnicas, pero también en su base social. Se instalaría entonces una clase campesina cimentada en las adquisiciones de tierras llevadas a cabo en el contexto revolucionario de 1789. “La salida, a partir de entonces definitiva y sin espíritu de retorno, de los elementos de mayor movilidad [y dinamismo del mundo rural], dejó vinculados a la tierra a los que habían echado más raíces en ella, ya fuese debido a la costumbre o, sobre todo, a que poseían bienes gracias al acceso a una propiedad cada vez más exigente e insaciable. Al disminuir [su población] en términos cuantitativos y simplificarse en su estructura social, el mundo rural se contrajo y quedó como anclado. Se convirtió en el elemento estabilizador de la nación”⁵.

³ N. del T. Aquí se refiere al autor a la crisis finisecular ocasionada por la competencia de los trigos americanos.

⁴ Philippe Ariès, *Histoire des populations françaises et de leur attitude devant la vie depuis le XVIII^e siècle*, Paris, Seuil, 1971 (1^{re} édition, 1948).

⁵ Id., *ibid.*

En un siglo, el mundo rural francés, hasta ese momento hormiguero demográfico, artesanal, industrial y agrícola, se convertiría en una especie de *ghetto* campesino, siguiendo una tendencia de gran coherencia en su triple vertiente económica, política e ideológica. Y no es hasta después de la II Guerra Mundial que el éxodo se convertirá, propiamente hablando, en un éxodo agrícola. Para hacernos mejor idea del significado y especificidad de estos hechos, no es baladí recordar que, en 1881, la sociedad inglesa no era rural más que en un 42%, mientras que en Francia habrá que esperar a 1954 para alcanzar esa cifra. A lo largo del decenio 1850-1860, durante el cual la población rural llegó a su nivel máximo, el 80% de la población ocupaba el territorio rural francés.

Actualmente, el 27% de la población en Francia es rural, ocupando el 85% del espacio territorial. Pero este cambio en la tendencia no es tan simple como parece. La dinámica demográfica es, en efecto, muy contradictoria. Así, muchos especialistas han subrayado que la población rural tuvo una tasa de crecimiento del 16,2% entre 1975 y 1982, mientras que esa tasa no fue más que del 2,1% para la población urbana. Basándose en la fuerza ilustrativa de estos datos, algunos especialistas los utilizan para afirmar que se está produciendo un proceso de “renacimiento rural”⁶. Esta afirmación olvida, no obstante, que, en ese mismo período, el 45% de los municipios rurales continuaba su declive en términos demográficos, declive que se traducía, a la vez, en el descenso del nivel general de población, en el descenso de su tasa de actividad y en el avance de su proceso de envejecimiento. La consecuencia de este triple fenómeno es la existencia de amplias zonas con bajo nivel de población: al Norte y Oeste, la Bretagne central y la región fronteriza (*bordure lointaine*) del gran *Bassin Parisien*; al Sur y al Este, las provincias de Auvergne, Limousin, Cévennes y Pyrénées. Trece provincias están en un declive rural absoluto: entre ellas, la Creuse ha perdido seis mil habitantes, y el Cantal cinco mil. En cuanto a los 17 mil 500 municipios rurales que están en crecimiento, forman de hecho enormes suburbios, pueblos-dormitorio alrededor de las grandes

⁶ Bernard Kayser, *La renaissance rurale*, Paris, Armand Colin, 1990.

ciudades, participando del auge general de regiones con fuerte crecimiento: Sudeste y litoral mediterráneo, la cuenca Seine-Normandie, el valle del Loira, el litoral atlántico.

En resumen, una buena parte de los municipios rurales franceses está en claro declive demográfico, mientras que otra parte está viendo duplicarse o triplicarse su población en pocos años bajo la influencia del crecimiento económico de las ciudades vecinas. Exodo, por un lado, y explosión demográfica, por otro; en ambos casos, el equilibrio de las comunidades rurales ha quedado roto. Para comprender este fenómeno contradictorio, es necesario recordar que la evolución demográfica de las comunidades rurales depende, en gran parte, del contexto geográfico y económico en el que están situadas. Puede decirse que los municipios rurales suelen aprovechar las tendencias más generales, acompañándolas más que modificándolas. Pero, sea como fuere, lo cierto es que cuanto más permeables sean los espacios rurales y menos anclados estén, más fuerte es su crecimiento demográfico. Tal constatación, lejos de ser desesperanzadora, debería, por el contrario, conducirnos a renovar los términos del debate sobre el desarrollo local, abordado con demasiada frecuencia como un proceso de crecimiento puramente endógeno.

Pero hace falta saber también que, paradójicamente, estos procesos evolutivos de naturaleza contradictoria conducen a un solo y único resultado: la desaparición de las sociedades rurales. En efecto, o bien ellas crecen bajo la presión de su propio crecimiento demográfico, o bien se contraen como *peau de chagrin*⁷. Se sabe que las sociedades rurales, cuya estructura se basaba completamente en el agrupamiento y alianza entre familias campesinas que vivían en un mismo lugar, comenzaron a declinar cuando el proceso de modernización transformó a los campesinos en agricultores. Este declive encuentra su culminación en la actualidad, en un momento en que, más allá del aparente contraste de las evoluciones demográficas, las sociedades rurales se ven confrontadas o bien a situaciones de incre-

⁷ **N. del T.** La expresión *peau de chagrin* (literalmente, piel de cabra) es recogida de una novela de Balzac de ese mismo título y hace referencia metafóricamente a algo que se contrae disminuyendo su tamaño.

mento de población —de aportaciones de origen externo, sobre todo— que le hacen modificar su antigua morfología, o bien tienen que hacer frente a situaciones de disminución demográfica que le acaban agotando su propia sustancia. El cambio y la movilidad, visibles en los datos estadísticos y en los paisajes de los pueblos del mundo rural, se inscriben igualmente en las fluctuaciones que experimentan los movimientos de población, fluctuaciones que, en el caso de los municipios en proceso de fuerte crecimiento, toman la forma de una sinusoide.

En estos municipios en expansión, se constata una fuerte carencia de jóvenes de entre veinte y treinta años. Estos jóvenes se marchan del pueblo en el momento de estudiar o de buscar el primer empleo, momento que no es todavía de estabilidad afectiva. En esta “fase de prueba”, según la acertada expresión de Olivier Galland⁸, durante la cual los jóvenes se esfuerzan por orientar su vida, pasan más tiempo en la ciudad que en su pueblo, por razones económicas, pero también por razones culturales. Las encuestas muestran que los jóvenes sufren con fuerza la presión social existente en su localidad y que soportan mal la constante intromisión en la que transcurren, frecuentemente, las relaciones sociales en los pueblos.

En sentido contrario, se observa una afluencia masiva de hogares formados por jóvenes de entre treinta y cuarenta años que van a instalarse en el medio rural porque allí la vivienda es más barata, porque los servicios sociales les parecen satisfactorios y porque la escolarización de sus hijos no encuentra especiales dificultades. Del millón novecientos mil nuevos hogares que establecieron su residencia en municipios rurales entre 1975 y 1982, 900 mil se instalaron en una vivienda nueva. Se aprecia finalmente un déficit importante de personas entre 40 y 50 años, que forman precisamente el grupo de los que muestran una clara propensión a residir en centros urbanos⁹.

Sobre este mapa de la evolución demográfica general que se presenta como una sinusoide, pueden superponerse fenómenos

⁸ Olivier Galland, *Sociologie de la jeunesse. L'entrée dans la vie*, Paris, Armand Colin, 1991.

⁹ *Le Grand Atlas de la France rurale*, Paris, Jean-Pierre de Monza éd., 1989.

adyacentes que refuerzan las tendencias observadas. El primero de estos fenómenos, que se está convirtiendo en algo ya usual, es la salida en dimensiones catastróficas de una parte de la población no cualificada, a menudo fuertemente endeudada, que se instaló en el campo con 30 y 40 años de edad y que ya no pueden hacer frente a las deudas cuando sobreviene un problema de paro o de divorcio, una enfermedad larga u otras dificultades familiares diversas... Cuando los elementos más inestables de esta población no se deciden a irse "*à la cloche de bois*"¹⁰, se quedan en el lugar de residencia viviendo en la marginalidad y en una situación de extrema pobreza. Las colectividades locales se ven obligadas a enfrentarse, cada vez con más frecuencia, a la solución de situaciones como éstas, que son nuevas para ellas.

El segundo fenómeno es el retorno a la ciudad de cuadros medios y superiores que llegaron al medio rural al comienzo de su carrera profesional y durante el período de infancia de sus hijos: por motivos profesionales y de estrategia escolar, estas personas tienden a volver a los centros urbanos pasados unos diez años. Las idas y venidas de elementos de la población susceptibles de jugar un rol activo en la articulación política, económica, social y cultural de la localidad, son sentidas, por los municipios rurales que los acogieron, como un corte en seco, como una pérdida difícil de asumir.

Un tercer fenómeno de importancia es la afluencia al medio rural de personas jubiladas (o prejubiladas), de edades comprendidas entre los 55 y los 70 años. La residencia antes secundaria se transforma así en residencia principal: los hijos del lugar vuelven a sus antiguos lugares de origen. Puesto que, como se sabe, los jubilados son la categoría social que está en mejor situación en cuanto a poder adquisitivo, puede decirse que se trata de un fenómeno con efectos positivos para los municipios rurales. A su vez, estos municipios se presentan de manera activa como un entorno perfectamente adaptado para favorecer la organización

¹⁰ **N. del T.** Esta expresión no tiene traducción en español, utilizándose de forma figurada para referirse a alguien que se va sin avisar, discretamente, cerrando su casa, procurando que nadie en la comunidad rural se entere de sus problemas.

de la tercera edad. Es verdad que las instituciones, en particular la *Mutualité Sociale Agricole*¹¹, han contribuido mucho a ello.

La situación hasta aquí comentada es, en su conjunto, una situación compleja de gestionar por parte de los municipios con fuerte crecimiento demográfico. La movilidad, la cualificación, el hiper-endeudamiento, el paro, el distanciamiento entre lugar de trabajo y lugar de residencia, en definitiva, todos los grandes problemas sociales de hoy día están en el centro de la dinámica demográfica y económica del mundo rural.

Otra gran característica demográfica de las zonas rurales es el alto grado de envejecimiento de la población que reside en ellas. Por ejemplo, en veinte años, el número de jubilados que residen en los municipios rurales ha crecido en un 60%; en valores absolutos, su número ha aumentado en novecientos mil. Un tercio de las familias que residen en el medio rural son inactivas o están formadas por personas jubiladas, lo que equivale al 21,5% de la población rural. En 1982, había 58 personas de más de 65 años por cada 100 jóvenes de menos de 20. Esta proporción era del 37% en 1962. Se ha hablado, incluso, en relación a las regiones Centro, Poitou-Charentes y Limousin, de “polo de envejecimiento” de Europa...

Sin embargo, no es jugar a las paradojas adelantar que esta situación demográfica, lejos de confirmar el carácter definitivamente marginal y residual de las sociedades rurales en relación a los grandes procesos evolutivos de la sociedad moderna, debe ser considerada como la antesala de una tendencia que afecta a toda la sociedad en su conjunto. El envejecimiento acelerado del mundo rural anticipa la evolución demográfica global de las sociedades occidentales más avanzadas y más ricas. En este sentido, se puede decir que el caso del Limousin, en particular, y del mundo rural, en general, tiene un valor premonitorio respecto al resto de la sociedad francesa, ya que se observa, extendiendo la tendencia evolutiva de sus curvas demográficas, que su situación es la que conocerá Francia cuando la llamada generación *baby-boom* de después de la guerra llegue a la edad de la jubilación. El problema

¹¹ N. del T. La *Mutualité Sociale Agricole* es el régimen de protección social de los agricultores y asalariados agrícolas en Francia. Es un sistema público, pero gestionado en forma de mutualidad.

del envejecimiento no es un asunto del pasado, sino una cuestión social importante de hoy en día y, sobre todo, del futuro: de esta forma, el Limousin nos da una imagen de nuestro futuro.

Pero sobre este telón de fondo se manifiesta un fenómeno más específico cuyas consecuencias son, a partir de ahora, de una importancia capital: me refiero a la disminución de la población agrícola en esos mismos municipios rurales y en el conjunto de la sociedad francesa. Dos hechos permiten abarcar el drama demográfico que viven los agricultores franceses: constituyen un grupo social cada vez menos numeroso, y están envejeciendo.

Mientras que, al principio del presente siglo, la mitad de la población activa francesa trabajaba en la agricultura, y justo después de la II Guerra Mundial un tercio lo seguía haciendo en este sector, las personas empleadas en la agricultura —titulares de explotaciones, ayudas familiares y asalariados agrícolas trabajando a tiempo completo o a tiempo parcial— no representaban en 1987 más que 2 millones 31 mil personas, es decir, 1 millón 387 mil “unidades de trabajo-año”. En cuarenta años, el mundo agrícola ha perdido, en definitiva, 4 millones de empleos¹². Y esta evolución está lejos de llegar a su nivel máximo, ya que, en 1988, 560 mil agricultores tenían una edad de más de 50 años. De ellos, 413 mil, es decir el 73%, pensaban que no tendrían sucesor o que no sabían quién les sucedería. El retroceso de nuevas instalaciones de jóvenes en la agricultura confirma por lo demás este pronóstico: al comienzo de los años 70, se instalaban por término medio 50 mil nuevos agricultores al año; hoy día, no se instalan más que unos 30 mil. Incluso, el X Plan prevé una aceleración de este declive de aquí al año 2000, debido al abandono de la actividad agraria por parte de los agricultores de más edad, al descenso del número de nuevas instalaciones ligado a la disminución de la natalidad, y a la reducción del número de jóvenes que toman el relevo de sus padres al frente de la explotación: en este sentido, de cada diez hijos de agricultores, más de siete se decantan por profesiones no relacionadas con el campo.

Al mismo tiempo, el proceso de envejecimiento de la pobla-

¹² Georges Duby et Armand Wallon (éd.), *Histoire de la France rurale*, Paris, Seuil, 1975-1976; *Deux siècles de progrès pour l'agriculture et l'alimentation, 1789-1989*, Académie d'agriculture, Paris, Lavoisier, 1990.

ción rural se acelera: la pirámide de edad de los titulares de explotaciones agrarias y de miembros de su familia, muestra que los jóvenes menores de quince años no representan más que el 15% de dicha población, mientras que las personas de más de cincuenta y cinco años constituyen el 32%. Otro dato estadístico elocuente es el que señala que, si bien, en 1970, las personas de más de cincuenta años no eran más numerosas que las de veinte, dieciocho años más tarde, es decir, en 1988, la relación es de 1,7 a 1, según datos del SCEES (Servicio Central de Encuestas y Estudios Estadísticos) del ministerio de Agricultura, y del INSEE (Instituto Nacional de Estadística). De todas formas, esa es la media nacional: en el Limousin, por ejemplo, esta relación es superior, de 2,5 a 1.

Todo esto significa que, a corto plazo, la población activa agraria en Francia llegará a la cifra fatídica del 5% de la población activa nacional. Esta evolución es totalmente coherente con la que experimenta el conjunto de los países de Europa Occidental: en 1961, el 21% de la población activa total de la CEE estaba empleado en la agricultura. Esta tasa, referida a la UE, es hoy inferior al 7%. Y en Gran Bretaña, por ejemplo, la agricultura no cubre más que el 2,1% de los empleos (y el 1,3% del producto nacional bruto).

Es un verdadero trauma para los agricultores —sobre todo, para los franceses— tomar conciencia de que son una minoría entre otras. Sin embargo, pertenecer a una minoría en una sociedad moderna es algo sin importancia: el cada vez más acentuado proceso de segmentación social significa, en efecto, la proliferación de minorías. Pero es verdad que darse cuenta de pronto — como ocurre con los agricultores— que se han convertido en un grupo social minoritario cuando hace más de un siglo constituían la mayoría absoluta de la población, hace que esta situación se perciba como una clara expresión de decadencia. Sin embargo, ¿cómo podrían los agricultores haber alcanzado los enormes niveles de productividad que han conseguido si hubieran seguido siendo tan numerosos? Se estima que, en 1830, la proporción de personas activas agrícolas de sexo masculino respecto a la población activa masculina en Francia, era del 61%, y que, en esa misma época, el rendimiento medio del trigo era de 10,9 quinta-

les por hectárea. Hoy día ese rendimiento es de más de 65 quintales por hectárea. Según Paul Bairoch, durante los cuatro decenios que van de 1946-1950 a 1985-1987, el nivel de productividad agrícola se ha multiplicado por alrededor de un 7,5, o sea, “1,5 veces más que durante los quince decenios que precedieron a la Segunda Guerra Mundial, es decir, al menos tanto como durante los ocho o nueve milenios que separan la invención de la agricultura de la Segunda Guerra Mundial”¹³. Ahora bien, hay que precisar que este aumento de la productividad agrícola en los últimos decenios no es sólo excepcional desde una perspectiva histórica, sino que se corresponde, igualmente, con un verdadero cambio a nivel sectorial: así, mientras que la productividad de la industria manufacturera creció dos veces más rápidamente que la de la agricultura durante el siglo XIX y la primera parte del XX, la situación ha cambiado completamente desde hace cuatro o cinco decenios. Esto es lo que explica en gran medida el empeoramiento de las condiciones de intercambio de la mayoría de los productos agrícolas en relación a la mayoría de los productos manufacturados. Según Paul Bairoch, la productividad agrícola ha pasado del índice 65 en 1800 al índice 1880 en 1980.

Para darnos cuenta de lo que estas cifras significan, no hay más que recordar que un agricultor daba de comer a siete personas en 1960. Esta cifra ascendió a treinta en 1983 y a más de cuarenta hoy día. He aquí la gran paradoja de esta situación: justo en el momento en que la agricultura francesa alcanza el nivel de potencia económica mundial —Francia, como ya se ha indicado, es el segundo país exportador mundial de productos agrarios desde 1970—, sus agricultores se convierten en una minoría. Esa disminución en número es, ante todo, el resultado de una voluntad y la manifestación de un éxito: voluntad de rentabilizar mejor el trabajo agrícola; éxito de un proceso de modernización y de incremento de la productividad que fue recibido, desde el principio —esto no hay que olvidarlo—, como un proceso de liberación. Sin embargo, paradójicamente, los agricultores comparten con los asalariados del sector industrial un sentimiento de deca-

¹³ Paul Bairoch, “Dix-huit décennies de développement agricole français dans une perspective internationale (1800-1980)”, *Economie Rurale*, n^{os} 184-185-186, marzo-agosto 1988, p. 20.

dencia, un sentimiento difícil de entender cuando solamente otros tres grupos profesionales tienen en la sociedad francesa un peso comparable al de los agricultores: el de la enseñanza, el de la salud y el del transporte.

Esta fractura ¿implica también el final del papel político de los agricultores? Seguramente no. Desde un punto de vista estrictamente electoral, se constata que el 17% de los electores franceses conserva rasgos rurales fuertes, entendiéndose por ello lo siguiente: que son o bien titulares de explotaciones agrícolas, o bien cónyuges o hijos de agricultores, o bien han sido agricultores en el curso de su vida profesional. Si se relaciona esta cifra con la de la población agrícola total (y no sólo con la de la población activa), que es de 5 millones, esto significa que los agricultores tienen un peso del 11 al 15% dentro del cuerpo electoral francés. Hay que recordar también que casi la mitad de las provincias francesas, y 104 circunscripciones electorales sobre 555, tienen una tasa de población activa agrícola superior al 10%. En 11 provincias y en 51 circunscripciones, esa tasa sobrepasa el 20%, lo que explica su capacidad para hacer y deshacer mayorías. A este peso electoral directo habría que sumar el peso de los agricultores en términos de su presencia en la vida pública: en 1989, 10 mil 395 alcaldes de un total de 36 mil 487 se declaraban agricultores. Si admitimos, además, que de los 8 mil 632 que se declaran “jubilados”, un buen número de ellos son antiguos agricultores, se puede estimar que un tercio de los alcaldes franceses son agricultores o antiguos agricultores¹⁴.

El peso político de los agricultores, a pesar del declive demográfico del mundo agrícola, es aún considerable, si bien no debe olvidarse que el mundo rural es cada vez más un área en la que predominan los asalariados. Se ignora, en efecto, con frecuencia que el retroceso de la población asalariada es menos fuerte en el campo que en la ciudad, y que los obreros que residen en los municipios rurales (los “obrerros rurales”, generalmente menos cualificados que los trabajadores urbanos) representan el 35% de la población activa rural, mientras que los agricultores no representan más que un cuarto. Este profundo cambio refuerza la rup-

¹⁴ *Les agriculteurs français aux urnes*, estudios recogidos por Bertrand Hervieu, París, L'Harmattan, 1992.

tura demográfica producida en el mundo propiamente agrícola: en este universo convulsionado, cada vez aparece con más claridad que los espacios rurales no son espacios destinados únicamente a la producción, sino que se han convertido en espacios de vida para poblaciones cada vez más heterogéneas. Precariedad, envejecimiento, ruptura: el mundo rural tiene que hacer frente a los mismos problemas que el mundo urbano. Es más, los cambios por los que atraviesa hacen que el mundo rural no sea tanto el testigo de una sociedad del pasado, como la premonición de los problemas que se ciernen sobre las sociedades occidentales del mañana.

CAPITULO 2.º

**AGRICULTURA
Y EXPLOTACION FAMILIAR
La familia eclipsada**

Si hay una cuestión sobre la que los políticos y dirigentes del sindicalismo agrario están de acuerdo por encima de las divergencias ideológicas que los separan, es la de que la agricultura francesa, a pesar de los cambios que experimenta, continúa siendo una agricultura de tipo familiar. Para constatar y actualizar esa convergencia de opiniones, basta con hacer un recorrido por treinta años de discursos políticos y sindicales y comprobar que enfatizar la dimensión familiar de la actividad agraria constituye un buen recurso para terminar con calma y en ambiente de unanimidad cualquier congreso sindical agitado. Asimismo, todos los ministros que han ocupado la cartera de Agricultura han puesto gran cuidado en manifestar la evidencia indiscutible de este dato, a saber: que la explotación familiar de 2 UTH, tal como aparece codificada en las ya citadas leyes de orientación de 1960 y 1962, es una referencia obligada de la política agraria en Francia.

En 1973, Jacques Chirac¹⁵ asignaba tres objetivos a la política agraria francesa, señalando que uno de ellos era el de “desarrollar y modernizar la explotación familiar, [un tipo de explotación] que, hoy somos conscientes de ello, responde en sí misma tanto a exigencias sociales, como económicas”. Raymond Marcellin precisaba en 1974: “Lo que voy a hacer es una toma de posición: quiero subrayar, también yo, mi compromiso fundamental con la explotación familiar agraria”. En 1975, es Christian Bonnet¹⁶ quien afirmaba que “el fundamento de nuestra agricultura

¹⁵ **N. del T.** Jacques Chirac era, en 1973, ministro de Agricultura, en uno de los últimos gabinetes del presidente de la república Georges Pompidou.

¹⁶ **N. del T.** Raymond Marcellin y Christian Bonnet fueron ministros de Agricultura con Valéry Giscard D'Estaing, cuando éste era presidente de la República.

seguirá siendo la agricultura familiar”. Y Henri Nallet —ministro socialista de Agricultura bajo la presidencia de Mitterrand— también dejará claro, en 1986, que “nuestra política confirma la elección efectuada a favor de la explotación agrícola de carácter familiar. Este modelo de sociedad, continuaba afirmando Nallet, que se hizo operativo hace veinte años [...], está siempre en el centro de nuestras opciones, confirmando así una política de continuidad en lo que se refiere a las cuestiones de fondo”¹⁷.

Es efectivamente innegable que, en 1991, casi el 84% del trabajo que proporcionaba la agricultura francesa provenía de los titulares de explotaciones agrarias, de sus cónyuges e hijos o de otros miembros de la familia. Pero esta cifra no podía servir para ocultar los cambios profundos que ya entonces experimentaba el mundo agrícola, cambios portadores, a su vez, de radicales transformaciones. Varios indicadores revelaban ya la existencia de algunas grietas en el orden que, tradicionalmente, unía las estructuras agrarias a las estructuras familiares.

El primero de estos indicadores es el continuado proceso de concentración de las explotaciones familiares (ver tabla n.º 1). Según las estadísticas del ministerio de Agricultura francés, el ritmo de reducción del número de explotaciones, que se había ralentizado notablemente al final de los años setenta, está aumentando de nuevo desde hace ya algunos años. El tamaño medio de las explotaciones agrarias —28 hectáreas en 1988— se ha doblado en treinta años. Las explotaciones de más de 50 hectáreas cubren más de la mitad de la superficie agrícola nacional. La SAU se concentra en explotaciones de tamaño cada vez mayor: el 4% de las explotaciones ocupa un cuarto de la SAU, y el 15% ocupa más de la mitad de la SAU en Francia.

¹⁷ Pierre Coulomb, Hélène Delorme, Bertrand Hervieu, Marcel Jollivet, Philippe Lacombe (Ed.), *Les agriculteurs et la politique*, Paris, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1990.

Tabla n.º 1

NUMERO Y SUPERFICIE DE EXPLOTACIONES
EN 1990, SEGUN SU TAMAÑO EN SAU

| Tamaño de las explotaciones (Has de SAU) | Número de explotaciones | | SAU | |
|--|----------------------------|------------|-----------------|------------|
| | (millar) | % | (mil hectáreas) | % |
| Menos de 10 ha. | 346 | 38 | 1.189 | 4 |
| De 10 a menos de 35 ha. | 295 | 32 | 6.223 | 22 |
| De 35 a menos de 50 ha. | 103 | 11 | 4.293 | 15 |
| De 50 a menos de 100 ha. | 131 | 14 | 8.962 | 32 |
| De más de 100 ha. | 48 | 5 | 7.520 | 27 |
| Total | 924 | 100 | 28.187 | 100 |

Fuente: SCEE (Servicio Central de Encuestas y Estudios Estadísticos) del ministerio de Agricultura y Asuntos Forestales, 1991.

Pero más aún que la estructura heterogénea de las explotaciones agrarias, que es un fenómeno ya antiguo, es la concentración de la producción lo que caracteriza la pasada década. Los economistas de la APCA (*Assablée Permanente des Chambres d'Agriculture*)¹⁸ han dejado claro que los 12 mil agricultores con explotaciones cuyo volumen de negocio sobrepasa los 1,5 millones de francos anuales producen el 10% de la producción agraria, es decir, dos veces más de lo que producen las 450 mil explotaciones más pequeñas, o sea aquéllas cuyo volumen de negocio anual no excede los ¡50 mil francos! Puede decirse, por tanto, que más del 80% de la producción agraria francesa está asegurada por las 450 mil explotaciones sujetas al régimen fiscal de la TVA (impuesto sobre el valor añadido). Entre éstas, las 100 mil

¹⁸ N. del T. La APCA es el máximo órgano representativo a nivel nacional de las Cámaras Agrarias francesas. Las Cámaras Agrarias son corporaciones de Derecho público de nivel provincial en las que están representados los distintos intereses agrarios: agricultores, a través de sus sindicatos; cooperativas, a través de sus federaciones; asalariados, a través de sus sindicatos; y propietarios de explotaciones forestales, a través de su asociación correspondiente. Las Cámaras Agrarias prestan importantes servicios, estando dotadas de cualificados equipos de estudios.

explotaciones más importantes, que están sujetas al sistema impositivo denominado *bénéfice réel*, garantizan más del 40% de la producción agraria total, no representando más que el 10% del millón de explotaciones existentes en Francia. En diez años, señalan estos expertos de la APCA, el peso de las explotaciones de más de 50 hectáreas en relación al conjunto de las explotaciones francesas ha aumentado dos veces más rápidamente en términos de superficie, que en términos de efectivos agrícolas.

Es evidente que este proceso de concentración se desarrolla al tiempo que la agricultura experimenta un formidable aumento de la productividad. Tales fenómenos de concentración y de aumento de la productividad nos llevan a preguntarnos si Francia, a las puertas del siglo XXI, no podría bastarse con 300 mil o incluso con 150 mil agricultores en lugar del millón existente en la actualidad. Desde el punto de vista de la producción, tal aserto parece efectivamente posible. Bien es cierto, que hoy pocas personas piensan que tal eventualidad sería aceptable, pero el hecho de saber que es técnicamente posible tiene un peso importante en el debate sobre el futuro del mundo rural.

Otros fenómenos, más difíciles de delimitar, refuerzan estas tendencias. Así, como un primer fenómeno, habría que hablar del trabajo asalariado desarrollado fuera de la explotación agraria por las esposas de sus titulares. Hace veinte años, la proporción de esposas de agricultores que ejercían una actividad profesional fuera de la explotación (incluidas las llamadas "doble activas", que combinaban dicha actividad exterior con su trabajo en la explotación) era insignificante, del orden del 5,8%, y esto incluso entre las más jóvenes (7,2%). Hoy día, más de un tercio de las cónyuges de menos de treinta y cinco años está en esta situación, y tal proporción se dobla cuando se considera el caso en que el marido tiene una actividad exterior a la explotación agrícola. Por tanto, el hecho de casarse con un agricultor implica cada vez menos que, por ese simple hecho, el cónyuge tenga que optar por una profesión agrícola. En el momento del matrimonio, son ya dos tercios de jóvenes esposas las que ejercen una profesión no agrícola. Los jóvenes agricultores instalados entre 1985 y 1987, cuando se casaron lo hicieron con mujeres que, en una proporción del 75%, tenían una

vida profesional al margen de la agricultura (el 40% tenían ya empleo)¹⁹.

Esta cifra es, en sí misma, indicadora de una revolución cultural, correspondiéndose también con el hecho de que los jóvenes agricultores franceses se casan, cada vez menos sistemáticamente, con mujeres del mundo rural. De hecho, este comportamiento de los jóvenes agricultores constituye una verdadera novedad: Guenhaël Jegouzo constata que, desde 1975, la exogamia del mundo agrícola francés no ha dejado de aumentar. De cien agricultores que se casan cada año, la proporción de los que eligen por esposa a una hija de un no-agricultor está en crecimiento constante, y, desde 1985, los agricultores se casan, con la misma frecuencia, fuera de su entorno que dentro del mismo. Hay en todo esto un factor de transformación profunda de la familia agrícola: las mujeres jóvenes tienen, a partir de ahora, su propia vida profesional; tienen su propio mundo social, cultural y también político. La concepción del rol de cabeza de familia se ha modificado, y esto más todavía en la medida en que un buen número de jóvenes que suscriben créditos para instalarse como agricultores los obtienen precisamente porque su cónyuge ofrece la garantía de unos ingresos fijos al margen de la explotación. La mujer, ajena a la explotación, y gracias a que ella trabaja fuera, contribuye de este modo a que dicha explotación pueda existir. Es precisamente “saliéndose” del mundo agrícola —es decir, utilizando recursos externos a su actividad— como el joven agricultor puede, en muchos casos, ejercer su propia profesión. Y es ahí justamente donde reside la ambigüedad de la revolución cultural antes mencionada. Que la exogamia conquiste el mundo agrícola no tiene nada de anormal; lo sorprendente sería lo contrario. Que en el seno de una pareja tanto el marido, como la mujer ejerzan un trabajo y que éste no sea el mismo para ambos, es en estos días una cuestión sin importancia. Que uno de los dos salarios sea dedicado a pagar las deudas contraídas por la familia para vivienda o para realizar alguna fuerte inversión, es también una cuestión normal. Pero que una de esas dos fuentes de ingresos de la unidad familiar sea exclusi-

¹⁹ Michel Blanc, André Brun, Bernard Delord et Philippe Lacombe, “L’agriculture française est-elle encore familiale?” in *Les agriculteurs et la politique*, op. cit.

vamente dedicada al pago de créditos relativos a inversiones en actividades productivas, y que ese salario, exterior a tales actividades, sirva incluso de aval a dichos créditos, es lo que resulta menos frecuente en las otras categorías profesionales. Psicológicamente, algunos jóvenes agricultores soportan mal esta situación.

A este cambio económico, jurídico y cultural, que contrasta con la imagen tradicional del agricultor dueño, por sí solo, de su familia y de su explotación agrícola, habría que añadirle, como un segundo fenómeno que refuerza la tendencia anterior, los efectos de la persistencia, incluso del aumento, de las situaciones de soltería entre los agricultores. Francia no es una excepción en este tema: como ocurre en los demás países europeos, la soltería entre los agricultores es más notoria que en otras categorías sociales. Aun así, hay que señalar que, cuando la explotación agrícola alcanza un tamaño económico del orden de 50 hectáreas, tomando como equivalencia el trigo, los datos sobre la actitud de los agricultores con respecto al tema de la soltería son similares a los de otros profesionales. En Francia, el nivel de soltería masculina entre los agricultores es del 18% como media, frente al 9% para el conjunto de la población, con un máximo del 33% en Córcega y un mínimo del 9% en Ile-de-France. En 1984-1985, en el momento de su instalación como agricultores, el 54% de los jóvenes que se beneficiaron de las ayudas a la instalación (DJA)²⁰ eran solteros. Cinco años más tarde, aún permanecían solteros el 34%. La tercera parte aproximadamente de los jóvenes agricultores de menos de treinta y cinco años son solteros. De 1970 a 1985, la proporción de explotaciones gestionadas individualmente pasó de un cuarto a más de un tercio, en detrimento de las explotaciones gestionadas en régimen matrimonial, que representaban, sin embargo, la mitad del total de explotaciones en 1970. Esta evolución hacia el predominio de las explotaciones gestionadas individualmente se produce también en detrimento de las explotaciones con asalariados y de las explotaciones familiares propiamente dichas²¹. La importancia de la soltería y el

²⁰ N. del T. La DJA (*Dotation Jeunes Agriculteurs*) es la ayuda más significativa que reciben los jóvenes que deseen instalarse como agricultores. La edad límite es de 35 años.

²¹ Guenhaël Jegouzo, "L'évolution après 1975 du célibat agricole masculin".

aumento del trabajo femenino fuera de la agricultura produce efectos combinados, efectos que modifican la naturaleza de la explotación familiar hasta el punto de convertir en hábito entre los jóvenes el hecho de instalarse de forma individual.

El tercer fenómeno de este cambio en profundidad que está minando el predominio de la explotación familiar en la agricultura francesa es el avance de la agricultura de grupo. El mundo agrícola ha sido particularmente imaginativo en el arte de crear fórmulas jurídicas inspirándose en modelos utilizados con normalidad en los otros sectores económicos, pero sin olvidar las especificidades del trabajo y la explotación agrícolas. En ese sentido, se crearon las GAEC (*Groupements Agricoles d'Exploitation en Commun*), los GFA (*Groupements Fonciers Agricoles*), los EARL (*Exploitations Agricoles à Responsabilité Limitée*), las CUMAS (*Cooperatives d'Utilisation de Matériel Agricole*) y las SCEV (*Sociétés Civiles d'Exploitation Viticole*). Se crearon igualmente los clásicos GIE (*Groupements d'Interêt Economique*), las SARL (*Sociétés Anonymes à Responsabilité Limitée*), etc. Más de 65 mil explotaciones agrarias son gestionadas en Francia de acuerdo con algún modelo de agricultura de grupo. Sólo bajo la fórmula de GAEC existían, en 1990, 45 mil, lo que significaba haber doblado su número desde 1980. La superficie media de los GAEC alcanza las 72 has, ocupando el 10% de la SAU francesa.

Para completar este panorama, hay que mencionar también la existencia de 1.300 agrupaciones de productores (*groupements de producteurs*)²², destinadas a favorecer el desarrollo técnico de los agricultores y sus relaciones con los sectores *d'aval*, sin olvidar la importancia que tienen las cooperativas de comercialización en la agricultura francesa. Por ejemplo, en la provincia de La Marne, se cuenta hoy con 640 GAEC, 450 SCEA y 150 EARL, así como con 250 sociedades comerciales y sociedades de hecho. Se estima, teniendo en cuenta el ritmo de crecimiento de la agricultura de grupo, que el 80% de los agricultores de la pro-

lin", *Population*, 1, 1991; ver también *Chambres d'Agriculture*, n.º 797, febrero 1992.

²² N. del T. Estas agrupaciones sirvieron de referencia para el modelo de APAs español, creado en 1972, y también para el de las organizaciones de productores actualmente vigente en la mayor parte de las OCM europeas.

vincia de La Marne se habrá acogido a alguna de estas fórmulas asociativas en el año 2000.

Estas formas de explotación en las que se pone en común, según los diversos regímenes jurídicos, la propiedad del capital fundiario o del capital de explotación —para todo o para sólo una parte del mismo—, son también, a veces, modos específicos de gestión y organización del trabajo en la propia explotación agraria. Tales formas de agricultura de grupo surgen o bien por razones fiscales y sucesorias, o bien para garantizar un estatuto jurídico a los diferentes actores implicados... Como lo expresó un día, a modo de broma, un asesor de temas jurídicos de una de las organizaciones profesionales agrarias, “actualmente, se crean sociedades con la misma facilidad con que se hacen motocicletas”. Un viticultor asociado a un GAEC desde 1968 pone de manifiesto el cambio de mentalidad que implica optar por la agricultura de grupo: “Hace treinta años, nos asociábamos para mejorar nuestras condiciones de vida, de trabajo, de renta. Hoy día, en las reuniones informativas de la provincia [de la Marne], el discurso más extendido es el siguiente: ‘Cread un grupo, y pagaréis menos impuestos y menos cotizaciones sociales’, y ya no el de ‘trabajad juntos’. Por supuesto, que el contexto ha evolucionado y el criterio económico es importante, pero no debe ser el único”, concluye este militante de la agricultura de grupo. Una segunda persona añade al respecto: “Los agricultores son también sensibles a otros factores que hace falta valorar: la continuidad de la explotación, su transmisión y la separación de los patrimonios privados y profesionales. Las fórmulas asociativas son, todavía hoy, el único medio de gestionar nuestras explotaciones como una verdadera empresa”²³.

La década 1980-1990 ha visto la convergencia de dos tradiciones asociativas en el sector agrario francés: una tradición “capitalista”, en torno al modelo del *Office de Comptabilité de Soissons*, y utilizando la forma jurídica de SCEA; y una tradición “cooperativista” y “familiar”, surgida del movimiento de la JAC²⁴, que promovía, sobre todo, la utilización de las fórmulas GAEC y

²³ *Agriculture de groupe*, n.º 236, junio 1991.

²⁴ **N. del T.** La JAC (*Jeunesse Agricole Catholique*) fue un movimiento surgido en los años 20 dentro de la renovación general del catolicismo francés.

CUMAs. Cómo separar el ámbito de la familia para preservarlo de los avatares de la explotación agraria, o cómo, aun manteniéndolo, liberarse de los problemas que conlleva para una buena gestión empresarial: éste es el delicado dilema que se plantea a la hora de abordar la gestión del capital en la agricultura.

Desde este momento, y mediante verificaciones sucesivas, se puede avanzar la hipótesis de que, alrededor de la mitad de la producción agraria francesa, es actualmente desarrollada por estructuras que no responden al modelo de explotación familiar implantado entre 1960 y 1962. Puede decirse, además, que esta especie de *boom* de las formas de agricultura de grupo aún no ha llegado a su fin, y no sólo en intensidad, sino también en lo que se refiere a los modelos en que se va a concretar en el futuro este tipo de explotaciones agrarias. Los hechos nos llevan a pensar que la agricultura de grupo continuará ganando terreno en todos los aspectos. En 1991, la mitad de los jóvenes agricultores que se instalaron beneficiándose de las ayudas de instalación DJA se agruparon bajo alguna fórmula asociativa. En algunas provincias, esta proporción alcanzaba ese año el 80% de las instalaciones.

A partir de las tendencias observadas en la actualidad, se puede pensar incluso que el desarrollo de la agricultura de grupo recurrirá, cada vez más, a fórmulas jurídicas de carácter general, fórmulas que serán, por tanto, cada vez menos específicamente agrarias.

A pesar de todo, no nos engañemos: no estamos ante un fenómeno de completa desaparición de la familia en lo que se refiere a las explotaciones agrarias. El trabajo sigue siendo de origen familiar y, en gran medida, los capitales también lo son (más de dos tercios de los GAEC están formados por padres e hijos), sin olvidar que estas estructuras de grupo suelen ser creadas para preparar o resolver problemas de sucesión en el seno de la familia del titular. Pero ¿qué pueden tener en común una explotación familiar al estilo tradicional, y otra siguiendo el

Impulsaba la modernización de la agricultura y la profesionalización del agricultor. A mediados de los años 50, la JAC promovería la creación del sindicato de jóvenes agricultores CNJA, una de las más importantes organizaciones profesionales en la actualidad.

modelo actual, es decir, siguiendo un modelo cuyo capital fundiario, por ejemplo, se pone en común en el seno de un GFA, el capital de explotación está formado por una SCEA, y la producción es comercializada a través de un GIA? Además, en cada una de estas fórmulas asociativas, los que poseen participaciones en el capital común raras veces son las mismas personas, y cuando pertenecen a la misma familia —lo que no es siempre el caso—, puede que procedan de tres generaciones diferentes. Es más, nos podemos encontrar con situaciones en las que algunos miembros del grupo sean plenos propietarios del dominio, otros posean sólo la nuda propiedad y otros, por último, sean usufructuarios.

De acuerdo con los nacimientos, defunciones, matrimonios y divorcios que se producen en el seno de la familia del agricultor, la situación cambia rápidamente, haciendo inevitable que éste tenga que recurrir a formas jurídicas cada vez más fluidas y versátiles, es decir, a formas cada vez más cercanas a los modelos utilizados en actividades de carácter general. La agricultura se convierte, así, en un reflejo de la actividad económica dominante: es decir, una actividad gestionada siguiendo fórmulas asociativas, pero cada vez más cercanas al modelo de sociedades anónimas. En la agricultura, como en todos los demás sectores de actividad, los itinerarios profesionales están cada vez más individualizados, lo que no impide que, al igual que en esos otros sectores, la base familiar siga siendo fundamental: bien para acceder a la propiedad de una vivienda, bien para cuidar o educar a los hijos, bien para continuar estudios en el extranjero... En el sector agrario, esta base familiar se ha venido formalizando frecuentemente a través de construcciones jurídicas complejas, que se han correspondido con las circunstancias específicas de la actividad agraria. Pero a través de estas fórmulas jurídicas, la base de apoyo familiar se ha mantenido y renovado por vías que no son una simple reproducción de las recibidas de las generaciones anteriores. En cualquier caso, aunque la agricultura siga siendo una actividad de naturaleza familiar, ya no hay en absoluto coincidencia entre el patrimonio de los esposos y el trabajo de la familia, ni ósmosis alguna entre la vida de la familia y la actividad de la explotación. Aunque la familia siga detentando el capital, lo hace de forma cada vez más abstracta; es decir, cada vez más anónima e imper-

sonal. Recíprocamente, esta fuerte recomposición jurídica del status de la tierra y de la explotación familiar es expresión de obsolescencia o, al menos, de fragilidad de un modelo de explotación heredero en línea directa de la antigua granja familiar.

En este proceso, el sector agrario asimila las orientaciones sociales y culturales que son las propias de la sociedad en general. Así ocurre, por ejemplo, con la estabilidad de las parejas: la imbricación entre pareja, trabajo y patrimonio era tal, hasta fechas recientes, que el divorcio era impensable en tanto que ponía en peligro la supervivencia económica de la familia en su conjunto y de cada uno de sus miembros en particular. En los tiempos actuales, el divorcio es, sin embargo, una posibilidad más que debe ser contemplada en el seno de las familias agrícolas. De forma general puede decirse que el mundo agrícola está descubriendo la autonomía de los individuos que lo componen, es decir, de los agricultores; comienza a descubrir no el fin de la familia, sino la emergencia de una pluralidad de modelos de organización familiar, modelos de tamaños y formas variables. Esta especie de entrada del mundo agrícola en lo que podríamos llamar la modernidad familiar marca un nuevo paso en la separación entre empresa y familia. Tal separación no implica necesariamente que entre estos dos elementos no existan ya lazos algunos, sino sólo que las conexiones que se establecen entre ellos no les vienen dadas como antaño “de forma natural”, correspondiendo ahora a nuevas construcciones sociales y jurídicas de organización.

Los comentarios que, desde el punto de vista jurídico y social, hemos hecho para mostrar la ruptura producida en el universo tradicional en que se desarrollaba la relación entre familia y profesión agrícola, son igualmente válidos para la estructura de las rentas familiares. En este sentido, cabe señalar que las rentas de las familias agrícolas proceden cada vez menos de la actividad desarrollada en la explotación. Con el fin de medir la importancia de este fenómeno, merece la pena mencionar el hecho de que sólo la mitad de los titulares de explotaciones agrarias en Francia trabaja a tiempo completo en ellas, dato especialmente significativo si se piensa que esa proporción era cercana al 60% en 1970. Considerando el conjunto de la población activa agraria familiar,

la proporción de individuos que trabajan a tiempo parcial sobrepasa claramente la de los que lo hacen a tiempo completo. Entre los agricultores a tiempo parcial, el 20% tiene doble actividad, mientras que el 14% son agricultores a título secundario, es decir, que tienen otra profesión como principal; una pequeña proporción de ellos ocupa algún cargo político de carácter electivo o asume responsabilidades sindicales en el seno de las organizaciones profesionales.

En resumen, el doble fenómeno de que, por un lado, una buena parte de la población agrícola francesa trabaje a tiempo parcial, y por otro, cada vez sea mayor el número de esposas de agricultores que tienen un trabajo a tiempo completo fuera de la explotación, provoca cambios notables en la estructura de rentas de las unidades familiares, cambios en los que los ingresos procedentes de actividades no agrarias tienen un peso creciente. Hoy día, más del 40% de los ingresos de las unidades familiares agrícolas es de origen no agrario, estando dichos ingresos constituidos, a la vez, por salarios, por rentas de empresas individuales no agrícolas, por rentas derivadas de propiedades, por prestaciones familiares y por pensiones²⁵. Dejando a un lado, de momento, la cuestión de saber si el aumento de los ingresos no agrícolas compensa el descenso de los ingresos agrícolas en sentido estricto, lo importante es el hecho de que este cambio pone de manifiesto, una vez más, la ruptura de la unidad socioeconómica constituida por la familia y la explotación.

El joven que se instala hoy como agricultor lo hace cada vez más liberado de la situación *face-à-face* entre padres e hijos tan frecuente antaño, pero descubre nuevos *partenaires*, ya sean familiares o no. Descubre, en efecto, que ser jefe de una explotación agraria significa, en primer lugar, ser jefe de sus deudas antes que serlo de una familia. Un capital fundiario y de explotación cada vez más despersonalizado y difuso, una instalación cada vez más individualizada, pero dependiente: éstos son los cambios fundamentales que ya no nos permiten hablar de la explotación familiar como modelo de referencia. Es entre estas

²⁵ Jean-Louis Brangeon et Guenhaël Jegouzo, "La croissance des revenus non agricoles des agriculteurs", *Recherches en économie et sociologie rurales*, Inra-Sciences sociales, n.º 2, marzo 1992.

dos características —individualismo profesional, por una parte, y despersonalización del capital, por otra— como se perfila hoy la identidad profesional del joven agricultor.

Incomparablemente más aislado y solo que ayer, el joven agricultor de hoy comparte con bastantes jóvenes de otras categorías sociales la pérdida de seguridad sobre el mantenimiento de su status social, y aún más, la incertidumbre en cuanto a sus posibilidades de ascenso social. Este nuevo dato es el rasgo de toda una generación: a diferencia de las generaciones anteriores, ni la instalación en una explotación agraria, ni la movilidad social le garantizan a partir de ahora su futuro.

CAPITULO 3.º

**AGRICULTURA
Y TERRITORIO**

La pérdida de raíces territoriales

En su ensayo sobre *La fin des terroirs*, el historiador americano Eugen Weber mostró cómo los pueblos y cantones franceses fueron integrados progresivamente en la nación y la República, a medida, sobre todo, que se generalizaba la escolarización de los niños²⁶. Esta dinámica se desarrolló en el momento mismo en que se aceleraba el ritmo del éxodo rural. El éxodo marcó el carácter campesino de los campos franceses, vaciándolos de su población no agrícola para no dejar allí más que a los que vivían directamente de la tierra. Hasta entonces, las familias campesinas vivían en una situación de relativa autarquía en sus explotaciones: sólo la pertenencia a un mismo pueblo las convertía en comunidad. Los *notables*²⁷ aseguraban la conexión entre estas “microsociedades” —agrícolas y rurales— y la sociedad más amplia. Desde luego que las diferencias regionales existían, pero la diversidad de las producciones, así como la complementariedad entre agricultura y ganadería dentro las explotaciones, eran una característica muy común. El proceso de cambio que reafirmó la identificación cada vez mayor entre mundo rural y agricultura, redujo las diferencias existentes y borró bastantes especificidades culturales. En los campos franceses, a partir de

²⁶ Eugen Weber, *La Fin des terroirs. La modernisation de la France rurale, 1870-1914*, Paris, Fayard, 1983 (Stanford, ca., 1976); ver también Henri Mendras, *Sociétés paysannes. Éléments pour une théorie de la paysannerie*, Paris, Armand Colin, 1976.

²⁷ N. del T. Se utilizará sin traducir el término *notables* al no encontrar una palabra apropiada en castellano. Su significado puede asemejarse, en un sentido genérico, al de las viejas élites rurales, compuestas de las categorías de mayor rango en la jerarquía social de las comunidades rurales (por ejemplo, el médico, el gran propietario de tierras, el farmacéutico, el alcalde, el párroco, etc).

entonces ya vaciados de sus actividades no agrarias, la agricultura se vería afectada por los fenómenos más generales de “desarticulación territorial” que se acentuaron después de la II Guerra Mundial.

Lo cierto es que se ha necesitado mucho tiempo para comprender la magnitud de este fenómeno. Cuando apareció, en 1947, el famoso libro de Jean-François Gravier *Paris et le désert français*²⁸, el fenómeno de la “desertización”²⁹ era sólo considerado desde la perspectiva de la transferencia a la sociedad urbana de actividades no agrarias antaño implantadas en los campos. Bien es cierto que todavía se evoca en ocasiones la *nébuleuse choletaise* y los pañuelos de Cholet como la imagen genuina de las industrias en el medio rural. Pero se sabe perfectamente que hoy ya casi no se fabrican pañuelos en Cholet, y que las industrias que ocupan mucha mano de obra, principalmente las textiles, se han trasladado a Malasia, Hong Kong u otros lugares del mundo. Mañana las encontraremos quizá en la Europa central o del Este, desplazándose en función del precio de la mano de obra y la situación de los mercados.

Sin embargo, se ha comprobado recientemente que este fenómeno de deslocalización de las actividades económicas afecta también en profundidad al sector agrario. La atracción ejercida por los centros de comercialización y de intercambios comerciales (como áreas portuarias, ejes viarios de carreteras, centros de consumo...), pero también por las fábricas de transformación y almacenamiento de productos alimenticios o incluso por las fábricas de piensos, son los primeros factores de este fenómeno de deslocalización que hace entrar también a la agricultura —una actividad “estable” por excelencia— en la tenden-

²⁸ Jean-François Gravier, *Paris et le désert français* 1972, Paris, Flammarion, 1972 (1.ª edición, 1947).

²⁹ **N. del T.** En este pasaje del libro, el autor utiliza el término *désertification*, pero no en el sentido ecológico de avance de las condiciones características de las zonas desérticas, sino en un sentido socioeconómico (es decir, pérdida de población, transferencia de actividades económicas, etc). Por ello, se ha preferido al hacer la traducción utilizar el término “desertización”, en vez del de “desertificación”, ya que este último se refiere más al avance de las condiciones típicas de las zonas desérticas desde un punto de vista ecológico.

cia general de movilidad de las actividades productivas. Este proceso se desarrolla de dos maneras: desde arriba, debido a la inserción de la agricultura francesa en la economía mundial; desde abajo, en razón de los cambios tecnológicos experimentados en la agricultura.

Se sabe que la producción agraria francesa sigue siendo la primera de la Unión Europea (el 22% del total) y la segunda exportadora del mundo (el 7,7% del mercado) tras los Estados Unidos (11,6%). Se ha dicho de la agricultura francesa que estaba situada *entre l'Europe et le grand large*³⁰, pero, de cualquier modo, lo cierto es que se ha hecho vulnerable a las grandes tendencias que afectan a la agricultura mundial. De ser una actividad enraizada, por esencia, en un territorio localmente determinado, la agricultura francesa ha pasado a ser, por sus propios méritos, una actividad internacional. Bien es cierto que no se llega impunemente a ser la segunda potencia exportadora del mundo: ya se han visto fábricas de pollos abandonando la región francesa de Bretaña rumbo a Oriente Medio, y podrán verse mañana —¿quién sabe?— granjas industriales de cerdos instalándose en Brasil en los lugares de producción y transformación de la soja.

Resulta significativo también constatar que el mapa mundial de la producción agraria tiende hoy a superponerse al mapa mundial de los movimientos de población. La agricultura tiende a concentrarse alrededor de las zonas del litoral y de los grandes nudos de comunicación. En materia de instalación de jóvenes en la agricultura, la geografía de las comunicaciones va a influir cada vez más, por encima incluso de las características geológicas e incluso (al menos en parte) de las consideraciones que puedan hacerse sobre la riqueza agronómica de los suelos, a la hora de tomar la decisión de dónde instalarse como agricultor. Francia está ya afectada por este fenómeno: las diez principales provincias de mayor producción agraria, todas ellas situadas al norte de la línea Nantes-Estrasburgo, producen tanto como las cuarenta y cinco de menor producción, y se constata que el mapa de la pro-

³⁰ N. del T. Con esta expresión muy típica entre los franceses, se quiere significar la importancia de la situación geográfica de Francia, y su proyección hacia el Atlántico.

ducción agraria francesa continúa cambiando. Hace veinte años, la producción estaba claramente concentrada en el Norte, la Picardie y la Bretagne. Más tarde, el Oeste reforzó su puesto en el ranking con el avance del proceso de desarrollo de la Bretagne y el ascenso de Pays de la Loire. Para completar estos datos, hay que subrayar que la utilización de bienes intermedios por parte de la agricultura francesa está más concentrada aún que la producción. Diez provincias consumen el 30% de las compras nacionales de dichos bienes, destacando la de Finistère con el 4,8%.

Esta concentración de la producción se combina con una fuerte especialización regional. Diez provincias suministran el 41% de la producción de leche, frente al 32% en 1963. Otras diez provincias realizan el 60% de la producción de cerdo, y en una sola región, la de Bretagne, se produce el 45% del total, cuando hace veinte años esta región no producía más que el 23% de la producción de cerdo en Francia. Diez provincias, igualmente, producen el 35% de la carne bovina, y otras diez, cerca del 40% de la producción de cereales.

Este doble fenómeno de concentración y especialización hace que emerja un paisaje agrícola completamente diferente, que no tiene nada que ver con el que predominaba antaño cuando en Francia se producía “un poco de todo por todas partes”, tal como ocurría en cada una de las explotaciones agrícolas francesas que, hasta la II Guerra Mundial, soñaban con alcanzar la autosuficiencia alimenticia al nivel de la familia. Bien es cierto que se observaban ya por esas fechas fenómenos de especialización en la agricultura francesa, pero tales fenómenos dependían sobre todo de las características del territorio, es decir, de la especificidad del factor tierra. No obstante, era impensable entonces ver vacas *salers* pastando en la región de Valois, o vacas *limousinas* en la Normandía. La tierra, las razas animales, las especies vegetales, los productos, las formas de crianza y de cultivo, todo ello estaba relacionado entre sí. Los 360 tipos de quesos franceses —número que el general De Gaulle hizo famoso asociándolo a la ingobernabilidad del país³¹— eran la expresión exacta de esta diversidad de identidades territoriales.

³¹ N. del T. El autor hace referencia aquí a la expresión utilizada por el general De Gaulle para criticar la multiplicidad de partidos políticos en la IV

Sabemos que este lazo con el territorio está hoy roto, tanto en lo que concierne a la localización de las razas ganaderas y las distintas especies vegetales, como en lo que se refiere a los modos de transformación y elaboración de los productos acabados: el *emmental* bretón se transporta bien y también lo hace el *foiegras* normando... Para hacer frente a esta nueva situación, ha sido necesario poner en marcha todo un arsenal jurídico —el de las denominaciones de origen controladas— para “restaurar” la territorialización de la producción agraria que las tendencias de origen económico tienden a borrar. Salvando las diferencias, podría decirse que este fenómeno no está muy lejos de los movimientos de desterritorialización-concentración-estandarización que afectan a la industria y los servicios. Se inscribe igualmente en la lógica de uniformización cultural y homogeneización de las formas de vida, que hace extender las casas al “estilo Ile-de-France” desde el Pays Basque hasta l’Artois y desde la Bretagne al Jura...

Las denominaciones territoriales han sido sustituidas por la referencia a zonas (*bassins*) de producción: la zona cerealista, la zona de la cría de ganado, la del porcino, la de los productos lácteos,... al estilo de lo que ocurre con las zonas industriales, cuyo ascenso al rango de *bassin* ha sido la antesala, por otra parte, de o bien su obsolescencia, o bien su desarticulación territorial. Si se siguen las líneas de evolución actual no es exagerado decir que del 70 al 80% de la producción agraria europea podría muy bien, en el horizonte del año 2010, encontrarse concentrada en el litoral del Canal de la Mancha, de Rouen a Rotterdam, con prolongaciones hacia la Bretagne por el oeste, y hacia Dinamarca al nordeste, siguiendo el ritmo de implantación de las fábricas de pollos, de cerdo y quizás de ternera en las zonas portuarias, industriales y urbanas... Se estima que, en Estados Unidos, sólo el 4% de su territorio podría ser suficiente para asegurar la cobertura alimenticia del país. En Francia, el proceso es el mismo. Aquí se sabe ya que podemos concentrar en diez provin-

República, y que le serviría para justificar la aprobación de una nueva Constitución, la actual, cuando accedió a la presidencia en 1958, dando comienzo a la V República.

cias la casi totalidad de la producción de cerdo, ave, ternera e incluso, en parte, cereales, sin olvidar la producción de legumbres y productos hortícolas³².

Ahora bien, otro aspecto de este fenómeno de cambio, y probablemente el fundamental porque hace posible el anteriormente señalado, es que la producción agraria ya no depende exclusivamente del suelo. A lo largo de los ya citados *Trente Glorieuses*, de 1945 a 1975, una verdadera revolución técnica, pero también jurídica y económica, permitió el desarrollo de la agricultura y ganadería *sin suelo*.

Las implicaciones de este cambio son inmensas: un ejemplo muy concreto nos permitirá considerar su amplitud y su actualidad. Desde 1990, un industrial alemán, Pohlmann, busca instalar en Francia una granja avícola capaz de albergar 5,5 millones de gallinas para una producción diaria de 4,2 millones de huevos. La elección del lugar se hizo en función de la red de autopistas. Elijiendo la provincia de la Marne, el promotor alemán buscaba, en primer lugar, un enclave que le permitiera atender mejor a sus clientes del sur de Alemania de lo que lo hacían las instalaciones ubicadas en el norte de este país. Dicho proyecto no es, en sí mismo, una inversión totalmente novedosa: Pohlmann dirige, en efecto, un complejo avícola dos veces más importante en el Estado norteamericano de Ohio. En Francia, bastaría con que se pusieran en funcionamiento siete instalaciones como la proyectada en la Marne para garantizar la producción total de huevos al nivel actual. Pero se puede ir más lejos aún: nada podría impedir que estas “fábricas de huevos” estuvieran concentradas en tres o cuatro provincias, no lejos de los grandes puertos cerealistas y cerca de los centros de consumo, limitando con los grandes ejes de transporte por carretera y aéreos. Y podemos imaginar incluso que, algunos años más tarde, estas mismas granjas, por razones puramente comerciales y financieras, tomen el camino hacia Europa central o Asia... Técnica y financieramente, nada se opone a una reestructuración y desterritorialización completas de la producción francesa y europea de huevos, en un plazo de cinco a diez años.

³² Thierry Gaudin (éd.), *2100. Récit du prochain siècle*, Paris, Payot, 1990.

Este caso de la granja avícola gigante presenta además otros aspectos aleccionadores: aquí no mostraremos más que su fuerza ilustrativa como ejemplo de la ruptura total que se ha producido entre la producción agraria y el territorio, ruptura evidenciada por la expresión misma de agricultura “al margen del suelo o sin suelo” (*hors sol* o *sans sol*). En efecto, desde las primeras granjas avícolas “sin suelo” bretonas de los años sesenta, a la citada granja gigante de Pohlmann, lo que está en juego es la misma lógica de integración, industrialización y desterritorialización: el proyecto cambia más de escala que de naturaleza. Si bien en las primeras granjas avícolas, los industriales recurrían siempre a la familia agrícola para producir, esta dimensión familiar de la producción desaparece completamente en las granjas gigantes actuales. En el caso de la granja de Pohlmann, se tiene previsto crear trescientos empleos asalariados.

Este fenómeno que afecta a los productos de granja afecta igualmente a los productos hortícolas, en los que el recurso al riego y a los plásticos permiten desde ahora tres rotaciones anuales. Hagamos, sin un excesivo esfuerzo de imaginación, un poco de ficción: imaginemos invernaderos que permitieran cultivar, cerca de los lugares de distribución, cantidades inmensas de productos frescos, sin suelo. Este horizonte no es tan lejano: es en el Val-d’Oise, y no en una provincia “rural”, en donde el cultivo bajo plástico ha conocido el desarrollo más fuerte de los últimos años en Francia. Se argumentará que este modelo de agricultura es mucho menos viable en lo que concierne a los cereales y las oleoproteginosas. Es cierto, pero el avance actual de la biotecnología permite esperar pasos espectaculares en la productividad por hectárea. La gran muestra organizada por los agricultores franceses en los Campos Elíseos de París en junio de 1990, y que comenté al principio de este libro, fue, en cierta manera, tal como se ha visto luego, la expresión simbólica —¡aunque no intencionada por parte de sus organizadores!— de una posible desterritorialización de la producción cerealista: una recolección fuera de su estación natural, fuera de su tradicional lugar de producción. ¡Qué demostración de fuerza y, al mismo tiempo, de vulnerabilidad! En efecto, las alteraciones en el mapa de las producciones agrarias que se han registrado en Francia durante los

últimos cuarenta años aún no han acabado. Se dan todas las circunstancias propicias para que se lleven a cabo nuevas deslocalizaciones incluso más radicales y rápidas.

Se ha hablado de “urbanización de los campos” para caracterizar los nuevos modos de vida de los habitantes del mundo agrícola y para poner de manifiesto el fin de una especificidad de lo rural. Respecto a los procesos de deslocalización que afectan a la actividad agraria, y respecto a las transformaciones radicales que afectan a las sociedades rurales, se podría hablar, bien es cierto, de un fenómeno de “desarraigo” de las poblaciones rurales y de “ruptura de la ruralidad”. Una ruralidad que sólo es ya un paisaje y un marco de vida, pero no la matriz y/o el resultado de una forma de convivencia y de relaciones socio-económicas. El mundo agrícola está afectado por este proceso fuerte y moderno de ruptura entre lugar de producción y hábitat. Tanto en el campo como en la ciudad ya no hay coherencia entre el lugar en donde se ejerce una profesión y el lugar en donde se vive y se desarrollan las relaciones de convivencia. Esto es cierto hasta el punto de que, hoy día, se dan ya casos de agricultores que no residen en su explotación: van allí a diario, como irían a cualquier otro lugar de trabajo. Otros poseen superficies cultivadas en diversos lugares del territorio, incluso en distintas provincias. Este hecho no es, por otra parte, algo completamente nuevo: desde hace ya dos décadas —incluso cuatro en algunos casos—, sociedades tipo SCEA, con sede social en un pueblo de la cuenca parisina, gestionan tierras en la provincia de Landes, en el Cher o en l’Indre... Ya no se da con la frecuencia de antes la situación de que, en un mismo lugar, coincidan el domicilio social de la sociedad agrícola, la superficie de la explotación, los utensilios de labranza, la maquinaria y el hábitat de residencia del agricultor, situación que será cada vez más rara. Por ejemplo, en Gran Bretaña, las labores agrícolas de una superficie entorno a las 20.000 hectáreas son externalizadas y gestionadas por una sociedad de servicios que se desplaza a lo largo del territorio siguiendo el calendario de los cultivos. Dicha sociedad está empezando a ofrecer ya sus servicios en Francia, especialmente en las provincias de Loir-et-Cher y Loiret. Supongamos una explotación cuyo capital fundiario fuera gestionado jurídicamente siguiendo la fórmula de

un GFA: donde antes cada parcela tenía un nombre, ahora la tierra se convierte en algo abstracto, administrado por una sociedad de naturaleza jurídica impersonal. Imaginemos que esta sociedad sea dirigida a su vez por una sociedad de servicios que no tenga sede social permanente. ¿En qué se convierte entonces el pretendido “arraigo a la tierra” de la agricultura? ¡En nada más que en la reunión anual de un consejo de administración!

Sin suelo y móvil: así se presenta una parte de la agricultura francesa. Como los demás sectores económicos y profesionales, la actividad agraria está llegando a ser una actividad de localización precaria y constantemente revisable. Sin tener verdaderamente conciencia de ello, el mundo agrícola ha participado de este proceso de ruptura —aún relativo— entre producción y territorio, ruptura que impide hoy día considerar a la agricultura como el antídoto exclusivo a la desterritorialización. Este hecho deja al conjunto de la sociedad, y en primer lugar a los agricultores, algo desamparados: todo ocurre como si cada agricultor continuara esperando que el sector agrario —al menos este sector— pudiera mantener la coherencia a la que todo el mundo aspira entre hábitat, lugar de trabajo y espacio de convivencia. Atrapados en el anonimato y la especialización funcional de las relaciones urbanas, enfrentados a la pesadilla cotidiana de los transportes para ir a sus lugares de trabajo, son precisamente los habitantes de la ciudad los más proclives a evocar, desde la nostalgia, el “equilibrio” de la vida rural, erigida en una especie de edad de oro al tiempo que esa misma vida rural va desapareciendo.

Pero estamos ante un cambio profundo, de la misma naturaleza que el que provocó la crisis urbana. Este fenómeno es sentido de forma más acusada en Francia debido a la antigüedad de su cultura agraria, pero su extensión se está produciendo a escala mundial. Por todas partes, en todos los continentes, las áreas de producción agraria conquistan las zonas litorales, los grandes nudos de comunicación —en particular, las zonas portuarias— y las zonas de consumo: no hay ninguna razón para que Francia, por un inexplicable milagro, pueda escapar a este fenómeno sin tomar las medidas apropiadas.

CAPITULO 4.º

**AGRICULTURA
Y ALIMENTACION
¿Alimentar a la población?**

La década 1980-1990 ha sacado de nuevo a la luz el debate sobre la función de la agricultura como productora de alimentos. El conocido lema “Nuestra tarea (de los agricultores) es alimentar a la población humana” ya no tiene sentido. ¿Por qué?

Desde los años sesenta —es decir, desde el *boom* de la modernización agrícola, que llevó consigo el acceso a la abundancia— ha tenido lugar una separación creciente entre agricultura y alimentación, entre agricultura y consumidor. Un dato simboliza este fenómeno: los hogares franceses dedican sólo el 19% de su presupuesto a alimentación. De ese porcentaje, alrededor del 4% se dedica a las comidas que se hacen fuera del domicilio familiar, es decir, se dedica principalmente a la remuneración de un servicio. Queda el 15%, cuyos dos tercios —es decir, el 10% del porcentaje de referencia— corresponden a costes de transformación, distribución y comercialización. El servicio, transformación y distribución representa, por tanto, los dos tercios o las tres cuartas partes del presupuesto medio que dedican a la alimentación las familias francesas. Se puede decir, sin riesgo a equivocarse, que la parte del presupuesto familiar destinado a la materia prima agrícola y alimentaria es del orden del 5 al 6% como máximo. Una sociedad que dedica de un 5 a un 6% del presupuesto familiar a la adquisición de materia prima para la alimentación tiene necesariamente que percibir a sus agricultores de forma diferente a como lo hacía cuando era una sociedad condicionada por las restricciones y amenazada por la escasez, o simplemente una sociedad que dedicaba más de la mitad de sus recursos y de su trabajo a alimentarse.

Es necesario detenerse un instante ante el enorme cambio cultural que se está experimentando en nuestra sociedad: ¿quién siente hoy día, en Francia y en Europa Occidental, la preocupa-

ción constante de saber si podrá comer mañana, y sobre qué comerá? Entendámonos: esto no significa que nadie pase hambre en la Francia actual. Todo lo contrario; las sociedades más ricas producen también situaciones de marginalidad y grandes bolsas de pobreza. Pero lo importante es que esta gran pobreza resulta, a ojos de la opinión pública, un escándalo inadmisibile, y esto ocurre en parte porque se da por supuesto que la inquietud de la población sobre los temas relacionados con la satisfacción de las necesidades alimenticias básicas, preocupación que ha sido una obsesión explícita o latente de generaciones enteras durante siglos, no debe tener ya cabida en nuestras sociedades desarrolladas. Colectivamente somos conscientes, o más bien lo sabemos de forma inconsciente, que hoy día tenemos capacidad suficiente para alimentarnos hasta la saciedad. Es evidente que esta situación es radicalmente diferente de la que antaño conocieron sociedades con hambrunas endémicas y con racionamientos crónicos. Pero no es necesario remontarse a antiguas épocas para encontrar lo que fue esta amenaza en nuestros países desarrollados. En Francia, fue hacia 1870-1880 cuando desaparecieron los últimos períodos de escasez. Hasta ese momento, el problema de la subsistencia estaba en el corazón de la vida política y social del país, y lo estaba tanto como el pan lo estaba en su universo simbólico. Los *préfets*³³ le dedicaban numerosas páginas en sus informes anuales, y la oración “Danos hoy nuestro pan de cada día” tenía un eco directo en la conciencia de los fieles católicos.

La novedad radical de la situación que tenemos ahora consiste en el hecho de que la insuficiencia alimentaria de una pequeña parte de los ciudadanos está relacionada con la cuestión del acceso al mercado por parte de estos consumidores marginales, y no con la capacidad de aprovisionamiento de los mercados agrícolas. La gran pobreza existe, pero nadie puede decir que falten los recursos. Vivimos en una sociedad en cuyo seno más de la mitad de sus miembros no necesita preocuparse en absoluto por lo que comerá mañana. Sólo una pequeña minoría está aún a la búsqueda de su pan de cada día. Otra parte, más importante, no

³³ N. del T. El cargo público de *préfet* corresponde al representante del gobierno de la nación en cada provincia: sería el cargo equivalente al de gobernador civil en España.

tiene la angustia del hambre, pero teme que llegue un día en que no tenga los medios de acceder al mercado. En resumen —y por primera vez en la historia—, de cada diez personas que gozan del privilegio de vivir en Europa Occidental, al menos nueve tienen la seguridad, más o menos completa, de poder comer todos los días a su antojo y hasta el día de su muerte, seguridad que es satisfecha sin que tales personas tengan que dedicar a ello la parte más grande de su energía creadora o de su trabajo. ¿Cómo no observar este fenómeno con una cierta dosis de asombro? Sobre todo, ¿cómo no ver en ello un cambio radical de la relación del hombre con la agricultura?

En Francia, esta ruptura es tanto más vivamente sentida por los agricultores cuanto que la *profession agricole*³⁴ —a diferencia de la de los países nórdicos especialmente— no ha logrado alcanzar una completa conexión de la agricultura con el mundo industrial de la transformación, ni tampoco con el mundo del comercio y la distribución. La separación económica y cultural entre la agricultura y esos otros sectores de actividad va más bien en aumento, teniendo repercusiones importantes para la renta del agricultor en la medida en que la materia prima agrícola se convierte en un elemento insignificante, o al menos de importancia menor, en la formación del precio de venta del producto final. En cuanto al consumidor, éste compra cada vez más productos transformados, preelaborados, adquiriendo tanto “marcas”, como productos.

La relación entre el alimento consumido y la materia prima agrícola que sirvió para fabricarlo ha llegado a ser de tal naturaleza, que cada vez es más frecuente que los niños ignoren todo acerca, por ejemplo, del origen de un yogurt, de un queso e incluso... de la leche, al igual que ignoran de dónde sale una hamburguesa. A mediados de los años sesenta, el intelectual californiano Theodore Roszak, recién llegado a Francia con su hija, de ocho años, la llevó de compras. La niña vio entonces, por pri-

³⁴ N. del T. En Francia, la expresión *profession agricole* se refiere al movimiento asociativo en sus diversas expresiones (sindicalismo, cooperativismo, cámaras agrarias y mutualismo). Dentro de ella, el sindicalismo agrario —a través de las organizaciones profesionales— ejerce un papel preponderante y coordinador de los demás tipos de asociaciones. En adelante se utilizará en francés y en cursiva cuando tenga este significado.

mera vez en su vida, un cuarto de carne de ternera en el puesto de un carnicero. Ella comprendió de golpe, con auténtico horror, que el filete que venía comiendo desde pequeña estaba hecho de la carne de un animal que había sido criado para ser sacrificado... La crisis "existencial" de la pequeña tuvo también repercusión en la moral de su padre. En el relato bastante extraño que hizo en uno de sus libros, Theodore Roszak estableció una relación directa entre este episodio familiar y su decisión de comprometerse en la búsqueda de una cultura alternativa a la *American way of life*. Cuando leímos su relato a comienzos de los años setenta, pensábamos que los americanos eran gente rara, y que la civilización que ellos pretendían imponer en el mundo era una especie de *decivilización* en la que siempre nos sentiríamos extraños³⁵... Sin embargo, el hecho cierto es que los franceses hemos entrado alegremente, y en menos de veinte años, en la sociedad del *petit pot* (potito). Estos pequeños tarritos pasteurizados con los que alimentamos a nuestros hijos desde su más tierna infancia son, ciertamente, en todos los aspectos, un gran éxito. En el terreno de la calidad nutritiva, son casi perfectos, al margen de lo que digan los defensores obstinados de la comida casera (que ignoran, sin duda, lo que cuesta preparar una comida equilibrada y variada para uno o varios niños cuando se vuelve a casa después de una hora o más de viaje y una compra alocada en los estantes de un supermercado a punto de cerrar). La variedad de menú que ofrecen los potitos es enorme. Pero, quién es capaz de reconocer los elementos que hay detrás de las sutiles mezclas que encierran dichos tarritos: el brocolí no es más que un ingrediente tan abstracto como la vainilla; la ternera se confunde con el jugo de corazón de alcachofa. Los alimentos se convierten en abstracciones, en matices de gusto transformados en puré: todo es dulce y fino, a veces salado, a veces azucarado... Jamás, por supuesto, los productos vegetales o animales que entran en su composición son visualizados. Cómo extrañarse entonces (las maestras de las guarderías y jardines de infancia lo experimentan todos los días) de encontrar niños de cuatro o cinco años que ignoran que la caja *tetrabrik* de leche que se ha abierto por la mañana para preparar

³⁵ Theodore Roszak, *Vers une contre-culture*, Paris, Stock, 1970; *Où finit le désert?*, Paris, Stock, 1973.

su desayuno no es fabricada en una gran superficie comercial, sino que la leche viene de las ubres de la vaca. En este sentido, cobra gran importancia el tema “¿De dónde viene nuestra comida?”, introducido en la prensa didáctica para niños y en los libros educativos dirigidos a los críos de los centros de preescolar. Pero el problema no afecta sólo a los niños: es la alimentación de todos la que se convierte en algo abstracto. Si no hubiera en el trayecto del tren de alta velocidad *TGV-Atlantique* una o dos granjas de ganadería porcina a la vista de los viajeros, ¿quién tendría hoy la oportunidad de ver un cerdo, salvo en forma de lonchas de jamón previamente envasadas? Los cerdos se encierran en baterías para su crianza, los pollos también... Incluso los huevos se desnaturalizan: en Estados Unidos se venden huevos sin cascarón en contenedores cúbicos de cartón, “fáciles de preparar, de congelar, sin riesgo de romperse”, según el slogan publicitario que anuncia este producto en la televisión... Y ¿quién se atreve a establecer ya una relación inmediata entre los alimentos que se consumen y las producciones vegetales de las que derivan? El pan de molde envuelto en celofán y tan presente en nuestros desayunos, es tan extraño al trigo, como lo es al árbol un mueble fabricado con madera de aglomerado, o al petróleo una ropa de tejido sintético. Nuestro entorno alimenticio, al igual que nuestra ropa o nuestros muebles, se convierte en un universo sintético, artificial. Uno puede deplorar tal evolución de las cosas o, por el contrario, ensalzar las conquistas del progreso, la higiene y la funcionalidad, pero lo primero que habría que hacer es comprender las implicaciones de este fenómeno.

El hecho cierto es que el desarrollo de este tipo de alimentación sintética y artificial, combinado con la disminución de la parte dedicada a la materia prima animal o vegetal en el presupuesto familiar, contribuye en nuestras sociedades a la marginalización económica, pero también cultural y simbólica, de la agricultura. La última década ha estado marcada por un doble proceso: al tiempo que el animal ha pasado de un estado doméstico a un estado instrumental, jugando el papel de máquina de transformación de proteínas vegetales en proteínas animales, la producción de la alimentación humana se ha convertido, para el consumidor, en un proceso lejano y abstracto, extraño no sólo a

su memoria, sino incluso a su imaginación. Esta ruptura entre la agricultura y la alimentación entraña una crisis aún más importante en el seno del mundo rural francés por cuanto que el proyecto agrícola de postguerra —del que el mundo rural siente una nostalgia profunda— se basaba completamente en un gran objetivo movilizador, a saber: alimentar a la nación en mayor cantidad, mejor calidad y a bajo precio. En el terreno político, este proyecto se concretaba en el objetivo de asegurar completamente las necesidades alimenticias de la población francesa, y también de conquistar mercados para la exportación. Implicaba, inseparablemente, modernizar la agricultura y liberar así mano de obra para el sector industrial. Si este proyecto encontró un eco total entre los agricultores no sólo fue porque servía a sus intereses económicos, sino porque satisfacía también sus aspiraciones morales de alimentar al resto de la sociedad. Esta convergencia entre el realismo económico y la más alta ambición moral alcanzó su mejor expresión en las ya citadas leyes de *orientation* de 1960-62: mientras más produjeran los agricultores, más se enriquecerían y mejor responderían a la misión humanitaria que les estaba asignada y con la que ellos se identificaban plenamente. Ha habido pocos períodos en la historia francesa durante los cuales un grupo social haya vivido una convergencia tal entre sus intereses económicos inmediatos y sus objetivos morales, y entre la afirmación de su propia identidad profesional y la adhesión a un gran objetivo político, en el sentido más noble del término.

¿Qué queda de esa coherencia cuando el agricultor ya no es más que un suministrador de moléculas de base para la industria de síntesis —un *moléculteur* (productor de moléculas), según la expresión acuñada por Michel Leblanc, un agricultor del Pas-de-Calais³⁶? Los propios agricultores declaran estar dispuestos a ir sustituyendo la producción de alimentos propiamente dicha, en beneficio de producciones de uso industrial. La prensa agrícola especializada está plagada de artículos sobre la producción de etanol a partir de cereales, remolacha o patata. El informe elaborado por el grupo del X Plan, presidido por el antiguo presi-

³⁶ Michel Leblanc, président d'Economie et Paysannerie, *Libération*, 25 mars 1988.

dente de la APCA, Asamblea Permanente de Cámaras Agrarias, Louis Perrin, y titulado *L'agriculture face à son avenir*³⁷ (*La agricultura ante su futuro*), lo constata: "Utilizar para fines no alimentarios productos agrarios [escribe] es ya una realidad. En todo caso, las nuevas tecnologías deberían llevarnos a dar una importancia nueva a este tipo de salidas para la producción agraria". Se sabe ya que del 4 al 5% de las proteínas de origen lácteo podría ser aprovechado para este tipo de usos con un valor añadido muy alto; también se sabe que en el horizonte 1995-2000 los usos industriales del almidón podrían duplicarse en la UE, y que los usos químicos de la sacarosa pura van a quintuplicarse; y que en este mismo periodo de tiempo 11 millones de toneladas de materia grasa serán utilizados por las industrias no alimentarias... Si se decidiera, por ejemplo, añadir un 5% de alcohol a la totalidad del supercarburante vendido en la UE, alrededor de 17 millones de toneladas de trigo serían utilizados para fabricar el etanol necesario para esta operación. Junto al etanol, el aceite de colza y el éster de metilo proporcionan ya biocarburantes.

Para las generaciones de agricultores cuya ambición era cubrir las necesidades alimentarias de Francia y, más ampliamente, la de alimentar a la humanidad, esta evolución supone una verdadera ruptura de su identidad profesional, y esto incluso en el caso de que la agroindustria sea susceptible de ofrecerles (y de hecho les ofrece ya) posibilidades ventajosas de trabajo bajo la fórmula de contratos de integración. Hay quienes intentan buscar en el pasado una referencia que les permita hacer coherentes estas nuevas prácticas agrícolas con la fidelidad a su profesión de agricultor: así, con ocasión del debate sobre el etanol, no es extraño escuchar a algunos agricultores recordar que, antes de la mecanización, se producía ya en las explotaciones agrícolas la avena y el heno que servían para alimentar a los caballos, lo que para ellos equivale a decir la energía... Sin embargo, son pocos los que se engañan a sí mismos para justificar un cambio de men-

³⁷ Secretario de Estado adjunto al Primer ministro encargado del Plan, *L'Agriculture face à son avenir*, Informe del grupo presidido por M. Louis Perrin, Francia-Europa-X Plan 1989-1992, La Documentation Française, 1989, p. 58.

talidad, cambio que están viviendo, masivamente, como una “desnaturalización” de su profesión.

Esta crisis es tanto más sentida por cuanto que muchos agricultores han ido comprendiendo a lo largo de los últimos años lo que había de engaño, mejor dicho de manipulación ideológica, en el hecho de convertir el proyecto antiguo de “alimentar a la nación” en este otro, tan grandioso como inconsistente, de “alimentar a la humanidad”. Los agricultores franceses no escapan a su drama actual insistiendo, a los ojos de la opinión pública y a los suyos propios, en que cumplen una misión salvadora a escala planetaria.

Esta observación —que puede no gustar— requiere algunas explicaciones. Para empezar recordemos que el problema alimentario a nivel mundial no es, en primer lugar, un problema de producción. No solamente tenemos excedentes de alimentos, sino que sabemos además que existe la capacidad técnica suficiente para alimentar dos o tres veces a la población que actualmente habita la Tierra. El verdadero desafío alimentario mundial es más un problema de almacenamiento, transformación y distribución, que de producción. Con todas las salvedades que se quiera hacer, no es absurdo establecer un paralelismo entre el problema del hambre en el mundo y el problema de la alimentación de una minoría de marginados en las sociedades más desarrolladas: tanto en uno, como en otro caso, es la falta de capacidad económica para aprovisionarse en el mercado la causa del problema, y no la falta real o potencial de alimentos. En uno y otro caso, se busca el remedio recurriendo a políticas de ayuda alimentaria: *restos du coeur*³⁸ aquí, convoyes humanitarios y cargamentos de ayuda alimentaria allá. Pero, ¿quién no ve la fragilidad de estas respuestas de urgencia y de elemental solidaridad respecto a los problemas planteados?

¿Cómo los agricultores, que reivindican con firmeza y en voz alta no ser un colectivo de “asistidos”, podrían, a partir de ahora,

³⁸ N. del T. Los *restos du coeur* (restaurantes del corazón) eran comedores gratuitos destinados a la población sin medios económicos. Estos comedores se crearon al principio de los años 80, a iniciativa del humorista Coluche, que se presentó de candidato a las elecciones presidenciales de 1981. La comida procedía de donaciones de particulares.

basar el futuro de su profesión en que se mantenga la ayuda alimentaria a perpetuidad a otros colectivos sociales? “No queremos un país sin agricultores”, proclaman, y tienen razón. El general De Gaulle utilizó un día la siguiente frase: “¡Un país que no pueda alimentarse no es un país grande!”. Pero lo que es cierto para Francia debe serlo también para los demás países. ¿Cómo podríamos, en nombre de la secular vocación agrícola de Francia, no desear el desarrollo agrícola de todos los países del Este y del Sur? ¿Podemos seriamente exigir la consolidación de la democracia en todos esos países y al mismo tiempo poner obstáculos al desarrollo de sus producciones agrícolas? Son precisamente las sociedades del Sur las que estallan porque sus agriculturas están en quiebra. Estas sociedades también necesitan producir sus propios alimentos para recuperar la dignidad y el sentido colectivos. También ellas tienen necesidad de exportar para acceder a los mercados mundiales y obtener fuentes de acumulación de capital. Por tanto, es inútil ocultar la verdad: el desarrollo agrícola de estos países implica que nosotros aceptemos cuestionar nuestras posiciones respecto a la exportación, y, por tanto, la de los equilibrios generales de nuestro sistema productivo. Por el contrario, si se decide que corresponde al Norte alimentar a los países del Sur y del Este (¡no para ayudar a su supervivencia, sino en razón de nuestros propios intereses!), sería también necesario decir sin tapujos que se está definitivamente a favor de convertir a los agricultores del Sur en agricultores asistidos, y de convertir a los del Norte en comerciantes de armas... alimentarias. Algunos están cerca de acomodarse a esta situación. Ciertamente que éste no es el caso de la mayoría, que ha hecho suyo el famoso proverbio chino según el cual es más importante enseñar a pescar a un hombre hambriento, que darle un pez...

Entre la necesidad de la ayuda de urgencia y el mal menor de la eterna asistencia, nada hay establecido, pero comenzamos a comprender que el proyecto de un país, o de un grupo de países, de “alimentar a la humanidad” no es, a pesar de la belleza aparente de la fórmula, un proyecto humanista. En cualquier caso, habría una gran contradicción entre, por un lado, la propuesta de un discurso sobre la solidaridad entre todos los agricultores del

mundo y, por otro, la pretensión de asegurar por sí solos la cobertura alimentaria mundial. Indiquemos además a este respecto, que esta difícil cuestión de la localización de las producciones agrícolas entre el Norte y el Sur no es solamente una cuestión económica, política y ética a nivel mundial, ya que lo que es verdad a escala del planeta, lo es también a escala de cada país. En el caso de Francia, este tema se le plantea, en efecto, a los agricultores del *Bassin Parisien* cuando piensan que se debería acabar con la agricultura del *Massif Central* porque cuesta demasiado y les crea problemas para su expansión... La agricultura francesa no tendría nada que ganar de tales operaciones de *limpieza*.

Por parte de los agricultores, la ruptura moral es tan grave, como la incertidumbre económica. Durante toda su historia, la humanidad ha necesitado de los agricultores para satisfacer sus necesidades de alimentación. Al final de la década de los ochenta, la situación se ha invertido completamente. Por primera vez, los agricultores no pueden conjugar el desarrollo de sus intereses económicos y profesionales con la exigencia moral de alimentar a la nación y hacerla más fuerte. Ellos viven hoy día un divorcio entre una forma determinada de éxito profesional —que responde a un modelo concebido en la época en que éramos deficitarios de alimentos, y que les lleva a producir más y más— y las actuales exigencias de la sociedad y la economía. Treinta años después de las ya citadas leyes de *orientation agricole* (1960 y 1962), Francia se ha convertido en la segunda exportadora mundial de productos agrarios, pero el mercado mundial ya no funciona como antes. Producir más es contribuir a desorganizarlo más todavía. Esta situación impone revisiones desgarradoras, tanto de orden ético y simbólico, como de orden económico y político.

CAPITULO 5.º

**AGRICULTURA
Y MEDIO AMBIENTE
¿Qué lugar le asignamos
a la naturaleza?**

Hasta fechas relativamente recientes, el mundo agrícola era, de alguna manera, el mediador cultural privilegiado entre la sociedad y el mundo vegetal y animal, gracias a un conocimiento y unas prácticas llevadas a cabo desde la noche de los tiempos y con los que formaba un todo integrado. Sin embargo, en el espacio de sólo unos años, y cada vez con mayor nitidez, se ha roto la conexión del mundo agrícola con lo que le quedaba de anclaje en la tradición, debido, sobre todo, al extraordinario desarrollo de la biología. La técnica ha reemplazado definitivamente a la memoria y, en muchos casos, incluso ha entrado en conflicto con ella.

A pesar del largo proceso de adaptación de los agricultores al progreso técnico durante treinta años de modernización, la crisis producida en el mundo agrícola por esta relación cualitativamente nueva con el universo vegetal y animal, es más profunda de lo que se cree. Esta crisis se ha hecho explícita en los conflictos acaecidos, desde hace algunos años, entre ecologistas y agricultores. Estos últimos, con el apoyo de sus ministros de Agricultura, se han autoproclamado los “primeros ecologistas de Francia”. Con el argumento de la antigüedad de sus conocimientos, junto a su contacto diario y justificado con la naturaleza, los agricultores han intentado mantener la ficción —esencial para la preservación de su status social— de la superioridad, legitimada por el tiempo, de su forma de concebir y llevar a cabo la dirección de los procesos naturales.

De hecho, en esta defensa de la “relación eterna” del campesino con la tierra, los agricultores han sabido siempre distinguir entre, por un lado, lo que, en su lenguaje, es relevante para la “esencia de su profesión” —y que justifica que sean los únicos autorizados en decir cuál es la relación “auténtica” de la sociedad con la naturaleza—, y, por otro, lo que sólo afecta a las distintas

maneras de ejercer su profesión, maneras que, como se sabe, son contingentes y evolutivas. Así, han sabido conjugar, a la vez o alternativamente según las circunstancias, la invocación a la tradición y al sentido inmemorial de la naturaleza, como si fuesen elementos innatos al campesino, y la apertura, a veces frenética, al progreso de la ciencia y de la técnica, como garantía de la plena adhesión de la agricultura a la modernidad.

La polémica que tuvo lugar en 1989 entre Brice Lalonde, entonces Secretario de Estado de Medio Ambiente, y Henri Nallet, a la sazón ministro de Agricultura, cristalizó y puso de manifiesto en la escena pública francesa la ambigüedad —y los efectos perversos, desde el punto de vista de la imagen del agricultor ante la opinión pública— del doble sistema de legitimación a que los mismos intereses agrícolas han recurrido. Una de dos: o bien la agricultura es reconocida, al igual que las demás actividades productivas, como fuente de contaminación real o potencial, debiendo ella asumir, junto al resto de la sociedad, los costes de una modernización de la que se ha beneficiado claramente; o bien si se acepta que al agricultor no le afecta el problema del medio ambiente porque los agricultores no son empresarios como los demás, ni son susceptibles de asumir las consecuencias de las decisiones que toman en la puesta en marcha del proceso de producción agrícola, no puede, en consecuencia, la agricultura reivindicar su participación en los beneficios de una modernización de la que ella misma como actividad se estaría excluyendo.

Así resumidos, los términos del debate pueden parecer un poco exagerados. Pero es cierto que los agricultores no pueden ya seguir eludiendo indefinidamente la cuestión de cómo repartir las cargas de responsabilidad de los estragos causados por el progreso, ni tampoco la cuestión de cómo gestionar colectivamente los recursos no renovables. Por ejemplo, tratándose del problema del agua, ¿quién puede ya atreverse a afirmar que el agricultor se comporta como un buen padre de familia, como un buen gestor del patrimonio común? Está claro que unos agricultores que, durante las décadas de la modernización, han pensado en su propia actividad como la de una profesión basada en la aplicación relativamente estricta de las ciencias y las técnicas químicas y

biológicas, no pueden rechazar ahora de un plumazo la imagen que le devuelve la opinión pública, la imagen de un *métier minier*, dedicado —al igual que las industrias extractoras y petrolíferas— al agotamiento de los suelos, más que a su protección. Retomando la frase de Michel Serres³⁹, se puede considerar que el “contrato natural” que reglaba en otras épocas la relación del campesino con el mundo vegetal y animal, está prácticamente roto, y que le corresponde al agricultor moderno, heredero del antiguo campesino, asumir esta ruptura con todas sus consecuencias, ya sean económicas, sociales o políticas.

Todo el problema viene de que esta ruptura es extremadamente difícil de explicar y asumir en una sociedad como la francesa, impregnada de cultura fisiocrática y en la que planea todavía la idea de que toda riqueza proviene de la tierra y de que toda sociedad digna de tal nombre es una sociedad agraria. Para superar esa dificultad, hace falta acabar, de una vez por todas, con esta especie de fundamentalismo agrario que sigue siendo, hasta cierto punto, un rasgo todavía específico de la ideología francesa. Esto significa también convencerse de que la actividad agraria, considerada durante siglos como la matriz de la actividad económica y de las relaciones sociales, ha perdido importancia —se ha banalizado— en el mundo moderno de la producción. Ser agricultor es una profesión; una bella profesión, ciertamente, pero una profesión como las demás, que no es portadora de especiales valores y de significados sociales y humanos, y cuyo ejercicio implica los mismos deberes que las otras profesiones hacia el conjunto de la sociedad, deberes que los agricultores no pueden eludir invocando el carácter excepcional de una “misión” particular que cumplir. Ya pasó el tiempo en el que los agricultores, parodiando la célebre frase de Zinoviev, podían decir: “Primero estamos nosotros, y luego los demás”.

Para llevar a cabo esta revolución cultural, hace falta que la idea de ruptura entre la agricultura moderna y la naturaleza deje de ser un tabú, es decir, hacer que quede al margen de valoraciones pasionales y dramatizaciones inútiles. El deterioro del paisaje por las políticas de concentración parcelaria, el apelmazamiento

³⁹ Michel Serres, *Le Contrat naturel*, Paris, François Bourin, 1990.

del suelo debido al paso continuado de pesadas maquinarias, o la contaminación de las aguas de riego, de los suelos y las plantas por los nitratos, no son ficciones manipuladas por ecologistas *primitivistas*⁴⁰ más o menos iluminados. No son tampoco efectos del pecado cometido por unos pocos (malvados) agricultores que hubieran “traicionado” a la naturaleza. Son hechos que responden a una lógica social y económica de la que la sociedad entera es responsable. La modernización de la agricultura y las exigencias ligadas a la introducción del cálculo de rentabilidad en las explotaciones han creado, desde los años cincuenta, la contradicción entre, de un lado, una lógica de utilización de la tierra como “instrumento de trabajo” (según la frase difundida en los años sesenta por el sindicato de jóvenes agricultores CNJA⁴¹) y, de otro, una lógica a largo plazo de conservación dirigida y razonada del patrimonio natural.

Los avances en la biotecnología y la ingeniería genética han hecho dar un paso cualitativamente nuevo en el proceso de transformación de las relaciones con el mundo animal y vegetal, un proceso que fue inducido por la modernización económica. Tomemos el ejemplo de los cereales: los progresos han sido tales, que los productores de variedades de semillas mejoradas buscan proteger sus descubrimientos y obtener la remuneración de sus esfuerzos de investigación. Un organismo —la Unión Internacional para la Protección de Variedades Vegetales— define, a partir de ahora, cuáles han de ser las reglas a seguir en este asunto. Al hilo de los conflictos, que están lejos de solucionarse, entre los defensores de las semillas certificadas y los partidarios de las semillas obtenidas por selección natural en las explotaciones agrícolas, se ha admitido que, bajo ciertas condiciones, entre las que se incluye la prohibición expresa de intercambiar semillas con el vecino, un agricultor puede utilizar sus propias semillas seleccionadas. Es inútil detenerse aquí sobre lo bien argumentado que está el criterio de controlar la calidad de las semillas o

⁴⁰ **N. del T.** Aquí hemos respetado el término de *primitivistes*, utilizado por el autor, entendiendo que el significado que le quiere dar es el de “arcaicos o contrarios al desarrollo y el progreso”.

⁴¹ **N. del T.** El CNJA (Centre National de Jeunes Agriculteurs) es el sindicato mayoritario de jóvenes agricultores en Francia (ver notas anteriores).

sobre el derecho que uno tiene a sembrar los granos que él mismo ha recolectado. Nuestro único propósito con esta mención es hacer comprender al lector el cambio radical de razonamiento cultural y técnico en que se desarrolla la agricultura moderna. Lo que ayer era la regla y la evidencia, hoy se ha convertido en una excepción tolerada.

Un nuevo paso acaba de darse con el descubrimiento de que es posible aplicar sobre una determinada planta vegetal de orden biológico superior un transportador de iones minerales, esto es, una proteína capaz de alimentar la planta con potasio. Se conocía hasta ahora el papel de canales iónicos que, en el interior de los animales, aseguran la circulación de iones de una a otra parte de las células vivas. Para los investigadores, “estos sistemas de transporte provienen sin duda de un gen ancestral muy viejo, que estaba presente [en los organismos vivos] antes de la separación entre el reino animal y el vegetal”. Si se les injerta en plantas cultivables, estos genes podrían favorecer una mejor utilización de los abonos fosfatados. Se podría igualmente poner a punto nuevos herbicidas que inhiban el transporte de potasio en las malas hierbas: no hay ya nada de espontáneo, o de “natural”, en esta relación con una “naturaleza” totalmente construida...⁴².

El 29 de mayo de 1992 nació, en el INRA⁴³, una cabritilla llamada *Toutine Vitro*, fruto de la fecundación in vitro de un óvulo madurado, igualmente in vitro, por un espermatozoide que había adquirido, también en laboratorio, su poder fecundador ... Gracias a estas técnicas, se puede, por transferencia de genes (manipulación consistente en injertar en un huevo fecundado un gen extraño), integrar genes nuevos en el patrimonio genético de un ser vivo. Así, se puede hacer que los animales produzcan, en su sangre o en su leche, proteínas de interés terapéutico; se puede también modificar su fisiología haciéndoles más resistentes a las enfermedades⁴⁴; por último, se puede, a partir de las células de

⁴² *Le Monde*, 15 de abril de 1992; *Science*, 1 de mayo de 1992.

⁴³ **N. del T.** El INRA (*Institut National de la Recherche Agronomique*) es el más importante organismo público de investigación en el campo de la agronomía y las ciencias sociales agrarias, en Francia.

⁴⁴ Caroline Junod, “Première mondiale à l’Inra: un chevreau tout in vitro?”, *La France Agricole*, 21 agosto 1992.

un embrión, producir organismos parecidos genéticamente todos ellos a un mismo embrión animal: es el clonaje.

Estos descubrimientos y sus aplicaciones vienen a culminar el cambio de la relación que el hombre tiene con el mundo vegetal y animal desde que la ciencia y la técnica existen. El mundo agrícola ha pasado, en menos de medio siglo, de una relación de dominación-sumisión a las leyes de la naturaleza, a otra de dominio técnico de dispositivos biológicos complejos. Aunque perceptible en la forma de tratar las producciones vegetales, este cambio es probablemente más fuerte aún en lo que se refiere a la crianza de los animales. Las sociedades tradicionales conocían dos clases de animales: los salvajes y los domésticos (de *domus*, casa). Los primeros eran temidos y cazados; los segundos vivían domesticados, en proximidad inmediata con el hombre. Las sociedades modernas conocen también animales salvajes (ciertamente, cada vez menos numerosos), y los animales domésticos han sido sustituidos, de una parte, por lo que podríamos llamar animales *de renta*, y de otra, por los animales de compañía. Estos últimos tienden a ser asimilados de forma antropomórfica a los seres humanos; los animales *de renta* son pura y simplemente instrumentalizados y tratados como cosas. En ambos casos, es la relación específica con el animal lo que se pierde.

En las sociedades campesinas, el animal destinado a ser sacrificado y consumido era objeto de una relación personalizada: las vacas y los caballos tenían un nombre; a los animales se les había enseñado determinados comportamientos, como volver al gallinero, al redil, etc. La crianza en batería no es simplemente una nueva técnica de crianza, es la invención de una relación completamente “despersonalizada” —de una no-relación— con el animal. No nos engañemos: el hecho, ya señalado al comienzo de este libro, de que un ganadero haya sido capaz, en señal de protesta, de inmolar en un camión animales vivos (por mucho que fueran “extranjeros”, como me hicieron notar un día en que yo evoqué este hecho...), no es solamente una expresión exacerbada de los efectos psicológicamente destructores de la crisis económica de la agricultura. Es también la expresión patológica y exaltada hasta el paroxismo de esta anulación de la relación con el animal, anulación impensable en una sociedad campesina donde

el animal era “encerrado en su lugar”, pero al que se le reconocía también como un compañero más en una relación sin la cual la identidad misma del vaquero, del pastor o del arriero no habría existido. Como mínimo, este cambio requiere una reflexión que implique al conjunto de la sociedad, pero que debería también situar a los agricultores ante la necesidad de que se aborden estudios concretos sobre los caminos a que puede llevarnos, en una sociedad de avanzada modernidad como la nuestra, la relación con los seres vivos.

SEGUNDA PARTE
LAS LINEAS DEL FUTURO

¿Está condenado el mundo rural a tener que cargar con las nostalgias de la sociedad francesa? En las dificultades e incertidumbres en que la sociedad francesa se debate hoy día, los valores del pasado se convierten en un recurso más al que asirse. La opinión pública se vuelve hacia el mundo rural como si éste fuera una especie de tabernáculo de símbolos. Acude a esta reserva de la memoria colectiva francesa para alimentar sus sueños de estabilidad y conservación de sus raíces. Y entonces la operación se invierte: el mundo agrícola se hace cargo de estas demandas de identidad, unas demandas que lo encierran en una imagen de sí mismo de la que, durante las últimas décadas, ha estado haciendo todo lo posible por liberarse. Los mismos agricultores que, hace sólo unos años, reivindicaban ser reconocidos como profesionales de la agricultura y participaban plenamente en el universo moderno de la competencia técnica y la gestión del cambio, se dejan ahora seducir por los cantos de sirena ideológicos de la “*empaysannisation*”¹. “Se” nos pide jugar a ser *paysans* (campesinos) y, faltaría más, todos reivindicamos esa *paysannité* y el paradójico reconocimiento de que ella nos da seguridad en un mundo lleno de problemas... Tal malentendido no puede servir de base para el establecimiento de un nuevo *contrato* entre la sociedad francesa y sus agricultores; invocar una identidad campesina dos veces desaparecida no es ciertamente ir por el buen camino para construir un discurso nuevo.

Para escapar a este malentendido, se necesitaría modificar el punto de vista del que partimos: es inventando el presente e ima-

¹ N. del T. Hemos querido mantener aquí el término francés, sin traducir, de *empaysannisation*, por la fuerza expresiva que encierra de vuelta a la raíces campesinas, a los fundamentos tradicionales del agrarismo.

ginando el futuro, como el mundo agrícola puede asumir su pasado. Si hay que insistir sobre el tema de las rupturas acaecidas en la última década, no es por el gusto de recrearse en las fracturas actuales, sino para dejar claro que no es posible pensar el futuro continuando en la línea de actuación del presente, ni tampoco con los mismos instrumentos de intervención política y económica. Un nuevo proyecto para la agricultura es posible, pero a condición de que cambiemos nuestros esquemas y planteamientos. Y para hacer esto no basta con tener en cuenta las reivindicaciones de los agricultores. Hay que basarse en los cambios que se están produciendo; no solamente en los cambios que afectan a las formas de ejercer la profesión agrícola, sino, mucho más aún, en aquellos otros cambios que están poniendo en cuestión al conjunto de nuestra economía y nuestra cultura. Hay que reconocer que el actual problema agrícola es un problema de la sociedad en su conjunto, es decir, un problema de civilización. Hay que aceptar la integración de este problema en los grandes debates que se desarrollan en las sociedades más avanzadas al final del siglo XX. Tres temas deben ser estudiados: el de la calidad de los productos agrarios, el del territorio y el de la profesión, temas que nos permitirán comprender mejor cómo renovar nuestros puntos de vista sobre el mundo agrícola.

CAPITULO 6.º

LA CALIDAD, EN EL CENTRO DEL PROYECTO

La noción de *calidad* es probablemente la base del cambio económico y cultural que hay que poner en marcha. La noción de *calidad* es, para la década en que vivimos, lo que la noción de *cantidad* fue para los años de posguerra. En esa época, después de períodos de restricciones, las cantidades producidas, los volúmenes de producción, los rendimientos por hectárea, el número de kilogramos de carne o de litros de leche producidos por cabeza de ganado, servían como puntos de referencia para fijar los objetivos tanto colectivos, como individuales. Era necesario por encima de todo, y en todos los ámbitos, aumentar las cantidades producidas. A la generación de agricultores que impulsaron y acompañaron esa expansión cuantitativa, le gustaba resaltar con orgullo que, en el caso de los cereales, y más exactamente en el del trigo, los rendimientos medios por hectárea aumentaban al mismo ritmo que lo hacía su edad. En 1984, año excepcional, se aceleró de forma vertiginosa el ritmo de crecimiento de la productividad. Ese año, en una superficie de 130 hectáreas, vi personalmente recolectar una media de 103 quintales de trigo por hectárea; e incluso, en una parcela de 25 hectáreas, se alcanzó una media de 116 quintales por hectárea. Y a los que le preguntaban entonces si el coste de los insumos (es decir, fertilizantes y tratamientos fitosanitarios) no relativizaba la importancia de estos resultados, el feliz agricultor les respondía: “Cuanto más se recoja, más posibilidades habrá”.

Esta cultura productivista de la cantidad ha marcado profundamente los últimos cuarenta años de la historia agrícola francesa, y es la que ha impregnado la mentalidad de los agricultores. Las políticas de apoyo a la agricultura fueron organizadas desde esta perspectiva, concediéndose las ayudas principalmente por la vía de los precios de garantía. Esto significaba que cada cantidad

producida era objeto de una subvención pública, bien nacional o de la CEE. De forma simple y automática, una parte del volumen de las ayudas era concedida de forma proporcional a las cantidades producidas. Se llamaban “ayudas de mantenimiento” a las ayudas que aseguraban el mantenimiento de los precios de la mayoría de los productos agrícolas. El *Office National Interprofessionnel du Blé*, creado en 1936 y transformado más tarde en el actual ONIC (*Office National Interprofessionnel des Cereals*), aseguraba la gestión de estas ayudas en el sector cerealista². Otros organismos similares fueron creados para gestionar otras producciones.

La PAC (política agraria común) recogió en su filosofía esta orientación: el nivel de los precios de garantía se ha venido fijando anualmente durante los famosos “maratones” de Bruselas³. Son los cereales y la remolacha azucarera los productos que más se han beneficiado de este tipo de ayudas de mantenimiento de los precios, situándose tras ellos la leche, la carne de bovino, el vino y, en último lugar, las frutas y hortalizas. Las diferencias en las ayudas, junto con las diferencias de producción, han creado efectos distributivos tan poco visibles, como aceleradores de mayores diferencias. Así, ateniéndonos sólo a las ayudas de mantenimiento vía precios, se estimaba que, al principio de la década de los ochenta, el total recibido por una explotación de la provincia de la Picardie estaba en el índice 389, mientras que en Limousin no estaba más que en el índice 35, situándose en el índice 100 la media nacional para Francia. Esto significa que el total de ayu-

² **N. del T.** El ONI-Blé, creado en 1936 por el gobierno del Frente Popular, y luego transformado en el ONIC, sería mantenido por todos los gobiernos siguientes. Era una especie de organismo interprofesional con presencia del Estado, en el que se integraban los distintos segmentos de la *filière* y al que se le asignaba la función de regular el mercado de cereales y gestionar la correspondiente política de ayudas.

³ Pierre Coulomb, “L’exploitation familiale en question?”, en Nicole Eizner (Ed.), *Les paradoxes de l’agriculture française*, Paris, L’Harmattan, 1985.

N. del T. El autor se refiere aquí a las negociaciones de precios que anualmente se desarrollaban en el Consejo de Ministros de Agricultura de la CEE. Previa a esa negociación entre los distintos ministros de los países miembros, se desarrollaban negociaciones colaterales en los distintos comités consultivos para fijar posiciones.

das se establecía, según las regiones, dentro de una franja que iba desde los 65.200 francos para una explotación de la Picardie a los 5.900 francos para otra situada en el Limousine. Bien es cierto que este indicador no lo dice todo sobre las ayudas otorgadas por los poderes públicos a los agricultores, ya que efectivamente no dice nada sobre los impuestos que gravan las explotaciones, ni tampoco está relacionado con la renta por activo. Pero constituye un indicador interesante sobre la lógica del sistema de ayudas establecido, así como sobre su eficacia. Dibuja, además, una geografía de flujos de ayudas, que se concentran, en un principio, en las regiones de Picardie, Champagne-Ardenne, Ile-de-France, Nord-Pas-de-Calais y Corse, se extienden después hacia las regiones del gran Oeste y del Este, y hacia el Sudoeste, y alcanzan finalmente el Sudeste del país.

Esta forma de ver las cosas tenía la fuerza de lo evidente en una sociedad como la francesa marcada por el recuerdo de las restricciones y obsesionada por la necesaria modernización de su aparato productivo. Las organizaciones e instituciones de extensión agraria fueron orientadas en este sentido. Cuando, al final de los años sesenta, la noción de *vulgarisation agricole* (divulgación agraria) fue reemplazada por la de *développement* (desarrollo), se hizo precisamente para remarcar que el objetivo de la divulgación no era sólo favorecer la simple introducción en las prácticas agrícolas de los avances alcanzados en el campo de la investigación, sino que se trataba más bien de favorecer la movilización de todo el mundo agrícola en pro de su desarrollo. No obstante, en la mente de todos los protagonistas de ese proyecto la noción de *desarrollo* significaba, en primer lugar y ante todo, el desarrollo cuantitativo de la producción.

Esos tiempos ya pasaron, no sólo porque los objetivos cuantitativos ya se han alcanzado, sino también porque la propia lógica productivista ya no está, a largo plazo, en sintonía con las demandas de la sociedad, y esto por cuatro razones principales.

La primera razón es de orden económico: se refiere al hecho de que hemos tomado conciencia de los efectos perversos de la lógica productivista, justo en el momento en que, en lo esencial, dicha lógica ha conseguido sus objetivos. La relación que une la política de ayudas al volumen de producción favorece, en efecto,

el aumento de la producción, aumento que provoca, a su vez, un incremento del volumen de ayuda. Por supuesto que este ciclo podría mantenerse indefinidamente, ya que los descubrimientos científicos y técnicos aún nos permitirían continuar durante muchos años con el aumento de los rendimientos por hectárea, pero, ciertamente, el coste presupuestario de tal lógica sería desorbitante y económicamente intolerable. No obstante, hay que precisar que una supresión pura y simple de las ayudas de precios de garantía produciría el mismo efecto que su perpetuación hasta el infinito, puesto que los agricultores más competitivos tratarían de compensar, mediante un aumento del volumen de producción en sus explotaciones, lo que perderían en materia de ayudas...

La segunda razón que lleva a poner en cuarentena la lógica productivista es de orden ecológico, en el sentido técnico del término. Tiene que ver con la creciente toma de conciencia por parte de la población sobre la amplitud y consecuencias de los “estragos del progreso”. En efecto, se sabe ahora que los resultados obtenidos en la agricultura han sido posibles —y lo son todavía con bastante frecuencia— al precio de una explotación de los suelos y subsuelos que ha llegado a calificarse, a veces y con razón, de “*minière*” (esquilmanete, expoliadora). En la medida en que se han alcanzado ampliamente los objetivos de producción, no podemos tratar de forma despectiva temas como la polución, la erosión o el apelmazamiento de los suelos, por no citar más que algunos de los problemas mejor conocidos. Se puede admitir que este sentimiento de preocupación por la protección del hábitat natural de la agricultura no tenía mucho sentido en el pasado al existir necesidades básicas no cubiertas, pero hoy ya no es posible ignorar este problema.

Una tercera razón está unida a la toma de conciencia, también reciente, de las implicaciones que tienen nuestras acciones para el planeta en un marco económico completamente globalizado. Hay que decir al respecto que, en el estado actual de los descubrimientos e inversiones sobre la utilización de los cereales o las proteínas animales, cuanto más inundemos los mercados mundiales con los productos a bajo precio conque lo hacemos —teniendo en cuenta nuestra relación de competencia con Estados Unidos—, más obstáculos pondremos a los agricultores de

los países del Sur para desarrollarse. Es un hecho que la llegada de cereales de todas partes del mundo a los mercados del Sur es suficiente para aniquilar los esfuerzos que, en materia de producción de cereales, hacen los agricultores de esas regiones del mundo. Es más interesante para un fabricante de harinas tune-cino, por ejemplo, procurarse los cereales en el mercado mundial, que comprarlos, a su precio de coste, a los agricultores de la llanura de Bizerte en Túnez. Puede que algunos piensen que estos problemas son tan lejanos, que no hay que tenerlos en cuenta más que de forma secundaria cuando de lo que se trata es de poner en juego la supervivencia de nuestros propios agricultores, pero lo cierto es que tendremos que pagar un día el precio económico, político y moral de este cerrar los ojos a la realidad.

E incluso suponiendo que deba tratarse el problema de la lógica productivista desde un punto de vista estrictamente nacional, es necesario entonces —y he aquí la cuarta razón— sopesar las consecuencias de mantener una política agraria inspirada exclusivamente en motivaciones cuantitativas. Centrándonos en el caso francés, el modelo de agricultura que resultaría de esa lógica podría mantenerse, en efecto, con sólo 200 mil e incluso 150 mil explotaciones bien situadas y productivas. Si admitimos que el productivismo es la base exclusiva de la política agraria, estaríamos condenando a muerte a la mitad o a los dos tercios del territorio francés y a las tres cuartas partes de los activos agrícolas. A escala europea, dicha lógica tendría como consecuencia la salida de la agricultura de 5 millones de activos.

En esta situación, la única salida es la de sustituir el objetivo de la cantidad por el de la calidad. En muchos aspectos, la noción de calidad es más rica, que la de cantidad, y constituye una “meta” por lo menos igual de atractiva que ésta, a condición de que se considere en todas sus dimensiones.

La primera condición es, por supuesto, la de la calidad del producto en sí mismo. En este terreno, las exigencias son cada vez mayores, y a veces hasta contradictorias. Pero estas contradicciones no deben ocultar lo esencial. La alimentación francesa se ha estandarizado mucho más rápidamente de lo que se hubiera podido imaginar hace quince o veinte años, y la banalización de los productos agrícolas en el mercado ha contribuido a

ello, no sin que se hayan producido algunos episodios que han hecho aumentar la toma de conciencia de los consumidores sobre la calidad de lo que consumen: recordemos la convulsión producida entre los consumidores cuando el asunto de las terneras con hormonas, o cuando la epidemia conocida como de las vacas locas, hoy, de nuevo, de actualidad. La sensibilidad de la opinión pública ante los problemas sanitarios en materia de alimentación ha aumentado, y la exigencia de los consumidores en este aspecto afecta tanto a los productos de consumo de masas, como a los productos de lujo. Los que se exasperan ante ciertas posiciones extremas en este tema de la calidad pretenden contrarrestarlas diciendo que los criterios para definir la calidad son múltiples e infinitamente subjetivos; se equivocarían, sin embargo, si con ese argumento no se interesaran por el reto que constituye hoy día el tema de la calidad de los productos destinados a la alimentación.

Este tema se refiere a varios aspectos: calidad gustativa, calidad nutritiva, calidad sanitaria ligada a la frescura y la conservación, calidad de la presentación, etc. Productores, distribuidores y consumidores tienen apreciaciones diferentes sobre la importancia respectiva de estos variados aspectos, y opiniones divergentes sobre cada uno de ellos. Es posible, no obstante, fijar definiciones de la calidad y mejorarlas continuamente, en un debate que ha de comprometer al conjunto de las partes implicadas: la puesta en marcha de etiquetas y denominaciones de origen es un buen ejemplo de las posibilidades que existen en este terreno, y también de sus efectos de arrastre para una producción determinada o para una determinada región⁴.

Pero sería erróneo deducir de este ejemplo que la lógica basada en la opción por valorar la calidad no concierne más que a productos de consumo excepcional y minoritario. Afecta igualmente a productos de consumo cotidiano, en un vaivén constante entre productos "ordinarios" y productos "de excelencia". A escala del conjunto de la sociedad, las preocupaciones relativas al gusto y la salud han adquirido una importancia de primer orden.

⁴ Gilbert Jolivet, "Les marchés pour les produits agricoles: valorisation de la qualité, conséquences pour la recherche et le développement", *Chambres d'Agriculture*, n.º 803 (suplemento), agosto-septiembre, 1992.

Las encuestas del INSEE ponen de manifiesto las pautas constantes y los cambios experimentados en los hábitos de consumo alimenticio de los franceses. El consumo de carne, aves, huevos y pescado permanece estable (38 a 39%). Un sector de productos disminuye notablemente: el de los alimentos grasos, en beneficio de la leche y el queso. El consumo de pan, pastas, patatas, legumbres frescas, aceite y azúcar ha disminuido. Se bebe menos vino corriente y más vino de calidad superior. El consumidor compra carne menos cara y consume cada vez más productos elaborados, prácticos y modernos: verduras congeladas, platos preparados frescos y congelados. Durante la década de los ochenta, el consumo de congelados se multiplicó por 5, y el consumo medio de yogurts se dobló hasta alcanzar la cifra de 150 por persona y año. El aumento del consumo cotidiano de productos preparados, standarizados y fáciles de servir, de los que el consumidor espera que respondan a criterios de calidad, es decir, de perfecta seguridad, se acompaña de un aumento paralelo de la demanda de productos específicamente identificados, de productos raros, “diferentes”: productos específicos de determinados lugares, productos de granja, productos etiquetados destinados a ser cocinados, etc. Así, el consumo creciente de productos preparados se da al mismo tiempo que un notable desarrollo de la gastronomía. Hace tiempo que los americanos practican junto a la *fast-food* (comida rápida) la *good cooking*⁵.

Estos modos de consumo se extienden en nuestros países gracias, claramente, a la transformación de los sistemas de distribución. En su mayoría, los productos llamados *du tout-ventant* (populares, de gran consumo) y los “de calidad” pueden comprarse en los mismos lugares: en veinte años, el porcentaje de las compras efectuadas por la población francesa en los hiper y supermercados ha pasado del 10 al 60%. Estos cambios ilustran la complejidad de la noción de calidad: ésta no se reduce a los productos lanzados al mercado por Fauchon, Hédiard o Le Nôtre. La gran distribución tiene también sus exigencias de calidad, buscando cada vez más el producto tipificado, original, pero uniforme en sus características, y constante en cuanto a su cali-

⁵ N. del T. Hemos querido mantener las palabras en inglés, tal como lo hace el autor en la versión francesa.

dad. La venta del producto de granja de calidad ya no está ciertamente reservada a la venta directa en la explotación, pero para poder acceder a la gran distribución, dicho producto debe responder también a criterios que suponen organización, concentración de la oferta, acondicionamiento... Paralelamente, las grandes cadenas de *fast-foods*⁶ han tenido que introducir algunas mejoras a la hora de definir las características de los productos ofrecidos en sus centros situados en Francia, con objeto de satisfacer una clientela como la francesa, más resistente a la uniformidad, que la de los países anglosajones. En materia de alimentación, puede decirse que hemos entrado en un régimen más estandarizado de la cuenta.

Es todo un trabajo de gran sutileza el que hay que hacer para satisfacer esas demandas complementarias o simultáneas que abren nuevas perspectivas aunque no ilimitadas. Lo que sí es seguro es que en un sector como el de la producción de alimentos, donde la demanda es extremadamente cambiante, únicamente subsistirán aquellos agricultores que sean capaces de implicarse en un proceso complejo de oferta y de negociación en el que entran en juego múltiples factores culturales. Los agricultores con producciones capaces de organizarse para participar en la definición de criterios de calidad, estarán en posiciones más ventajosas —en un sector como éste donde las cantidades que se producen no están fijadas de una vez para siempre—, que aquellos otros en los que dejen a la administración pública, a los consumidores y, sobre todo, a los industriales y distribuidores, la tarea de fijar los criterios de calidad de sus producciones, criterios que, a fin de cuentas, luego les vendrán impuestos.

¿Qué ocurre realmente hoy en día? Las grandes industrias agro-alimentarias se preocupan con gran ahínco de la definición de criterios de calidad de los productos. Han comprendido que la noción de calidad es la más importante en cualquier estrategia de desarrollo, y que se trata de un imperativo fundamental para poder mantener y conquistar los mercados nacionales e internacionales. Pero el mundo agrícola permanece en retirada en lo que se refiere a tomar iniciativas que impliquen la búsqueda de

⁶ N. del T. Al igual que en la nota anterior, hemos querido respetar aquí el término inglés, tal como lo hace el autor.

una posición agresiva en esta materia. Sería una lástima que se reprodujera la penosa aventura ocurrida a lo largo de todo el siglo XX: que la agricultura francesa —salvo algunas excepciones— siempre ha tenido problemas para introducirse en el sector de la transformación, y mucho más en el de la distribución.

Son antiguas las causas de esta relativa pasividad del mundo agrícola francés respecto a los circuitos económicos que aseguran la transformación de un producto realizado por el agricultor en un producto susceptible de ser comprado por el consumidor. Se combina en esta pasividad la tradición fisiocrática francesa (según la cual toda la riqueza viene de la tierra), con la tradición católica (que valora el trabajo del agricultor como prolongación del acto creador de la divinidad), haciendo de los agricultores franceses una categoría social recelosa del mundo industrial, y más aún del comercial. Al igual que el dinero obtenido de la venta de su cosecha les parece legítimo a los agricultores, el beneficio que se obtiene del intercambio en el ámbito del comercio les resulta sospechoso: ¿comerciar es trabajar de verdad?, se preguntan; ¿dónde está el esfuerzo, que es lo que marca el carácter creativo del trabajo humano?, se interrogan.

Estos rasgos culturales están mucho más arraigados en Francia, que en otros países, hasta el punto de que no es absurdo hablar, a este propósito, de la emergencia de una especie de “fundamentalismo agrario”, del que se encuentran menos indicios en los países del Norte, acostumbrados desde antiguo a viajar, al intercambio y al comercio, y a una relación con el dinero, inspirada en el protestantismo, totalmente distinta de la de los franceses. Sin embargo, a pesar de los cambios culturales que experimenta actualmente la sociedad francesa, esta tradición agrarista continúa presente si bien de forma soterrada, y el debate sobre la calidad le proporciona ocasiones para resurgir. Todo ocurre en este tema como si el mundo agrícola oscilara entre una posición de dependencia y otra de indiferencia. A veces se deja que le impongan las normas desde fuera; otras veces se ríe de ellas. Tanto en un caso como en el otro, el mundo agrícola francés parece admitir que no le corresponde participar en la definición de esas políticas de calidad en sus múltiples facetas. Algo verdaderamente extraño...

Hace ya mucho tiempo que los fabricantes de automóviles y de electrodomésticos, entre otros industriales, hicieron de la calidad el eje de su negocio, y se han servido de este tema para construir su propia imagen de marca. Los industriales del sector agroalimentario lo han comprendido igualmente. Pero esta cultura de la calidad no ha penetrado todavía en el mundo de los agricultores, que han elegido automutilarse reduciendo su papel al de simples productores de materia prima. Sin embargo, incluso en el campo de la producción de materias primas —energética, química, etc.—, la calidad es ya una exigencia que se formula en función de las demandas de los usuarios. La única salida para que la agricultura francesa se mantenga, por ejemplo, en los mercados internacionales de cereales, el día en que Ucrania, Rusia o Hungría vuelvan a estar presentes en ellos, es la de producir algo más que trigo de mediocre calidad para hacer pan.

Llegados a este punto de la reflexión, puede apreciarse que la cuestión de la calidad afecta no sólo a la mejora de las características intrínsecas del producto, sino que afecta igualmente a la implicación de la *profesión agrícola* en la mejora del proceso de transformación y distribución del mismo. El consumidor moderno de productos alimenticios, al igual que el ciudadano actual, pide información sobre las condiciones en que se efectúa la producción de los bienes que adquiere en el mercado: las condiciones de encierro y sacrificio de los animales, la calidad de los piensos que éstos consumen, el tratamiento fitosanitario que se le ha dado a las frutas, hortalizas, cereales... Desde este punto de vista, no hay duda que las reivindicaciones planteadas por las distintas corrientes de la agricultura ecológica (cualquiera que sea, por otro lado, la opinión que se tenga sobre la solidez intelectual de los discursos desarrollados por éstas) son reveladoras de preocupaciones que desbordan, en gran medida, los círculos de los iniciados. Hay que pensar en ello: los consumidores pueden decidir de un día para otro dar de lado a la carne de ternera, al igual que abandonan —en gran medida para poner en dificultad a la firma que los produce— determinados productos manufacturados cuando se enteran que son fabricados en condiciones laborales inadmisibles para los trabajadores.

Por último, a los retos relacionados con la calidad del pro-

ducto y con la calidad del proceso de producción habría que añadir —ésta sería la última dimensión de las hasta aquí planteadas— los retos relacionados con la calidad del elemento básico de la producción, es decir, la tierra. En la tierra que los campesinos de la III República magnificaron en forma de patrimonio familiar, los jóvenes agricultores de la posguerra quisieron ver un instrumento de trabajo. En esa instrumentalización, que se correspondía con las necesidades económicas de aquellos tiempos, la tierra fue, a veces, mal gestionada. Hoy en día, todos los ciudadanos aceptan, por supuesto, que se considere a la tierra como patrimonio familiar de los que la poseen y como instrumento de trabajo de los que la cultivan, pero también reivindican que sea considerada como patrimonio de la nación y de las generaciones futuras. La calidad del territorio —suelo, subsuelo, agua y paisaje— se ha convertido en un importante objeto de reivindicación colectiva, que implica, para los agricultores, la necesidad de definir una nueva relación con su elemento básico de producción.

El mundo agrícola francés supo introducir, cuando fue necesario, fórmulas para facilitar el acceso a la tierra, fórmulas que eran independientes, en parte, de los mecanismos de posesión: ésta fue la llamada política de estructuras. Algunos vieron en ella un colectivismo en ascenso. Los que así pensaban, se equivocaron. ¿Cómo mejorar, o más bien cómo reorientar, esta política de utilización de la tierra en función de criterios de calidad y de conservación del patrimonio a largo plazo? Rechazar el hacerse esta pregunta conduciría al mundo agrícola francés a ignorar las demandas y la sensibilidad de toda la sociedad, y a encerrarse en un refugio cultural del que los agricultores serían los primeros perjudicados.

Ahora bien, existe ya en la legislación francesa un instrumento para transformar esta preocupación —esta exigencia— en un proyecto real. Dicho instrumento afecta directamente a la noción de calidad, en la medida en que conjuga el tema de la relación entre hombre, producto y territorio: este instrumento es el de las “denominaciones de origen” (AOC), concebido por vez primera en la provincia de la Champagne. En una orden del 12 de julio de 1845, el Tribunal Supremo reconocía, en efecto, que “los vinos de Champagne son productos elaborados, y [que] los luga-

res donde se recogen y preparan, [son] los lugares de fabricación”. En una decisión de 1894, el mismo Tribunal Supremo añadió que “la palabra *champagne* no designa un proceso de fabricación de vino espumoso en general, sino un vino espumoso especial, recogido y fabricado en la antigua provincia de Champagne”. Al hilo de la jurisprudencia y de las leyes, se introdujo una definición y un sistema jurídico que reconocía y codificaba esta relación de calidad entre un producto, un saber-hacer, un clima y un territorio. En la actualidad, tal dispositivo representa un auténtico marco cultural y jurídico para redefinir una política de conjunto que combine a la vez política alimentaria, política agraria y política de ordenación del territorio. Es también una política económica, en la medida en que es en el sector de las denominaciones de origen en donde los productores reciben la parte más importante del valor añadido generado en el seno de la *filière*. Hoy día, las denominaciones de origen en Francia representan el 45% de la producción nacional de vino. Asimismo, afectan a treinta y dos marcas de quesos, es decir, al 15% de la producción nacional de queso —un total de 150 mil toneladas—, movilizándolo a 40 mil productores de leche —el 17% del total—, a 2 mil productores lácteos de granja y a cerca de 600 empresas, cooperativas o privadas. Destacan igualmente en el régimen de denominaciones de origen, cuatro marcas de mantequilla, una marca de nata y otra de queso de lactosa, dos marcas de miel, una de aves (Bresse), nueve productos vegetales o de origen vegetal (nueces de Grenoble, *chasselas* de Moissac, aceitunas de Nyons...), e igualmente cuatro productos no agrícolas. Todo el mundo está de acuerdo en reconocer que fue la fórmula de las denominaciones de origen la que salvó al Beaufortin y al queso de Beaufort, a los pastos de Aubrac y al queso de Laguiole. Concretamente, en este último caso, el precio de la leche está ligado de tal forma a la calidad del producto, que el ganadero ha visto aumentar sus ingresos incluso disminuyendo las cantidades producidas. Se ha llegado a oír incluso a presidentes de cooperativas declarar que la leche de una vaca cuyo rendimiento sobrepase un umbral anual determinado debía

⁷ “La qualité des produits agro-alimentaires”, Ministerio de Agricultura y de Desarrollo Rural, *Les Dossiers de la politique agricole commune*, n.ºs 6-7, septiembre 1992.

ser considerada no apta para la fabricación del *beaufort*. ¡Buen ejemplo de autorregulación y arbitraje interno!⁷. Existen además otros dispositivos jurídicos, como los certificados de conformidad (asegurando que tal o cual criterio de fabricación ha sido respetado), la concesión de etiquetas (*labels*) como distintivos de calidad, o la denominación llamada de *montagne*. La etiqueta roja (*label rouge*), acordada por el organismo competente en función de un determinado pliego de condiciones, afecta hoy en día a 30 mil agricultores, a más de 2 mil empresas y a 8 sectores agroalimentarios. En 1991, 75 millones de aves fueron etiquetadas con esos distintivos, lo que significaba un aumento del 6,8% respecto a 1990. Estos procedimientos deberían ser mejorados y generalizarse aún más, pero el hecho es que existen. Constituyen un marco cultural, jurídico y económico, al tiempo que genuino y actualizado, para replantear —a escala de la geografía francesa— la relación entre agricultura, alimentación y territorio. Son hitos (ya reales) en la concepción de un nuevo horizonte que favorezca al conjunto de la agricultura.

CAPITULO 7.º

**TERRITORIOS A INTEGRAR,
TERRITORIOS
DE INTEGRACION**



Para conseguir el objetivo de calidad antes mencionado, hay que dotar a la actividad productiva agraria de nuevas referencias. En consecuencia, hay que volver a definir la relación con el territorio en el que esta actividad productiva se enmarca. Ahora bien, en la situación actual, cualquier reflexión sobre la relación entre agricultura y territorio está inexorablemente dominada por la dramática imagen de zonas en las que antaño se desarrollaba una gran actividad y que hoy se han transformado en verdaderos “desiertos”. Es necesario, antes de intentar que el lector cambie esta perspectiva, volver un instante a las razones que han hecho del tema de la lucha contra la desertización, la base exclusiva de la reflexión sobre la ordenación del territorio.

La desertización es un tema recurrente en el discurso político de los cuarenta últimos años, un poco como lo fue el tema del éxodo rural en el discurso político de la III República. En 1954, una circular interministerial titulada *Instructions sur l'aménagement du territoire rural* subrayaba oficialmente la necesidad de una acción específica del Estado dirigida a los territorios rurales. A partir de ese momento, y de una forma aún más clara a partir de las ya citadas leyes de *orientación agrícola* de 1960 y 1962, las medidas de política agraria van a fijarse como objetivo explícito reducir la separación entre la ciudad y el campo. De hecho, la ordenación rural se concebirá entonces, en gran medida, como una ordenación agrícola apoyada en tres pilares: el de la concentración parcelaria, el de la política hidráulica y el de las ayudas a la instalación de jóvenes agricultores y al abandono de la actividad agraria. Se definieron zonas especiales de acción rural, zonas de renovación rural y zonas de economía de montaña, pero esa política, llamada de *aménagement* (ordenación), fue, en gran medida, una política de modernización agrícola, no permitiendo

para nada que se pusieran obstáculos al éxodo rural. Es más, contribuiría a favorecerlo.

Philippe Lamour constataba con frecuencia que se habían confundido, en gran medida, las políticas de ordenación del territorio con las políticas de desarrollo urbano. Este grito de alarma hizo que se reflexionara más seriamente sobre la política de ordenación del territorio y la de ordenación rural. Al enfoque vertical, desde arriba, centrado en la agricultura o en los grandes equipamientos, se le intentó reemplazar —o más bien complementar— con enfoques más ascendentes, desde abajo, enfoques más concertados, más contractuales: planes de ordenación rural propiamente dichos, *contrats de pays*, parques naturales regionales, *pays d'accueil*, etc. En 1983, las *chartes intercommunales de développement et d'aménagement* actualizaron y flexibilizaron este enfoque para tener en cuenta, a la vez, las experiencias pasadas y la descentralización que se estaba llevando a cabo⁸. Al mismo tiempo, el tema de “lo local” hizo su aparición de forma notable en el debate sobre la ordenación del territorio: desde entonces ya no se habla sólo de ordenación rural, sino también de desarrollo local.

Estos cambios en los enfoques de los poderes públicos sobre las cuestiones relacionadas con la ordenación del territorio podrían hacernos pensar que ya entonces se había comprendido que el desarrollo rural no debía ser confundido con el desarrollo agrícola. Este cambio de perspectiva pareció materializarse cuando en 1973 Jean Charbonnel, a la sazón ministro de Desarrollo Industrial y Científico, creó una comisión encargada de promover la industrialización de las zonas rurales. La presidencia de esa comisión fue confiada a Georges Chavanne, entonces presidente de Leroy-Sommer, quien publicó en 1975 el informe titulado: *L'industrie au milieu rural. Des ateliers à la rencontre des hommes. Des usines à la campagne*.

Al mismo tiempo, fueron publicados otros informes que trataban con claridad el tema del desarrollo del turismo en el medio rural. Esta efervescencia de los trabajos sobre desarrollo rural produjo un doble enriquecimiento: por un lado, una multiplica-

⁸ N. del T. No hay que olvidar que, con la llegada del gobierno socialista en 1981, se inicia un proceso de descentralización regional.

ción de los enfoques sobre el problema del espacio rural, y por otro, una diversificación, no menos notable, de los instrumentos jurídicos para permitir la puesta en práctica de esos nuevos enfoques. El balance es además impresionante: se elaboraron 527 documentos de orientación (planes de ordenación rural, cartas intercomunales, parques naturales regionales), 641 contratos globales de desarrollo (contratos nacionales regionalizados o regionales) y 1.200 contratos específicos (*pays d'accueil*, *bassins d'emploi* y actuaciones programadas sobre el hábitat). Sin embargo, llama la atención un hecho: a pesar de esa proliferación de iniciativas diversas, y más allá de los conflictos a veces muy fuertes que enfrentaron a la DATAR y al ministerio de Agricultura a propósito de las mismas, era siempre la misma filosofía la que prevalecía.

Una filosofía que se basaba en el siguiente doble postulado.

1) Que la agricultura continuaba siendo el centro del desarrollo y/o de la ordenación rural: aunque se pudiera imaginar otras vías de apoyo a la vida económica y social del mundo rural, la agricultura debería seguir siendo, por derecho y de hecho, su centro vital. 2) Que el municipio rural tradicional no constituía ya una escala suficiente para el desarrollo y la ordenación: formas flexibles de cooperación intermunicipal deberían permitir a entidades territoriales similares trabajar conjuntamente.

Se promovió, en efecto, la cooperación intermunicipal, pero manteniendo la idea de que dicha colaboración no podía hacerse más que en el interior del mundo rural. Sólo se necesitaba, por tanto, estrechar las relaciones de los municipios rurales entre sí, pero sin asociar en ningún caso municipios rurales con municipios de naturaleza diferente. Tanto en materia de actuación administrativa, como de discurso político, continuó imponiéndose la idea de que era necesario darle a las comunidades rurales francesas un "tratamiento aparte"⁹. A pesar de que se había producido una verdadera renovación de los procedimientos de gestión de los espacios rurales y a pesar de la flexibilidad, imaginación y dinamismo desplegados por las instituciones encargadas de regular y gestionar la agricultura, estaba lejos de haber desaparecido la

⁹ Paul Houée, *Les politiques de développement rural. Des années de croissance au temps d'incertitude*, Paris, Inra-Economica, 1989.

vieja dicotomía —rural/urbano, ciudad/campo, obreros/campesinos— que había sido la espina dorsal de la III República francesa.

Esta es la razón por la que los esfuerzos realizados en el seno de la *profession agricole* para restringir, primero, la ordenación del territorio rural al ámbito de la financiación de la infraestructura hidráulica, y para hacer, después, de esta misma política de ordenación un instrumento al servicio de la “ruralidad” y gestionado solamente por los agricultores, encontraron entonces, y siguen encontrando ahora, fuertes connivencias en el seno del ministerio de Agricultura y de los organismos dependientes de éste. En estos organismos algunas personas conservan todavía la idea de que el mundo agrícola y rural no puede ser administrado más que como algo aparte, como algo separado del resto del espacio y de la sociedad. Esta es también la razón por la que el tema de la *village*¹⁰, indefectiblemente asociado al de la vida campesina en el contexto francés, ha constituido, y sigue constituyendo, una parada obligatoria en toda la reflexión sobre la ordenación de los espacios rurales en Francia. La debilidad principal de esta perspectiva todavía vigente es la de desconocer la profundidad de las transformaciones que afectan a las modernas sociedades rurales y que las distinguen fundamentalmente de las antiguas sociedades campesinas, unas sociedades con las cuales las de ahora sólo están unidas en la imaginación.

Ya se ha detallado aquí un cierto número de rupturas, pero para continuar avanzando en nuestra reflexión sobre los cambios que está experimentando la sociedad rural, es necesario retomar algunos de los desarrollos lógicos de dichos cambios más allá de los datos que conciernen específicamente al caso francés. Henri Mendras, que definió al *paysan* (campesino) en contraste con el *sauvage* (salvaje) y con el *agriculteur* (agricultor), identificaba a las sociedades campesinas a partir de cinco rasgos necesariamente relacionadas entre sí, rasgos que conforman un modelo general a partir del cual los historiadores, etnólogos y sociólogos constatan sus diferentes manifestaciones en el tiempo y el espacio. Dichos rasgos son los siguientes:

1. La autonomía relativa de las comunidades campesinas res-

¹⁰ N. del T. Hemos querido mantener aquí sin traducir la palabra francesa de *village*, por su riqueza expresiva, ya que su traducción castellana como “villa” o “pueblo” empobrecería su significado.

pecto a una sociedad más amplia que las domina, pero que respeta sus características originales.

2. La importancia estructural del grupo doméstico en la organización de la vida económica y social de la colectividad.

3. La existencia de un sistema económico de autarquía relativa, que no distingue entre consumo y producción y que mantiene relaciones con la economía global.

4. Una comunidad local caracterizada por la existencia de fuertes relaciones internas entre sus miembros y de débiles relaciones con las comunidades circundantes.

5. La función decisiva ejercida por las élites rurales (*notables*) en su papel de mediación entre las comunidades campesinas y la sociedad más amplia¹¹.

La importancia de esta definición sociológica de “sociedad campesina” radica en el hecho de que permite evitar cualquier evocación mítica de una “condición campesina universal” que trascienda los siglos y las civilizaciones. Hay que admitir, de una vez por todas, que es el hecho de pertenecer a una sociedad *pay-sanne* (campesina), y nada más que eso, lo que identifica al *pay-san* (campesino). Esto implica que se descarte deliberadamente toda tentación de definir una “esencia” del campesino y del campesinado, y que se abandone totalmente la idea de una *race pay-sanne* (raza campesina), de un *éternel paysan*, de un *âme pay-sanne* (alma campesina), etc.

Para el sociólogo, al igual que para el filósofo, es la ciudad la que hace al ciudadano: el hombre no existe más que en sociedad. El hombre cambia, se transforma y se disgrega, en la medida en que la sociedad en que vive cambie, se transforme y se disgregue también. Al dismantelar las estructuras que hacían posible la supervivencia de la población campesina en una situación de autarquía relativa tan característica de las comunidades locales tradicionales, la modernidad socavó los fundamentos mismos de la sociedad campesina y borró, de un solo golpe, la identidad social del “campesino”. Tal convulsión ha afectado muy especialmente a esa noción de *village*¹² que está presente, de forma permanente,

¹¹ Henri Mendras, *Sociétés paysannes*, op. cit., pp. 12-13.

¹² N. del T. Por la misma razón que en la nota anterior hemos preferido no traducir aquí la palabra *village*, ni tampoco en lo sucesivo.

en la parte no explicitada del discurso político sobre el espacio rural.

Si el tema de la *village* constituye, hoy todavía, un contrapunto constante al tema del *désert*¹³, no es sólo porque ella aún sigue siendo el símbolo de una sociabilidad rural permanentemente ensalzada por la ideología francesa (así como por el arte, la literatura o el cine). Lo es también porque algunos datos estadísticos permiten esperar un “nuevo desarrollo” de estos asentamientos a escala humana —las *villages*— que han modelado el paisaje de Francia. Hemos avisado ya de la ambigüedad de los datos de encuestas que atestiguan efectivamente que 17.500 municipios rurales tienen una tasa de crecimiento bastante más elevada que la media nacional o que la de las zonas urbanas, pero que muestran igualmente que, al mismo tiempo, el 45% de los municipios rurales no frenan su declive demográfico.

Las cifras son, en efecto, un tanto engañosas. Así, la expansión del turismo verde, el desarrollo de las residencias secundarias o el fenómeno del retorno a la tierra pueden inflar —de forma estacional o incluso permanente— los datos sobre la población residente en los municipios rurales sin que se pueda deducir de ello que se esté produciendo una revitalización de esos núcleos de población como marco de sociabilidad. Basta con interrogar a los alcaldes de los municipios rurales para darse cuenta que la integración de los residentes secundarios en la vida local está lejos de ser fácil, aun incluso cuando se esté dispuesto a reconocer que ese grupo social “da vida” al municipio. En sentido inverso están los casos en que la inexistencia de vida local en un municipio puede permitir a una persona que no reside en él más que de forma esporádica, asumir el puesto de alcalde. Es lo que ocurre, por ejemplo, en municipios de Lozère, en donde casi de cuatro alcaldes, uno tiene su residencia en un municipio distinto del que gestiona.

¿Qué queda de la famosa *vie villageoise* cuando el incremento de nueva población ligado al proceso de industrialización a lo que conduce es a colocar de forma yuxtapuesta a una pobla-

¹³ N. del T. Mantenemos también aquí la palabra francesa de *désert* sin traducirla al castellano. Su traducción como “desierto” empobrecería su significado.

ción obrera, sin raíces locales de ningún tipo, junto a una población autóctona, constituida en lo esencial por personas mayores y sumida en una especie de jubilación colectiva? ¿Qué relaciones pueden establecerse entre esas *villages* petrificadas y los suburbios que los circundan, si no son las de una relación de indiferencia generalizada, susceptible en todo momento —en períodos de elecciones o en situaciones de conflicto social, especialmente— de convertirse en una relación de desconfianza e, incluso, de hostilidad manifiesta? El desarrollo de zonas industriales y de ciudades-dormitorio en la periferia de las *villages* no se corresponde con una expansión de la vida social en las comunidades locales: mucho más que a un engrandecimiento de las *villages*, a lo que se asiste es a una fragmentación de las antiguas formas de sociabilidad debido al aumento del peso relativo de la población obrera y al rejuvenecimiento global de la población. No es raro que diez o veinte años, o incluso treinta, después de la construcción de los primeros barrios dormitorios (*lotissements*), se continúe, en muchos municipios rurales, denominando vagamente a estos nuevos asentamientos como los “barrios nuevos” y a sus habitantes como “los del barrio dormitorio”.

La fragmentación social de la identidad de lo local se inscribe, desde el punto vista espacial, en una muy fuerte sectorialización del espacio rural: de este modo, la noción “*villagisation* del desarrollo” aparece, en estas condiciones, como una noción poco consistente. En algunos lugares, las casas se cierran antes de convertirse, en el mejor de los casos, en residencias secundarias. En otros, las casas se cierran también, y el centro de gravedad de la *village* se desplaza hacia los nuevos barrios donde los modos y ritmos de vida urbanos han sido simplemente traídos a las zonas rurales (*trois-huit*, desplazamientos semanales hacia las grandes superficies comerciales, *week-ends*¹⁴, vacaciones, etc.). En cualquier caso, para comprender las nuevas formas en que se expresa la sociabilidad en el nivel local, es necesario romper con el mito de la *village* como una sociedad cuya dimensión “de escala humana” favorecería el desarrollo de las relaciones sociales de forma más profunda y armoniosa que lo haría la ciudad.

¹⁴ N. del T. El autor utiliza el término inglés de *week-end* en el texto original, por lo que hemos optado por no traducirlo al castellano.

En el marco de esta desmitificación del tema de la *village* no podemos dejar de preguntarnos si las *villages* agrícolas, que han conservado una vida económica propia y a las que se les supone, por tanto, una vida social auténtica, no merecerían otro tipo de consideración, menos pesimista, que justifique tratarlas como el punto de apoyo por excelencia de una política de ordenación del territorio. ¿Qué hay de cierto en ello? En estas *villages* agrícolas, la sociabilidad y el sentido de pertenencia a la comunidad se han constituido, fundamentalmente, a partir de la propiedad privada, garantía última de la “unidad” local. El municipio agrícola es, sobre todo, históricamente, una sociedad de propietarios que buscan legitimarse y defenderse los unos de los otros: el poder municipal es así “la prolongación natural del derecho de propiedad, el municipio funcionando en definitiva como un sindicato de co-propietarios velando por la propiedad de cada uno y por el mantenimiento de las partes comunes a todos ellos”¹⁵. En estas condiciones, la fuerza del sentimiento de pertenencia a la comunidad no entra en contradicción con el individualismo campesino; uno y otro caminan, por el contrario, en un mismo sentido: “La relación que el individuo mantiene con su tierra es, al mismo tiempo, una relación en tanto que miembro de la comunidad, y, en el deseo de seguir manteniéndose como tal, [contribuye a conservar] su comunidad, y viceversa”¹⁶. No ha de extrañar, pues, que la sociabilidad de las gentes de la *village*, construida a base de relaciones de mutuo conocimiento y reconocimiento unidas a los patrimonios y a las relaciones de parentesco, se debilite al mismo tiempo que desaparece la pequeña propiedad familiar agrícola. Incluso allí donde queda una población agrícola importante y activa, se asiste a una modificación profunda de la relación con el territorio y con lo local, modificación que se corresponde, al menos en parte, con las transformaciones experimentadas en las condiciones económicas de la agricultura.

Todas estas observaciones conducen, a fin de cuentas, a darle la vuelta al axioma implícito en la idea de la ordenación del terri-

¹⁵ Marcel Jollivet, “Dans les communes rurales: les élections municipales, pour quoi faire?”, *Premier Mai*, n.º 5, avril-mai 1977, pp. 21-27.

¹⁶ Marcel Jollivet, *Les collectivités rurales françaises*, tome II: “Sociétés paysannes ou lutte de classes au village”, Paris, Armand Colin, 1974.

torio: desarrollo agrícola *-revillagisation-* ocupación armoniosa de los espacios rurales. Desde que el tema de la “desertización” y el éxodo rural fue planteado, ha sido habitual razonar sobre la problemática de la ordenación del territorio deduciéndola de los objetivos asignados a la agricultura. A partir de ahora hay que hacer lo contrario: es en función de las perspectivas que se le asignen a la ordenación del territorio, en donde hay que identificar objetivos nuevos para la agricultura. Para caminar en este sentido, se deben tener en cuenta cuatro ideas principales: la de hábitat, la de territorios de integración, la de territorios integrados y, por último, la de relocalización de las producciones agrícolas.

En primer lugar, hay que abandonar la noción de *campagne* (campo), entendida como espacio de producción situado bajo la responsabilidad exclusiva de los agricultores, y sustituirla por la noción de *hábitat*, que afecta al conjunto de los ciudadanos. Y para ello hay que plantearse en serio las expectativas de los franceses respecto a los espacios rurales. El hecho de que Francia sea el primer país del mundo en cuanto al número de residencias secundarias y en cuanto al número de días que pasan en el campo los habitantes de la ciudad, no es, de ninguna manera, un hecho secundario o anecdótico. Constituye un indicador de las expectativas que existen en la sociedad francesa en materia de medio ambiente, así como en lo que se refiere a la estética del hábitat, a la preservación del patrimonio edificado y sin edificar, y a la conservación de los paisajes. De igual forma que la recuperación de los cascos antiguos de las ciudades y su rehabilitación se ha hecho movilizandando las expectativas medioambientales de la población, puede trasladarse a la recuperación de los espacios rurales un enfoque similar. Ello implicaría, para empezar, que el mantenimiento y conservación del país en su conjunto fuera considerado un asunto de todos. Del mismo modo que la ordenación y embellecimiento de París no afecta sólo a los parisinos, la ordenación del espacio rural no debe ser considerada como algo que afecte solamente a los habitantes de las zonas rurales. Si además se pensara que sólo estos últimos tienen derecho a hacerse cargo de los espacios rurales por el hecho de que ellos trabajan la tierra, esto significaría confiar el 50% de la superficie agrícola útil al 1% de la población activa francesa...

En el caso de que nos preguntáramos si los franceses están realmente dispuestos a invertir —mucho dinero— en una empresa colectiva de tal naturaleza, deberíamos recordar que la parte del presupuesto que la población francesa dedica a la cultura y al ocio está ya al mismo nivel de lo que ellos dedican a la alimentación, y que la primera aumenta regularmente mientras que la segunda se estabiliza. Podemos imaginar perfectamente que una parte de los recursos dedicados al ocio y la cultura pueda revertir en ayudar a la conservación de los espacios rurales: ningún senderista, por ejemplo, consideraría escandaloso el hecho de que la colectividad le pidiese que contribuyera económicamente a la conservación y acondicionamiento de los espacios territoriales que él mismo disfruta. Todavía nos resulta difícil imaginar hoy que tengamos que pagar por caminar por el campo, por escalar la cima de una montaña o por disfrutar de un paisaje. En un mundo en que el espacio y el aire puro se han convertido en recursos escasos, el romanticismo de la “gratuidad de la naturaleza”, que unos aplauden y otros deploran, es probable que haya terminado. Asumir la responsabilidad colectiva de esta situación es, sin duda, el único medio para luchar eficazmente contra la privatización pura y dura de los espacios rurales: pensemos, por ejemplo, en el futuro de la Sologne —a punto de ser prohibida para solaz de los senderistas “libres”, debido a su utilización como zona de caza— o en la suerte que el futuro le depara a las zonas de litoral. A la colectividad le corresponde pensar, a partir de ahora, en los medios que hay que aplicar para reducir las desigualdades que esta situación genera en el acceso al uso y disfrute de la naturaleza.

Para justificar la necesidad de una política conducente a implicar a aquellas personas que disfrutan asiduamente de la naturaleza en la financiación del mantenimiento y conservación de los espacios naturales —lo que no dejará de parecer chocante a algunos—, recordemos que, en 1990, según la *Fédération Nationale des Sociétés d'Aménagement Foncier et d'Etablissement Rural* (SAFER)¹⁷, un tercio de las tierras vendidas lo había sido

¹⁷ N. del T. Las SAFER fueron creadas en el marco de las leyes de orientación agrícola de 1960 y 1962 para regular el mercado de tierras agrícolas, estando dotadas de poderes de opción de compra sobre las explotaciones agrarias en venta, con objeto de crear bancos de tierras en cada provincia.

en favor de compradores que no eran agricultores. Esos actos de compra-venta representaban en valor la mitad de las transacciones de tierras realizadas en Francia. Sólo en Auge, en 1991, el 52% de las transacciones de tierras realizadas bajo control de la SAFER de la Baja Normandía correspondía a tierras adquiridas por no agricultores.

Lejos de significar abandono o un avance del baldío, estas transacciones marcan más bien una nueva vía a través de la cual se realiza la conservación y mantenimiento del patrimonio fundiario y de las edificaciones adjuntas al mismo. Nos podemos lamentar, por ejemplo, de la invasión de las *villages* del Luberon por residentes secundarios procedentes de la ciudad, pero hay que reconocer que es precisamente gracias a sus cuidados como estas *villages* han escapado de la ruina... Aunque se sabe que a escala nacional el fenómeno de la multirresidencia continúa progresando, y que la duración anual del período de ocupación de las llamadas residencias secundarias tiende a aumentar de forma regular, se puede considerar que una nueva práctica de utilización de los espacios rurales se está imponiendo, una práctica que debe ser tenida en cuenta por cualquier política de ordenación. Esto no significa que los campos, que el mundo rural, tengan que ser condenados a convertirse en una figura decorativa, inmóvil y petrificada, en las actividades de ocio de los franceses; al contrario, el mantenimiento activo de los espacios rurales que esta nueva práctica implica es un factor clave del desarrollo turístico. El "turismo verde" es precisamente la rama del turismo que ha conocido un desarrollo más fuerte desde hace una década en Francia. Ahora bien, desde un punto de vista estrictamente económico, no hay que olvidar que el turismo ocupa un lugar tan importante en la exportación, como el sector agroalimentario. No se trata, por tanto, de oponer una práctica no económica, o no fundamentalmente económica, de los espacios a otra que sí lo es —la agricultura—: se trata de aprovechar la sinergia entre dos formas de sacarle valor añadido al mundo rural.

La segunda idea que es necesario introducir en nuestra reflexión, junto a la de hábitat antes comentada, es la de que hay que pensar en los campos como territorios de integración que son. Los agricultores constituyen hoy en día una minoría en el mundo

rural francés. Sin embargo, de manera inconsciente y natural siguen pensando que la gestión de los espacios rurales es algo que les concierne a ellos en exclusiva, y esto no sólo porque consideren que son ellos quienes los ocupan activamente, sino también porque se consideran los herederos de un pasado que fue testigo de la victoria de los campesinos sobre los señores feudales. Incluso aun cuando no se exprese de forma explícita, este sentimiento de tener derechos particulares e históricos sobre la tierra entra a veces en conflicto con los principios elementales de la cultura democrática: un hombre, un voto. Un agricultor, alcalde de su municipio, me explicaba un día, que consideraba como algo “natural” que él fuera el alcalde, ya que pagaba la mayor parte del impuesto sobre los bienes rústicos..., lo que no le impedía, por otro lado, reivindicar con fuerza la supresión de dicho impuesto... Esta pequeña anécdota ilustra la dificultad que existe en un contexto como éste, de presentar los espacios rurales como territorios de integración, abiertos y accesibles a los no agricultores que acuden a vivir allí y que también deben sentirse responsables de ellos. Se impone un cambio de mentalidad para que se vea esta apertura como algo “natural”, cambio que es condición fundamental para salvaguardar el propio territorio.

Todavía estamos muy lejos de haberlo logrado. El mundo obrero, por ejemplo, que representa el 40% de la población activa francesa residente en los municipios rurales, no accede jamás —o sólo de forma totalmente excepcional— a los puestos de representación en la política local. El 40% de las unidades familiares rurales está formado por personas jubiladas. Aunque éstas constituyen un grupo muy activo en la vida social, no están, sin embargo, presentes como colectivo, en el debate sobre el futuro del mundo rural. Tal o cual individuo, tal o cual personalidad, puede ciertamente acceder a un puesto de responsabilidad en la política municipal, pero que grupos —grupos sociales o grupos de edad— con un peso sociológico extremadamente importante por sí mismos, no sean considerados como suficientemente cualificados para representar legítimamente a las comunidades rurales, crea un déficit de ciudadanía muy perjudicial para el proyecto mismo de revitalizar los campos franceses. El mundo rural se enorgullece, y con razón, de su capacidad para encarnar en su

seno solidaridades antiguas y estables, en contraste con la atomización que caracteriza al mundo urbano: pues bien, es indispensable para preservar esta cualidad, que es precisamente su fuerza de atracción, que el mundo rural logre integrar a las nuevas poblaciones que van a vivir allí.

Con los residentes secundarios que eligen ejercer su deber como electores en el medio rural, que manifiestan gran interés por los espacios rurales y su protección, y que se presentan para ello como candidatos para ocupar puestos electivos de responsabilidad, el problema de la integración en la comunidad rural suele venir acompañado, de forma más explícita si cabe que en el caso de los obreros o los jubilados, de conflictos sociales y culturales muy agrios a veces con los agricultores. Primero, porque estos residentes secundarios, dotados con frecuencia de un capital económico, social y cultural elevado, saben poner en práctica los medios necesarios para hacer oír su opinión colectivamente. Después, porque sus intereses y los de los agricultores son, por lo general, divergentes: se tiene conocimiento de las trifulcas locales suscitadas por la implantación de granjas de cerdos o por la construcción de un cobertizo prefabricado no conforme con los cánones estéticos de los recién llegados. En una y otra parte, se pasa fácilmente de la desconfianza más o menos soterrada, al enfrentamiento directo, con peticiones, campañas de denuncia, intervenciones ante las altas instancias y movilización de la prensa local... Pero por mucho que pueda ser equivocada la manera con que los residentes secundarios actúan a veces como en terreno conquistado —sabiendo además que los agricultores raras veces están desprovistos de medios para contrarrestar sus ansias de conquista—, no es imaginable que el derecho a participar activamente en la vida local se les pueda escamotear argumentando el carácter intermitente de su presencia en el lugar. En una sociedad tan movable y dinámica como la actual, la ciudadanía se debe poder ejercer plenamente al margen del carácter parcial o transitorio de la inserción territorial de cada uno; la pertenencia a un lugar por nacimiento —aunque se remontara a cinco siglos de antigüedad— no debería crear ni más ni menos derechos y deberes que la pertenencia por adopción. Por el contrario, hay que propiciar, a escala de cada comunidad local, formas de debate

colectivo en las que los distintos intereses, ya sean complementarios o divergentes, de los diferentes actores de la vida local, puedan expresarse libremente y llegar a un compromiso.

Concebir los espacios rurales como territorios de integración —entre otros— es un reto de primera importancia en un momento en que se desmorona ese recurso tan importante de la cohesión social como es la integración por el trabajo. El problema que traemos a colación es evidentemente el del desempleo, un problema dramático, ya que el 10% de la población francesa ve disminuir sus recursos e inutilizarse sus aptitudes y capacidades. El desempleo como problema está relacionado también con el hecho paradójico de que, por primera vez en la historia de la humanidad, un trabajo efectuado realmente por una persona pueda ser declarado o bien “trabajo inútil” o bien un trabajo cuya única utilidad sea la de “ocupar a la gente”. En efecto, en un mundo en que el capital sustituye cada vez más al trabajo, se puede mantener un determinado número de empleos, o incluso “reinventarlos” —cierta empresa petrolera, por ejemplo, habla de “volver a crear” empleos de encargados de puestos de gasolina—, por razones exclusivamente sociales y casi “humanitarias”. A nuestra sociedad, donde los ideales más grandes se han construido en torno al tema del trabajo económicamente productivo y socialmente útil, le resulta muy difícil no considerar como socialmente muertas a aquellas personas que no tienen trabajo, como también le es difícil valorar empleos cuya única función sea la de hacer escapar del paro a los que los desempeñan. En este contexto, parece de primera importancia valorar, como un factor igualmente esencial de integración social, la integración local, una integración en donde la responsabilidad colectiva de los espacios y la vida social que en ellos se desarrolla, es su principal vector. En una sociedad en la que los individuos ya no pueden ser exclusivamente definidos por lo que hacen en términos profesionales (a menos que se les niegue el acceso a la existencia social a varios millones de individuos desempleados), se sabe que es necesario reforzar todas las estructuras de sociabilidad susceptibles de ofrecer una base diferente a la integración social de los individuos. La asunción de responsabilidad sobre el territorio, con lo que esto implica de movilización activa de energías de

todo tipo a nivel local, puede aportar una dimensión importante a este proyecto, proyecto que es un imperativo colectivo.

Se dirá, entonces, que para jugar este rol de integración hace falta que los campos sean en sí mismos territorios integrados. Esta es, en efecto, la tercera idea que me gustaría plantear aquí. La dificultad viene de que el mundo rural actual, al contrario de las sociedades campesinas del pasado, participa del proceso de diferenciación funcional de los espacios tan típico de las sociedades modernas. La disociación entre los lugares de trabajo, de residencia, de ocio, de educación y de consumo, afecta tanto a las zonas rurales como a las urbanas, y la imagen de los *banlieu* (suburbios) —una imagen paradigmática del rechazo de un mundo de no sociabilidad al reducirse a su sola función de ciudad dormitorio— preocupa a los habitantes de las zonas rurales tanto como a los de las ciudades.

Nadie, se dice, pasa tanto tiempo en su coche como una mujer de agricultor: a ella le toca, en efecto, llevar en coche a los niños al colegio, al centro cultural, al polideportivo o al médico, hacer las compras domésticas en el hipermercado situado en pleno campo, asistir a las reuniones de las organizaciones profesionales, etc.; y todo esto a distancias respetables de su vivienda. Este ensanchamiento del espacio vivido por los habitantes de las zonas rurales, un espacio que se extiende bastante más allá del propio municipio, obliga a concebir el territorio como un *continuum*, de lo rural a lo semi-urbano y de éste a lo urbano, en contradicción, frecuentemente, con las disposiciones que se aprueban en materia de gestión administrativa de los espacios rurales. El problema principal de la gestión del territorio tiene que ver hoy día con la relación a establecer entre las ciudades de tamaño medio (las *bourgs centres*) y el tejido rural que las rodea. No se erradicará la amenaza de la desertización oponiendo el espacio rural a la ciudad, sino concibiendo de una manera positiva la relación entre ambos espacios. Tampoco se logrará este reto si el mundo rural no consigue imbricarse en ese entramado, fascinante y tan característico de Francia, que constituye la red de 36 mil 500 municipios —tantos como el número de entidades del mismo tipo en todo el resto de la UE. En una sociedad insegura, confrontada a la aceleración del cambio, es de una importancia aún más capital si cabe, preservar estas refe-

rencias esenciales de la identidad social y local. Además, la presencia en el territorio nacional de 36 mil 500 concejos municipales, es decir, de 36 mil 500 asambleas que se preocupan de los asuntos públicos, representa una indudable riqueza democrática.

Pero probablemente sea necesario profundizar en el proceso ya en curso, un proceso que tiende a reforzar y modernizar las formas organizadas de cooperación intermunicipal. Hay que evitar, en concreto, que estas organizaciones intermunicipales contribuyan a reforzar los obstáculos territoriales, creando compartimentos estancos, esto es, encerrando a los rurales con los rurales, a los urbanos con los urbanos y peri-urbanos, etc. Por el contrario, hay que utilizar estas fórmulas de cooperación para recomponer los territorios y dinamizar los procesos que posibiliten su apertura nacional e internacional. Esto no significa de ninguna manera que los territorios afectados por estas operaciones de recomposición y apertura se vean abocados ineludiblemente a perder su identidad propia y condenados a una especie de uniformización económica, social y cultural tan anodina como triste. Se dirá que las provincias francesas que votaron sí cuando el referéndum sobre la ratificación del tratado de Maastricht, en septiembre de 1992, son precisamente las más modernizadas y las que están marcadas por preocupaciones internacionales debido a las características de sus producciones agrícolas. Pero también hay que decir que son provincias dotadas de una fuerte identidad local, ya sea la propia o la de su región: es el caso de Aveyron, de Lozère, de las provincias bretonas, de las provincias de la región Rhône-Alpes o de las provincias del País Vasco francés. No hay contradicción alguna entre la preservación de la identidad local y el hecho de relacionarse con otros pueblos a escala nacional o internacional: es en esta relación misma donde se crea y se recrea una identidad local moderna.

La idea de territorios integrados significa también que los espacios rurales deben, para desarrollarse, no quedarse al margen de los grandes medios de comunicación modernos y rápidos. Por antiguas que sean, las reivindicaciones locales relativas a su conexión con las redes de comunicación vial y ferroviaria, así como al mantenimiento de las redes de servicios, nunca han estado tan justificadas como ahora.

La definición de una política de ordenación del territorio que sea una política del hábitat, una política de integración de los nuevos habitantes de las zonas rurales y una política de integración de estos espacios rurales en el conjunto nacional e internacional, no significa que la cuestión propiamente agrícola haya dejado de tenerse en cuenta desde el punto de vista de la ordenación territorial. Todo lo contrario. Es esencial en el proceso mismo por el que se amplían los objetivos de la ordenación, tener en cuenta, como una cuarta idea, el tema de la distribución de la producción agrícola sobre el conjunto del territorio. Tratándose precisamente de la integración nacional e internacional de los espacios rurales, es de una importancia crucial combatir los graves desequilibrios que la desigual distribución de las producciones ocasiona entre las regiones. Ya se ha indicado que, si se siguen las tendencias en curso, el 80% de la producción agraria francesa será proporcionado por el 20% de una población activa agrícola instalada además sobre el 20% de la superficie útil. Si se quiere situar a la agricultura en el centro del nuevo proyecto de rearticulación de la relación entre hombre, territorio y producción, proyecto que tiene como fin la política de ordenación, no basta con afirmar a los cuatro vientos que la fuerza de la profesión agrícola está precisamente en ejercer una actividad ligada al territorio y que esta dimensión específica de la profesión de agricultor deba ser preservada. Es necesario aceptar, a la vez, que se reconsidere el sistema de ayudas a la agricultura en función de las características geográficas y no solamente en función del mercado. Esta perspectiva inspiró ya en su día la aplicación de la política en favor de la agricultura de montaña. Es posible aplicar la misma lógica a escala de todo el territorio a condición, en todo caso, de que la *profesión agrícola*, que participa directamente en la elaboración de las medidas de apoyo, sepa demostrar una capacidad de arbitraje interno sin fisuras. Los agricultores no pueden reivindicar el poder de las organizaciones profesionales en los organismos de concertación de la política agraria y pedir a la vez que los arbitrajes, cuando necesarios, sean enteramente asumidos por los poderes públicos o por las instancias políticas. Tanto más cuanto que el Estado y los políticos no demuestran, en esta materia, una capacidad de imaginación creativa suficien-

temente convincente. La intervención del Estado será tanto más eficaz para asegurar la regulación del conjunto de los procesos de ordenación del territorio, en la medida en que tenga ante él a una *profesión agrícola* capaz de hacer valer sus propios objetivos a medio y largo plazo. El reto es de escala nacional, y es de carácter tanto profesional, como político. Por esta razón es necesario integrar el tema de las relaciones entre actividad agrícola y territorio dentro de una perspectiva que contemple en su conjunto los problemas de la localización de las actividades productivas sobre toda la superficie del territorio nacional; sólo así se tendrá oportunidad de redefinir de un modo renovado la profesión de agricultor.

CAPITULO 8.º

UNA PROFESION PARA EL MAÑANA

Para nada servirá la aguda crisis que asola hoy al mundo agrícola francés si el agricultor no le encuentra un nuevo sentido a su profesión. Ahora bien, es importante señalar que ésta es la segunda vez en un siglo, en que se plantea la necesidad de darle una nueva definición a la profesión de agricultor.

Para acceder a una modernidad que hacía obsoleta una cierta imagen del campesinado asociada a la permanencia del mundo tradicional, los jóvenes agricultores de mediados de este siglo reivindicaron la conquista de una profesión: la de agricultor. La *Jeunesse Agricole Catholique* (JAC)¹⁸ se había convertido, antes y después de la guerra, en un extraordinario vivero de jóvenes dirigentes agrícolas. Una gran parte de los dirigentes que están ahora ocupando puestos de responsabilidad en las organizaciones profesionales agrarias francesas se formó en el vivero de la JAC sacando de ahí lo esencial de su inspiración. Para estos jóvenes católicos militantes de los años treinta a sesenta, el sentido de la caridad debía tener una dimensión “técnica” (tecnocrática). Hacía falta sentirse “orgulloso de su profesión”, reconocer que la profesión de agricultor “tenía tanto valor como las demás”, y probarlo desarrollando su competencia profesional como agricultores.

Dos instrumentos simbolizaron esta revolución de la competencia promovida por los jóvenes de la JAC: los CETA (*Centres d'Etudes Techniques Agricoles*) y los *Centres de Gestion*. Los pri-

¹⁸ **N. del T.** Como se recordará de otra nota anterior, la JAC representaba al sector de jóvenes agricultores de la Acción Católica francesa, un sector profundamente imbuido del espíritu reformador y modernista introducido en el catolicismo francés por teólogos como Theilard de Chardin. A mediados de los años 50, la JAC promovería la constitución del actual sindicato de jóvenes agricultores CNJA (*Centre National des Jeunes Agriculteurs*).

meros estaban constituidos por pequeños grupos de agricultores en cuyo seno se aplicaba una pedagogía basada en la observación y comparación *in situ* de las prácticas agrícolas: los CETAS fueron instrumentos insustituibles para la difusión del progreso técnico. El segundo instrumento, el de los *Centres de Gestion*, estaba constituido por grupos de agricultores que se asociaban para llevar en común la contabilidad y gestión de sus explotaciones, aprendiendo a llevar de un modo riguroso sus cuentas de explotación y a calcular sus márgenes de beneficio. Técnica y contabilidad se convirtieron, así, en dos pilares fundamentales en el desarrollo práctico de la profesión de agricultor. Los progresos alcanzados en la productividad agrícola demostraron suficientemente la eficacia de esta visión profesional del moderno agricultor. Bien es cierto, que todo este proceso de modernización también generaba sectores excluidos del crecimiento económico y de las políticas de apoyo a los mercados. Hubo, por tanto, que plantearse procesos de negociación y arbitraje, reparando desigualdades y camuflando situaciones de injusticia, pero en todo ese proceso la nueva orientación dada a la profesión de agricultor no se cuestionaba.

Sin embargo, lo que está ocurriendo hoy es que se cuestiona la profesión de agricultor, y esto a causa precisamente del éxito alcanzado por los agricultores en su actividad. Ya hemos comentado que los logros obtenidos en materia de productividad han sido de tal envergadura, que, a partir de ahora, y si los lleváramos al límite, bastarían, como mucho, en Francia 150 mil agricultores —y no un millón— para alcanzar el volumen de producción actual. El aumento hasta el infinito de nuestro potencial de producción —y ahora extendiendo mi reflexión al entorno de los países industrializados— lo pagaríamos inevitablemente con un desequilibrio dramático de las economías del Sur y del Este, que se colocarían enteramente en una situación de dependencia alimentaria respecto de las del Norte. No es cuestión de volver a repetir el diagnóstico que hemos hecho en otro capítulo sobre las transformaciones experimentadas en el ejercicio de la actividad agraria. Retengamos simplemente el hecho de que el control de nuestra producción alimentaria se ha convertido, a la vez, en un requisito económico y en una exigencia moral y política, y que,

en estas condiciones, el objetivo de producir cada vez más no puede ser un objetivo suficiente para darle sentido a la profesión de agricultor.

A esta observación general se añade un segundo hecho: en la agricultura de hoy, antes que ser agricultor en general, se es cerealista, productor de remolacha, profesional del sector de ganadería de cebo, productor de huevos, arboricultor, etc. Tantas ramas especializadas se corresponden con otras tantas segmentaciones y con otras tantas competencias en el mercado, así como con una paralela dispersión y empobrecimiento de la identidad profesional en su nivel individual y colectivo. En la agricultura, como en otras actividades profesionales, el ejercicio de la actividad se ha empobrecido bajo el efecto de la extrema especialización. Cada vez más, ésta tiende a limitarse a poner en práctica una o dos técnicas, y la iniciativa y creatividad individuales son dejadas a un lado. Una forma que tienen los agricultores de conjurar el malestar resultante de esta situación, suele consistir en invocar su "identidad campesina", como si se tratara de una varita mágica. Proscrito durante treinta años en el seno de la *profession agricole* y estigmatizado como símbolo de arcaísmo, el término de *paysan*¹⁹ se vuelve a poner de moda para indicar que la profesión de agricultor es bastante más compleja que la de ser una simple actividad productora de materias primas.

Es a partir de estos datos desde donde hay que intentar imaginar nuevas perspectivas para la profesión agrícola: no se trata de reinventar la figura del *paysan*, sino más bien de avanzar un paso más en la de agricultor. Se oye decir a veces que sería dramático y vergonzoso para los agricultores reconvertirse en jardineros de la naturaleza o funcionarios. Para empezar digamos que ¡es tan honroso ser jardinero o funcionario, como ser agricultor! Sin embargo, el mantenimiento de la profesión de agricultor no pasa ciertamente por la transformación exclusiva de los agricultores en jardineros de la naturaleza, en encargados de la conservación de los espacios o en productores especializados en una sola producción, ni mucho menos en simples gestores o técnicos:

¹⁹ N. del T. He preferido mantener aquí el término francés de *paysan*, literalmente traducido en castellano como "campesino", por la carga expresiva que encierra en el debate actual desarrollado en Francia.

deben ser todas esas cosas a la vez. Lo que se espera de la profesión de agricultor es que sea una profesión de síntesis, una profesión situada en el punto de unión entre la producción —es decir, que tenga en cuenta la dinámica de los mercados—, la gestión del patrimonio —es decir, de la tierra, el agua y el paisaje, que son el bienestar tanto de nosotros, como de nuestros hijos y de la humanidad— y la ordenación del territorio. Porque es en esta síntesis en donde se hace posible reorientar la distribución de las producciones agrarias y de las actividades en el conjunto del país.

Esta reinención de la profesión de agricultor pasa por tres exigencias inseparables: la primera es la de definir nuevamente el status socio-profesional del agricultor; la segunda, la de reconsiderar los fundamentos en los que se basa la solidaridad profesional; la tercera, la de renovar la dimensión ética de la actividad agraria.

Volver a definir el status profesional del agricultor pasa, esencialmente, por la puesta a punto, en colaboración con el Estado, de fórmulas renovadas e individualizadas de *partenariat* (colaboración compartida), en las que podría suscribirse el compromiso mutuo de los agricultores y de la sociedad. Este compromiso consistiría, por ejemplo, en globalizar las ayudas del Estado y de la UE, estableciendo una especie de contrato entre el poder público y el agricultor, sobre la base del correspondiente pliego de condiciones. Tal fórmula permitiría asegurar que el destino y distribución de las ayudas a la agricultura se hiciese con absoluta transparencia ante la opinión pública. La dimensión de interés público de la profesión de agricultor sería así reconocida y su *savoir-faire* (saber hacer) sería remunerado tanto como el producto. Se evitarían, a la vez, esas ambiguas controversias en las que, al tiempo que se le reprocha a los poderes públicos que traten a los agricultores como si fuesen un sector de beneficiencia al que se le concede ayudas directas e individualizadas, se les critica también por contribuir al agravamiento de las desigualdades mediante las políticas de sostenimiento de los mercados.

El agricultor que estableciera uno de esos contratos estaría tan alejado del agricultor productivista, como éste lo estaba del campesino tradicional, y estaría en posición de acordar, con el conjunto de la sociedad, un pacto comparable a aquél que se con-

cretó en las ya comentadas leyes de *orientación agrícola* francesas de los años sesenta. Dejaría de ser vergonzoso reconocer que el 40% de la renta agraria proviniese de fondos públicos (europeos, nacionales o regionales). Por ejemplo, cuando el quintal de trigo se paga a 110 francos al productor, mientras que la cotización mundial es de 58 francos, la ayuda de la UE es de 52 francos. Esta subvención no se hace visible para la opinión pública. La reforma en curso de la PAC tiene como una de sus principales consecuencias que las ayudas directas sean claramente reconocibles por la colectividad, ayudas que puede, en el caso de algunas explotaciones cerealistas, estar próximas a los 400 mil francos e incluso más²⁰. No obstante, si las ayudas fueran atribuidas de forma global por explotación y no de forma sectorializada en función del tipo de producciones, los fondos podrían ser canalizados hacia los agricultores en términos de un contrato que incluya al conjunto de su actividad y que defina con claridad objetivos y obligaciones a la vez. El agricultor debería ciertamente abandonar la idea —totalmente ilusoria, teniendo en cuenta su particular relación con el mercado— de que él es “un empresario como los demás”, pero podría ahorrarse el esfuerzo de fingir que la sociedad no tiene más proyecto que el de transformar a los agricultores en funcionarios-jardineros de los espacios naturales.

El reto de una fórmula contractual como ésta no sería solamente el de definir otro tipo de actividad, sino también el de recomponer un status social y una responsabilidad tanto cultural, como económica. Los primeros instrumentos de este mecanismo contractual existen ya en la legislación francesa: son los “planes de desarrollo” y los “planes de mejora material”. Los “planes de desarrollo sustentable” constituyen igualmente un precedente. La globalización, simplificación y homogeneización de estas fórmulas contractuales, todavía parciales, son tanto más imaginables en los tiempos actuales de la informática, cuanto que, para su aplicación, ellas pueden apoyarse en la red perfectamente implantada de las organizaciones profesionales y de los organismos del ministerio de Agricultura. La clarificación de los com-

²⁰ *La Tribune Desfossée*, de 2 de febrero de 1993.

promisos recíprocos que cada parte asumiera en esos contratos permitiría justificar, a los ojos de los contribuyentes, los esfuerzos financieros que la colectividad hace en favor de los agricultores —más de la mitad del presupuesto de la UE se destina, en efecto, a mantener la agricultura europea— y permitiría también explicitar, tanto a escala nacional como europea, las opciones tomadas en cuanto al destino de los fondos públicos. La puesta en práctica de un sistema contractual como ése significaría que la idea según la cual la creación de riqueza no se limita sólo a la producción de grandes cantidades de productos —en este caso de productos agrarios—, sería perfectamente admitida por todas las partes contratantes, empezando por los propios agricultores, unos agricultores que ya han demostrado admitir esa idea cada vez que exigen la retirada del mercado de toneladas de frutas y hortalizas para evitar el hundimiento de los precios... Entrar en una lógica de contrato con la sociedad, a través del Estado, es, para los agricultores interesados en ella, un medio de tomar la iniciativa en la definición de las limitaciones que se les imponen de forma brutal y dramática hoy día. Es también una forma de introducir un tipo novedoso y original de status socioprofesional, cuyo ejemplo, ajustado a las exigencias de una sociedad moderna y solidaria, podría inspirar a otras profesiones.

El corolario de esta orientación es la puesta en marcha de un modelo de formación profesional que prepare a los futuros agricultores no solamente en los aspectos técnicos de su profesión, sino también en el diálogo social con otras categorías socioprofesionales. La tarea es difícil: los jóvenes en cuestión son, la mayoría de las veces, hijos de agricultores. Cuando sus padres se encuentran en una situación relativamente favorable, ellos se acostumbran, desde muy temprano, a pensar en su futuro como si se tratase de un compromiso de por vida con una profesión sin comparación con otras. Pero cuando sus padres están en dificultad y ven como algo problemático tomar el relevo en la explotación, los jóvenes perciben sus dificultades futuras como si fuera una horrible injusticia. En este sentido, puede decirse que los jóvenes agricultores difieren sensiblemente del conjunto de los jóvenes franceses que, preparándose para el ejercicio de un empleo, saben que la precariedad de su primer trabajo es un dato

normal de la carrera profesional que les espera, y que, en cualquier caso, la formación que han recibido no les garantiza para nada la estabilidad profesional a lo largo de la vida. En un mundo en el que no conocemos la mitad de las profesiones que serán ejercidas dentro de veinte años, no hay manera de asegurarle de antemano a un joven una carrera profesional continuada en cualquiera que sea el sector, y tampoco en la agricultura. La dificultad está en que, en la agricultura, esta incertidumbre es vivida por los jóvenes de forma dramática, como si se tratase del derrumbamiento de valores con los que los futuros agricultores se han venido identificando de antemano. Ellos aspiran a “instalarse” en la agricultura; sus padres aspiran, según la expresión tan infeliz como generalmente admitida, a “instalarlos”, y el fracaso de este proyecto corre el riesgo de ser vivido por unos y otros como una maldición o una vergüenza, y, en todo caso, como un drama personal, como una ruptura de la relación paterno-filial...

La capacidad para pensar a largo plazo es, sin duda, una gran virtud del mundo agrícola. Pero el reto actual consiste en hacer compatible esta percepción del largo plazo con una concepción de la movilidad que se ajuste a los nuevos tiempos. ¿Cómo la enseñanza agrícola puede preparar a los futuros agricultores a hacer frente a esta situación educándoles su capacidad de adaptación y movilidad personal?

El problema es enorme, y aquí no podemos más que esbozar dos prioridades. El fortalecimiento de la formación general es evidentemente la primera de ellas. La historia del movimiento profesional agrícola en Francia muestra que fue la existencia de un proyecto humanista de gran amplitud —y no solamente la promoción de nuevas técnicas agrícolas— lo que permitió constituir el medio cultural en que el proyecto de modernización de la agricultura francesa tomó forma. No se puede descartar que, a la inversa, un exceso de obsesión técnica y una falta de ambición general puedan explicar, en una determinada coyuntura como la actual, la ausencia de una generación de líderes agrícolas. La segunda prioridad sería el contacto y la interacción con otros medios socio-profesionales, siendo ésta una condición fundamental para que la elección de la agricultura como profesión sea para

el agricultor un acto de “normalidad”, aceptando que la agricultura es una profesión más entre otras, una profesión a la que se tiene el derecho de elegir con orgullo, pero de la que igualmente se puede salir sin que ello suponga una desgracia.

Estas dos prioridades no implican que la enseñanza agrícola —pública y privada— deba salir del área de competencia de los organismos dependientes del ministerio de Agricultura en el que se inscribe en Francia²¹, para insertarse en el sistema nacional del ministerio de Educación. Tal y como está, el sistema de enseñanza agrícola francés ha dado pruebas sobradas de su buen funcionamiento, de su calidad y de su notable capacidad para integrar alumnos que habían o habrían sido rechazados del sistema escolar general. Diluirlo en el seno de la gigantesca maquinaria del ministerio de Educación sería hacerle perder ese importante atributo que es su dimensión asequible y fácil de gestionar. No obstante, le falta todavía abrirse al exterior diversificando sus distintas ramas formativas, favoreciendo la integración cultural y la circulación de los alumnos fuera de sus regiones de origen y pensando no en función del objetivo específico de la “instalación” del joven en la agricultura, sino en función de demandas colectivas más generales —unas demandas que son las del conjunto de la sociedad—. En este sentido, el sistema de enseñanza agrícola francés debiera propiciar en su seno un interés mayor hacia las ciencias biológicas y las ciencias sociales y económicas, y promover las relaciones internacionales. Las estancias, los viajes, los intercambios, etc., son ya, junto con el aprendizaje profundo de, al menos, una lengua extranjera, medios asequibles y puestos en práctica para realizar la necesaria apertura de la que estamos aquí hablando, una apertura que determinará en el futuro el cambio de la imagen que el agricultor tiene de sí mismo y de su profesión.

Este cambio en la forma de ver el mundo agrícola es condición necesaria para una redefinición del status profesional del agricultor, cambio que pasa, inseparablemente, por una nueva valoración de los fundamentos de la unidad y la solidaridad de la *profession agricole*. La representación colectiva de una supuesta

²¹ **N. del T.** La tradición de la enseñanza agrícola en Francia es la de estar integrada en el ministerio de Agricultura formando un sistema separado del sistema general de educación.

unidad secular del mundo agrícola francés, cualesquiera que sean las condiciones reales de ejercer la actividad agrícola, se ha construido sobre la base de dos imágenes fuertes, progresivamente superpuestas.

La primera es la del agricultor/campesino que forma parte de la tierra y que participa en la gestión del *ordre éternel* de los campos; es decir, como figura inmemorial y mediador exclusivo de la relación sagrada que une a la humanidad y la naturaleza a través de su función suministradora de alimentos. Una literatura abundante ha desarrollado, a lo largo de toda la primera mitad del siglo XX, el tema del *âme paysanne* (alma campesina). “La riqueza de la Francia rural está menos basada en la fertilidad material del territorio, que en la fidelidad a la idea del *âme paysanne*”, recuerda Roland Maspétiol —citando a Roupnel— en la conclusión de su ensayo dedicado a los campesinos en la literatura, publicado en 1948. Desde esta perspectiva, “el campesino no es un hombre como los otros, y por supuesto no es como el obrero²²”. El obrero agrícola, “al que sólo la necesidad le lleva a trabajar, no espera más que encontrar la ocasión para abandonar el arado. Él no es un verdadero campesino. Uno no se convierte en campesino a través de la razón, siendo precisamente gracias a ella como, a menudo, se deja de serlo [...]. El oficio [de campesino] apenas parece una actividad racional, al contrario de lo que sucede con las actividades en las que el esfuerzo es remunerado cada mes de acuerdo con los días trabajados. Cuántas veces hemos podido presenciar esta crisis moral! La tierra no se defiende en el corazón del campesino más que por el trabajo oscuro de generaciones [que han sido capaces] de mantener el encanto [de la actividad agraria]”²³.

Esta primera imagen, radicalmente antimodernista de la especificidad campesina, parece contradictoria con una segunda imagen, definida más recientemente, que nos trae el recuerdo de los

²² La cita anterior y esta observación son debidas a Éric Landowski y Janine Mossuz, *Le mythe paysan entre les deux guerres. Les agrariens de droite*, inédito, 1973.

N. del T. En esta cita la referencia al obrero corresponde al asalariado agrícola.

²³ Emmanuel Labat, *L'âme paysanne. La terre, la race, l'école*, Paris, Delagrave, 1930, p. 304.

esfuerzos admirables realizados tras la II Guerra Mundial por la generación de agricultores ligada al proyecto de modernización, para sacar a la agricultura francesa de la Edad Media y hacerla entrar directamente en el siglo XX. La aparente contradicción se resuelve si se recuerda el papel decisivo jugado, en este proceso de modernización, por el ya mencionado movimiento de la JAC, movimiento estructurado sobre la base de un catolicismo social que reorientó el antimodernismo intransigente tradicional hacia la búsqueda positiva de una “tercera vía de desarrollo” para la sociedad, una vía que fuera equidistante de los dos frutos perversos de la modernidad, que eran, desde su punto de vista, el liberalismo y el socialismo²⁴. La generación de dirigentes agrícolas formados por la JAC no dejó de ser antimoderna, pero se situó, en nombre de la dignidad de la profesión agrícola, en la avanzadilla de la modernización. Lo que esa generación rechazaba de la modernidad era el individualismo, la atomización de las relaciones sociales, la desaparición de las comunidades primarias, la parcial disolución del rol de la familia, la descristianización: todos eran “peligros” cuyo avance creían ellos que una agricultura floreciente podría precisamente frenar, beneficiándose a sí misma y al resto de la sociedad. Esta relación compleja con la modernidad se ha introducido profundamente en las estructuras mentales de los agricultores franceses y ha contribuido a modelar ese sentimiento afectivo y visceral hacia la unidad del mundo agrícola que marca aún a las organizaciones profesionales agrarias.

Al término de la II Guerra Mundial, justo en el momento en que se trataba de reorganizar sobre bases democráticas el sindicalismo agrario en Francia, el tema del mantenimiento de la unidad de la representación —que había estado asegurada durante el período de la *Corporation Paysanne*²⁵— estuvo en el centro

²⁴ Cf. Émile Poulat, *Église contre bourgeoisie*, Paris, Casterman, 1977.

²⁵ N. del T. La *Corporation Paysanne* fue la única corporación que se creó durante el régimen colaboracionista de Vichy (1940-1943). En ella se integraron obligatoriamente todas las distintas formas asociativas existentes en la agricultura francesa (sindicatos, cooperativas y mutualidad), forzándose, así, la unidad de la representación de los intereses agrícolas. Es importante señalar que el proyecto corporativo fue, en gran medida, una exigencia de las propias élites agrarias de entonces.

del debate. La creación de la CGA (*Confédération Générale de l'Agriculture*) permitió dar una nueva imagen a la expresión organizativa de la unidad, sin cambiar nada en cuanto al fondo²⁶. No fue sorprendente, por tanto, que, en el II Congreso de la CGA, celebrado en París, el 14 y 15 de marzo de 1946, se viera a Eugène Forget, elegido en la víspera nuevo presidente de la FNSEA (*Fédération National des Syndicats d'Exploitants Agricoles*)²⁷, pedir a los asistentes "que juraran fidelidad a la unidad campesina". "La asamblea, toda en pie, hizo el gesto de juramento levantando la mano", cuenta el propio Eugène Forget²⁸. "Y la CGA vio a la FNSEA tomar la hegemonía" en la profesión agrícola y no abandonarla nunca. Algunos años más tarde, cuando los jóvenes agricultores, procedentes principalmente del movimiento católico de la JAC, pretendieron mostrar sus diferencias en cuanto al proyecto de modernización de la agricultura francesa, la profesión agrícola inventó la fórmula sutil de un sindicalismo por edades: hasta los treinta y cinco años, la afiliación se haría a un sindicato de jóvenes agricultores, el CNJA (*Centre National des Jeunes Agriculteurs*), y a partir de esa edad, al sindicato FNSEA. Los jóvenes y los mayores: dos organizaciones ciertamente, pero una sola familia, en cuyo seno, y entre ellos, dirimir los conflictos entre los Antiguos y los Modernos.

Y esto funcionó. Hoy día, el *Conseil de l'Agriculture Française* ha sustituido a la anterior CGA. Aglutinando a los sindicatos mayoritarios FNSEA y CNJA, pero también a la APCA (*Assemblée Permanente des Chambres d'Agriculture*) y la CNMCCA (*Confédération National de la Mutualité, la Coopera-*

²⁶ N. del T. La creación de la CGA era, una vez disuelto el régimen de Vichy, una recreación del modelo corporativo, si bien sobre bases libres y democráticas. Ella reflejaba el deseo de las élites agrarias de mantener un modelo unitario de representación tras la disolución de la *Corporation Paysanne*.

²⁷ N. del T. La FNSEA era la más importante de las federaciones que componían la estructura de la CGA, y en su seno se integraban los titulares de explotaciones agrarias. El presidente de la FNSEA asumía el liderazgo ante las demás federaciones de la CGA (cooperativas, mutualidad, jóvenes agricultores, mujer, técnicos agrícolas y asalariados).

²⁸ Eugène Forget, *Le serment de l'unité paysanne*. Nouvelle Cité, Paris, 1982.

tion et le Crédit Agricoles), este organismo de coordinación —el *Conseil*— asegura de hecho, bajo el liderazgo de la FNSEA, la representación unitaria de las distintas áreas del mundo agrícola francés (sindicalismo, cámaras agrarias, cooperativismo y mutualidad) ante los poderes públicos y el conjunto del país.

Bien es cierto, que esta voluntad unitaria del mundo agrícola está presente en todos los países europeos, pero en ninguna parte como en Francia ha sido una obsesión tan grande. Sin duda, la famosa ceremonia del juramento ya mencionada sirvió para algo en la firme voluntad de los dirigentes agrícolas de mantener esta unidad contra viento y marea. Muchos de los presentes ese día en la sala o representados por delegación, se sienten aún hoy comprometidos con aquel acto solemne. Pero aún hay más: desde aquel día, y durante dos generaciones más o menos, lo que no era más que una intuición colectiva expresada en gestos simbólicos, llegó a convertirse en un dogma intocable, un dogma constitutivo de la identidad profesional misma. Ninguna profesión ha llevado tan lejos como la agrícola una construcción casi religiosa de su representación.

En efecto, la afirmación de la unidad ha sido siempre tanto más fuerte cuanto más amenazada se ha visto. Las amenazas han venido, en primer lugar, desde dentro de la propia *profession agricole*. Algunas tentativas locales o nacionales de escisión o de creación de nuevas estructuras sindicales culminaron en varias opciones alternativas a las mayoritarias. Así, al lado de las organizaciones que lideran el modelo oficial de representación unitaria, FNSEA y CNJA, existen otras como la FFA (*Fédération Française de l'Agriculture*) —a la derecha—, el MODEF (*Mouvement de Defense des Exploitants Familiaux*) —próximo al Partido Comunista— y la *Confédération Paysanne* —surgida conjuntamente de antiguas corrientes izquierdistas y de movimientos próximos al entorno del Partido Socialista²⁹. Más recientemente, la

²⁹ N. del T. La actual *Confédération Paysanne* es el resultado de la fusión en 1987 de dos sindicatos: la FNSP (*Fédération Nationale des Syndicats Paysans*), próxima al entorno del Partido Socialista, y la CNSTP (*Confédération Nationale des Syndicats de Travailleurs Paysans*), creada en su día por el movimiento de *Paysans Travailleurs* surgido de las semillas dejadas por el Mayo del 68 en sectores izquierdistas de jóvenes agricultores.

llamada *Coordination Rurale* ha venido desarrollando desde posiciones de derecha, digamos que de extrema derecha, acciones de protesta contra las orientaciones emanadas de la dirección de la FNSEA³⁰. Como es conocido, en Bruselas sólo son autorizadas a formar parte del COPA (Comité de Organizaciones Profesionales Agrarias)³¹ las organizaciones oficialmente reconocidas en sus países respectivos. Cuando la *Confédération Paysanne* solicitó su admisión, el presidente de la FNSEA hizo saber que se retiraría del COPA si esa organización era admitida. En 1986, se creó una segunda instancia de coordinación a nivel europeo, *Coordination Paysanne Européenne* (CPE), reuniendo a 27 organizaciones³². La negativa a la entrada de nuevas organizaciones en el COPA —en nombre de la unidad del mundo agrícola— ha tenido el resultado paradójico de sacar a la luz de forma más nítida, debido a la creación de una segunda instancia de coordinación, la mencionada CPE, las líneas de división que atraviesan al mundo agrícola...

Estas divisiones estallan en momentos claves. Por ejemplo, todos los años, en el momento de la publicación de las cifras estadísticas sobre el estado de la agricultura francesa, las polémicas estallan sobre las subidas o descensos de la renta agraria. Así, durante dos años, los agricultores de la Champagne fueron, ellos solos, responsables de los incrementos globales que se dieron en la renta agraria, lo que nada decía rigurosamente de cómo había evolucionado la renta de los ganaderos de la región de Limousin. Una cosa es cierta: el mundo agrícola francés oculta en su seno las mayores diferencias de renta que pueden ser constatadas en una determinada profesión. Lo que revelan estas diferencias de

³⁰ N. del T. Después de la publicación de la versión francesa de este libro, la FFA y la *Coordination Rurale* se fusionaron para constituir un sindicato que responde a las siglas de esta última organización.

³¹ N. del T. El COPA es el organismo oficial de representación del sindicalismo agrario europeo ante las instancias de la UE. Se creó en 1958, a raíz de la cumbre de Stressa.

³² Rose Marie Lagrave, "Bruxelles. La représentation de la représentation" en B. Hervieu et R.M. Lagrave (éds.), *Les syndicats agricoles en Europe*. L'Harmattan, Paris, 1992, pp. 265-300. Hay una edición revisada en español, en E. Moyano (coord.), *Las Organizaciones Profesionales Agrarias en la Comunidad Europea*. Servicio de Estudios del MAPA, 1993.

renta son divergencias de intereses cada vez más manifiestas y llamativas a medida que aumenta la especialización de las regiones y de las explotaciones agrarias. Así, cuando se habla del descenso del precio de los cereales, los ganaderos bretones de porcino, que son grandes consumidores de piensos, se callan, ya que salen beneficiados de una medida como ésta, mientras que los cerealistas, los del Gers —porque hay cerealistas en el Gers— o los del *Bassin Parisien*, se indignan.

Divergencias de status, de rentas, de producciones, de superficies: indudablemente que estas diferencias no son hoy más importantes que lo eran ayer entre un propietario y un aparcerero, entre un agricultor adulto y uno joven, entre un *Beauceron* y un *Ariégeois*³³. Pero la cuestión está en saber en nombre de qué y con qué fines se continúa manteniendo el mito de la unidad del mundo agrícola. Este es un tema tabú: por haber recibido, unos días después de su llegada al ministerio de Agricultura, en 1981, a las organizaciones de la izquierda agraria³⁴, la ministra socialista Édith Cresson se encontró en una situación de guerra abierta con el sindicato mayoritario FNSEA. El debate sobre la representatividad y la unidad sindical se ha convertido así en una cuestión previa a cualquier encuentro entre el ministro de Agricultura y la FNSEA. La “manifestación de los cien mil”, organizada en París bajo el impulso de François Guillaume en 1982, tenía como primer objetivo reafirmar el monopolio de la representación sindical de la FNSEA y del CNJA³⁵. Más de diez años después, a pesar del decreto de 1990 sobre la representatividad y el de 1993, que modificaba la composición del consejo de dirección de algunos organismos, como los *offices par pro-*

³³ N. del T. Aquí el autor se refiere a agricultores procedentes de dos regiones diferentes de Francia.

³⁴ N. del T. En esa ocasión las organizaciones de la izquierda estaban representadas por las ya citadas MODEF, FNSP y CNSTP. Estas dos últimas se unirían más tarde para constituir la actual *Confédération Paysanne*.

³⁵ N. del T. François Guillaume era entonces presidente de la FNSEA, y por ello el promotor de la manifestación en pro de la unidad sindical, unidad que sentía amenazada por el reconocimiento que la ministra Edith Cresson había hecho *de facto* a las organizaciones agrarias de izquierda. Más tarde, en 1986, François Guillaume sería ministro de Agricultura en el gobierno de Chirac durante la etapa de cohabitación entre la izquierda y la derecha.

*duits*³⁶, esta cuestión no está completamente regulada. La espectacular manifestación de *Terres de France*, organizada el 29 de septiembre de 1991 por la FNSEA y el CNJA, quiso ser claramente una gran reafirmación simbólica de la unidad. Pero la respuesta masiva a ese acontecimiento no tiene por qué hacer ilusiones a nadie: "Hablar en nombre de la agricultura francesa, considerada como si fuese un bloque homogéneo con intereses comunes, es una clara mistificación", había ya puesto de manifiesto Henri Mendras al evocar la situación bajo la IV República³⁷.

Ahora bien, la persistencia del mito de la unidad crea, en el plano institucional, una situación completamente absurda. De hecho, existe una pluralidad de sindicatos agrarios. Éstos, con ocasión de las elecciones a las Cámaras Agrarias, comprueban su representatividad a través de los votos alcanzados. Así, en las elecciones del 31 de enero de 1995, y dentro del colegio electoral de titulares de explotaciones, el 59,8% de los votos fue para la FNSEA y el CNJA, el 20,10% para la *Confédération Paysanne*, el 4,67% para el MODEF, el 0,83% para la lista unitaria MODEF-*Confédération Paysanne* (presentada en algunas provincias), el 12% para la *Coordination Rurale*, y el 2,6% para otras listas³⁸. Sin embargo, sólo la FNSEA y el CNJA están reconocidos oficialmente para negociar con los poderes públicos y participar en las muy numerosas instancias de concertación de la política agraria francesa. El 9 de diciembre de 1991, Louis Mer-

³⁶ N. del T. Los *offices par produits* eran los organismos públicos encargados de regular los distintos mercados aplicando las directrices de la PAC en la agricultura francesa. En esos organismos estaban representados las organizaciones profesionales agrarias de carácter mayoritario, es decir, la FNSEA.

³⁷ Jacques Fauvet y Henri Mendras (éd.), *Les paysans et la politique dans la France contemporaine*, Paris, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1958, p. 280.

³⁸ François Clerc, "Les élections de 1989 aux Chambres d'Agriculture" en *Les agriculteurs français aux urnes*, op. cit., pp. 365-378.

N. del T. Las elecciones a Cámaras Agrarias se celebran cada cuatro años, eligiéndose en ellas a los miembros de esos organismos corporativos en cada provincia. Los distintos sindicatos presentan sus listas de candidatos, pudiendo existir listas conjuntas, como suele ocurrir entre la FNSEA y el CNJA, o entre las organizaciones de la izquierda como el MODEF y la *Confédération Paysanne*.

maz fue el primer ministro de Agricultura que asistió al congreso de la *Confédération Paysanne*, si bien fue mal recibido como es tradicional en los congresos de los sindicatos agrarios en Francia. Por su parte, la FNSEA y el CNJA amenazan continuamente con practicar la política de “la silla vacía” si nuevos sindicatos son admitidos en las instancias de concertación. Actuando así, obligan a los poderes públicos a tratar separadamente con los sindicatos minoritarios. Se trata de una presión considerable, que lógicamente se acentúa en momentos como los de ahora en que el status minoritario de los agricultores en la sociedad francesa es algo definitivamente reconocido por todos: para los dirigentes de estas dos grandes organizaciones sindicales, aceptar el pluralismo en momentos en que el mundo agrícola ocupa un pequeño lugar en la sociedad sería como suicidarse.

El hecho de que los poderes públicos se presten a esta presión tiene mucho que ver con el funcionamiento mismo de la gestión de la política agraria. No solamente en el momento de las negociaciones europeas, sino también en la vida cotidiana del ministerio de Agricultura, el ministro y su administración tienen una necesidad vital de interlocutores. La política agraria es, de todas las políticas públicas, la que se distingue más por su alto nivel de concertación. Se puede incluso aventurar que cuanto más europea se hace, más labor de concertación conlleva: mientras más duras sean las orientaciones de la política agraria que se toman en Bruselas, desoyendo la presión ejercida por las organizaciones profesionales, más tiene el ministro francés que compensar esta situación de desplazamiento —que los agricultores viven como una pérdida de influencia— abriendo una dinámica de concertación a escala nacional, dinámica que concede a la profesión un protagonismo evidente ante el poder público. Y mientras más autonomía pierde el propio ministro de Agricultura en Bruselas en lo que a decisión política se refiere, más interesado está, cuando vuelve a Francia, de hacer valer su relación privilegiada con los agricultores. En este tema, el escenario no es sólo simbólico: se trata también, para las dos partes, de preservar la regla bien practicada de la paridad en la gestión de los organismos nacionales y locales de distribución del dinero público. Ya sea en lo que se refiere a la formación profesional y la política de

desarrollo, o en la definición de los criterios de concesión de subvenciones, préstamos bonificados y ayudas a la instalación, en el sector agrario francés no hay ni una decisión relativa al reparto del dinero público que no sea tomada sin concertarla previamente con las organizaciones profesionales mayoritarias, a veces muy al principio del proceso —en el momento de la preparación de un proyecto de ley, por ejemplo— y, de forma habitual, cuando la preparación del presupuesto.

Existe una extraña paradoja. De un lado, la *profession agricole* constituye el grupo profesional que está más implicado en la gestión pública de sus propios asuntos. La agricultura es el sector económico donde la ósmosis Estado-organizaciones profesionales es más fuerte. Se puede considerar como algo muy positivo —a condición de que las reglas sean claramente establecidas— el alto nivel de implicación de los actores socio-económicos, implicación que favorece esta lógica de la concertación. Pero, por otro lado, y al mismo tiempo, la fórmula es muy poco democrática, puesto que sólo los grupos mayoritarios tienen el derecho de sentarse en la mesa de negociación para orientar el debate y administrar los fondos públicos que se destinan al sector agrario. Imaginemos cuáles serían las reacciones de la sociedad francesa si, bajo el pretexto de la unidad de la clase obrera, sólo la central sindical CGT (*Confédération Générale du Travail*) o la FO (*Force Ouvrière*), recibiera el reconocimiento oficial para negociar con el Estado los temas del seguro de desempleo o del Fondo Nacional de Empleo (estando además claro que sería, en la práctica, el sindicato dominante el que decidiera sobre estos temas, y no el Estado)... Esta situación parecería a ojos de todos los franceses como algo incomprensible e intolerable: las diferencias en las posiciones que adoptan los distintos sindicatos franceses de asalariados ante las propuestas o decisiones del Gobierno, son ciertamente complicadas de reconducir, pero tales diferencias intersindicales son consideradas en todas partes como ingredientes normales del juego democrático.

En todas partes excepto en la agricultura... Para complicar aún más esta confusa situación, nos encontramos con que el sindicato de agricultores que lucha con más energía por el reconocimiento del pluralismo sindical es la *Confédération Paysanne*, una

organización que tanto en su discurso, como en el nombre adoptado para denominarse, reivindica constantemente la “*identité paysanne*” (identidad campesina), identidad hoy día totalmente mítica y en cuyo nombre precisamente la unidad del mundo agrícola francés ha sido siempre evocada y defendida...

Es hora de salir de estas ambigüedades y decir simplemente que la democracia es la misma para todos, que sus reglas se imponen a todos, que ningún cuerpo social puede hoy día estar justificado para rechazar tales reglas, y que el mundo agrícola ganaría en respeto (y en transparencia para la opinión pública) si se sometiera a ellas. Si hiciera esto, limpiaría su propio universo de referencias simbólicas reconociendo, en definitiva, que nada justifica hoy mantener la idea de un “tratamiento aparte” del mundo agrícola, dado que éste participa plenamente de la modernidad económica, social y política. Una modernidad que hace estallar en pedazos el sueño unitario sobre el que sus organizaciones profesionales fueron forjadas, y sobre el cual éstas basaron la legitimidad del monopolio de la representación que aún detentan.

Es probable que el sindicalismo agrario en su conjunto saliera ganando de esta especie de catarsis. Las organizaciones minoritarias —léase, MODEF, *Confédération Paysanne* y *Coordination Rurale*— tendrían que probar sobre el terreno la viabilidad de sus análisis y orientaciones, pero, como contrapartida, tendrían posibilidad de acceder, de igual a igual, a los medios humanos y económicos puestos a disposición de la *profession agricole*. Las organizaciones mayoritarias —léase la FNSEA y el CNJA— tendrían sin duda el sentimiento de haber perdido gran parte de su poder, pero, de hecho, ganarían la posibilidad de salir de la crisis de confianza que se ha creado entre los representantes oficiales de la *profession agricole* y sus bases sociales, después de varios años de relaciones de concertación bilateral entre ellas y el poder público. Una crisis de confianza que puede explicarse por varios factores. De un lado, porque, después de haber conseguido que sus bases sociales aceptaran las orientaciones dadas a la política agraria, estas mismas bases les han hecho ver, no sin daño para la credibilidad de las propias organizaciones mayoritarias, los límites y los efectos perversos de la concertación. De

otro lado, porque estas mismas bases, atrapadas en las dificultades extremas que tienen actualmente, no comprenden las orientaciones “realistas” adoptadas por sus dirigentes, sintiéndose entonces atraídas por las proclamas de acción directa lanzadas por grupos activistas. En ambos casos, el bloqueo de la situación es completo, y a veces dramático: el cordón de seguridad de la unidad sindical favorece, sin embargo, el desarrollo de grupos de presión que se expresan y actúan al margen de la representación oficial. Si la *profession agricole* francesa quiere conservar su existencia política (en el sentido amplio de la palabra “política”), debe asumir la gestión del pluralismo en su seno, so pena de correr el riesgo de estallar en múltiples grupos de presión.

La renovación y ampliación del debate profesional que resultaría de todo ello contribuiría, a la vez, a devolver el ánimo no sólo a las organizaciones sindicales propiamente dichas, sino también a otras muchas instituciones —cámaras agrarias, cooperativas, institutos técnicos, mutualidad social, etc— que acompañan al agricultor francés en todos los aspectos de su actividad: apoyo técnico y gestión, crédito y seguros, comercio y formación. Algunas personas cuestionan hoy día el lastre, la falta de flexibilidad, el arcaísmo mismo y, sobre todo, el coste económico que supone mantener el fuerte aparato institucional que pivota sobre la agricultura francesa. Este entramado se puso en marcha y conoció sus momentos de gloria en un período de crecimiento: tenía como misión promover el desarrollo y hacer que los frutos del progreso se repartieran, al menos hasta un cierto punto, de forma armoniosa entre los agricultores. Ese entramado de instituciones y organismos funcionaba mejor cuando el modelo dominante de explotación agrícola era el de *polyculture-élevage*³⁹. Los grandes agricultores pagaban un poco por los más pequeños, estando claro que las ayudas y las propias rentas eran proporcionales a las cantidades producidas.

En una situación de estancamiento y crisis como la actual, es mucho más difícil mantener estas prácticas organizadas de solidaridad, tanto más cuanto que la especialización ha relegado a un

³⁹ N. del T. El autor se refiere aquí al modelo previo al de la especialización productiva, un modelo en el que las explotaciones combinaban producciones agrícolas diversas y las ganaderas.

segundo plano al modelo polivalente de explotación agraria en el que esta solidaridad podía funcionar: los intereses de los agricultores han llegado a ser claramente contradictorios de unos a otros en la agricultura actual. La competencia funciona a todos los niveles: para empezar, dentro de una misma *filière* de producción; después, entre las propias *filières*, que se gestionan de forma cada vez más independiente las unas de las otras, tomando como referencia únicamente la evolución de la producción en su correspondiente sector a escala mundial; por último, entre las regiones, donde las diferentes *filières* tienen una presencia diversa.

Esta situación de competencia —léase, guerra abierta— obliga a replantear los modos de arbitraje y a volver a valorar esa “cultura de la solidaridad” que ha constituido la fuerza del mundo agrícola. El Estado por sí solo no podrá ofrecer la solución. No es, pues, el momento, bajo pretexto de que las condiciones son ahora más difíciles que antes, de liquidar un aparato institucional que ha mostrado ser un dispositivo válido en materia de política de estructuras, divulgación y extensión agraria, entre otras. Por el contrario, hay que reforzarlo asignándole nuevos objetivos, el de la calidad, por ejemplo, o abriéndolo a otros sectores de actividad que no disponen de un instrumento como éste o que no consiguen crearlo. Este podría ser el caso en materia de turismo, de comercialización, de gestión y contabilidad, de formación, etc. ¿Por qué, por ejemplo, las organizaciones agrícolas que trabajan en estos sectores no abren sus puertas, y sus órganos de representación, a otros sectores (artesanos, comerciantes, profesionales del turismo) con el fin de poner en marcha nuevas fórmulas de solidaridad inter-profesional sobre una base territorial? La mezcla cultural y social que resultaría de ello permitiría la renovación del tejido social de las comunidades locales, un tejido sin el cual el proyecto de mantenimiento de la agricultura se quedaría sin sentido.

Si hay parálisis, se trataría, en primer lugar, de una parálisis de la imaginación, unida al hecho de no haberse aún liquidado suficientemente esa doble obsesión heredada del pasado, a saber: la obsesión por el desarrollo de la producción, por una parte, y la obsesión por la unidad del mundo agrícola, por otra. Es esta

especie de inercia mental la que es urgente corregir, pero sería absurdo, en un momento en que la sociedad francesa en su conjunto se interroga sobre las condiciones en que habría de plantearse la (re)constitución del orden social, privarse de un instrumento de cohesión social como el que significa este sistema singular de representación profesional en la agricultura.

La modernización del mundo agrícola no se reduce al proceso, emprendido desde hace ya tiempo, de la modernización técnica y económica. La apertura al pluralismo es la otra vía — política y cultural— de entrar en la modernidad. En este terreno, aún queda bastante camino por recorrer. Ese pluralismo se impone hoy día de dos formas: primero, a través de la apertura hacia el mundo exterior —lo que implica el abandono del mito de la “especificidad” incuestionable y única de la actividad agraria respecto a las demás profesiones, incluyendo en ese mito todas las particularidades y todas las condiciones socio-económicas ligadas a la agricultura—; y segundo, reconociendo la diversidad de sensibilidades, orientaciones ideológicas y diferentes grupos de pensamiento, en la que los agricultores se reconocen —lo que implica el abandono del mito, directamente ligado al anterior, de la unidad igualmente incuestionable del mundo agrícola.

El debate democrático, en el que todas las corrientes de la *profession agricole* deben comprometerse, será, sin duda alguna, difícil y arriesgado, pero tendrá la gran ventaja de responsabilizar al conjunto de los agricultores ante el Estado, y de hacer de la unidad no un mito sin sentido, sino un horizonte capaz de mover a una profesión a la búsqueda de nuevas formas de solidaridad necesarias para hacer frente a las dificultades actuales. Terminar con los mitos de la excepcionalidad de la actividad agraria y de la unidad del mundo agrícola, realizar esta especie de “desencantamiento” del campesinado⁴⁰ —último punto de paso para la entrada de los agricultores en la modernidad— no significa sacrificar los ideales colectivos de una profesión, ni infravalorar su historia encerrándola en la mediocridad de una práctica técnica y profesional sin mucho futuro. Por el contrario, se trata de abrir la

⁴⁰ N. del T. Aquí el autor utiliza la idea de Max Weber sobre el “desencantamiento” —en tanto que liberación respecto de los mitos— como eje de la modernidad.

posibilidad de que la *profession agricole* contribuya, a título de heredera de toda esa tradición, a la definición de las orientaciones culturales de una modernidad enteramente asumida por los agricultores.

Estoy convencido de que la contribución específica del mundo agrícola a la definición de esas orientaciones culturales se jugará, si tiene lugar, en el terreno de la ética. La irrupción del problema ético en el mismo centro de la actividad agraria es tanto más sensible a los agricultores, cuanto que ellos han tenido durante mucho tiempo la convicción de que su actividad era, por naturaleza, una actividad "moral": ¿qué mejor programa ético que el de alimentar a los hombres? Por razones que han sido largamente detalladas en este libro, y que tienen que ver especialmente con la candente cuestión de la relación de las sociedades avanzadas del Norte con las sociedades del Sur, la evidencia moral de la necesidad de producir cada vez más productos alimenticios ha desaparecido. En este contexto, la cuestión de darle sentido a la actividad agraria ha de ser necesariamente planteada haciendo nuevos esfuerzos: ¿en qué dirección podrían buscarse valores movilizados en los que basar un nuevo ideal para la profesión de agricultor?

En su esfuerzo por redefinir lo que es la esencia misma de la profesión de agricultor más allá del único objetivo de la producción de alimentos, las organizaciones profesionales agrarias tienden hoy día a poner el acento en el hecho de que un agricultor es, por encima de todo, alguien que trata con seres vivos, una especie de *gestionnaire du vivant*. Ellas incorporan, por esta vía, una antigua convicción de la propia comunidad de investigadores agronómicos respecto a la unidad singular de todas las disciplinas relacionadas con la agricultura. Esta convicción, común a los agricultores y a los investigadores, es la que ha inspirado, por ejemplo, el proyecto de reunir las diferentes escuelas de agronomía, de veterinaria, de paisaje, de horticultura, etc., en un único organismo, denominado *Institut des Sciences et Techniques du Vivant*... Pero las implicaciones políticas y morales de tal proyecto no han sido, por así decirlo, debatidas. Sin embargo, ahora, o nunca lo será, es el momento de hacer converger los interrogantes de una profesión concreta y las aspiraciones de la sociedad en

su conjunto, una sociedad que se encuentra a la búsqueda de redefinir sus relaciones con el mundo *du vivant*, ya sea con el de los seres humanos, los animales o los vegetales.

Sabemos que el avance del conocimiento en el terreno de la biología y el progreso de los medios de manipulación genética marcan la vida de las sociedades avanzadas al final del siglo XX, tanto, o más, como lo hizo la física nuclear en la primera mitad de este siglo o la mecánica en el siglo anterior. Es imposible hoy día separar los debates sobre la contracepción, el aborto, la fecundación artificial o los trasplantes de órganos, debates que afectan específicamente a los seres humanos, de los problemas planteados por el clonaje y las manipulaciones genéticas en el orden animal y vegetal. El tema de la gestión del patrimonio genético de los animales y las plantas, el de las manipulaciones genéticas —estén autorizadas o no— o el de los riesgos que se acepten tomar o no respecto a la “materia viva” sometida a pruebas de experimentación, determinan, totalmente, la forma de abordar el problema del tratamiento que hay que dar a los seres vivos. Esta es la razón por la que resulta de primera importancia el hecho de que ningún laboratorio, empresa o el Estado mismo, pueda apropiarse de forma privada y no controlable por el conjunto de la comunidad científica, de los genes vegetales o animales, ya que sería el camino para la apropiación privada de los genes humanos. Es esto lo que quisieron poner de manifiesto los científicos firmantes de la declaración de la UNESCO el 28 de octubre de 1992, al establecer formalmente que los genes son propiedad de todos: “Declaramos que todos los conocimientos fundamentales derivados del estudio de los genomas del hombre, de los animales, de las plantas o de otros organismos modelos (secuencia genética, mapas físicos y genéticos) forman parte del patrimonio científico de la humanidad. Deben, pues, hacerse asequibles al conjunto de la comunidad científica [...] en el mejor tiempo posible”. Los científicos franceses, que han jugado un papel determinante en la discusión surgida a propósito de la eventual adquisición de patentes sobre los genes humanos, han respondido transmitiendo el conjunto de sus resultados a la base de datos del Laboratorio Europeo de Biología de Heidelberg, de donde pasan a las bases americanas, japonesas o australianas, con un acceso público inmediato.

“Estamos consternados por las intenciones de apropiación de estos conocimientos, que conducen a arrogarse el monopolio sobre el desarrollo de estas aplicaciones”, indicaba recientemente en la prensa el doctor Charles Auffray. “El paso dado ante la Academia de las Ciencias y la UNESCO se dirige a contrarrestar la situación desastrosa que se ha producido”⁴¹. Esta toma de posición de los científicos concierne en principio a los genes humanos, pero es precisamente en razón de aplicaciones derivadas de descubrimientos efectuados sobre los genes animales y vegetales, que los americanos quisieron extender los procedimientos de bancos de patentes al conjunto de los genes, incluidos los humanos. Tratóndose de los seres vivos, no se pueden hacer distinciones: no prevalecerá la idea de que es intolerable tratar los genes humanos como bienes intercambiables en un mercado, si no se plantea, al mismo tiempo, que los genes animales y vegetales no deben tampoco ser considerados desde el punto de vista del potencial de mercado que representan.

A través de estos problemas planteados por la bioética, es el conjunto de la relación de las sociedades avanzadas con lo vegetal y animal lo que se cuestiona. La dificultad de este debate es discernir la vía entre, de un lado, un fundamentalismo de la naturaleza, que proclama que “los derechos de los animales” deben ser reconocidos en igualdad con los derechos del hombre, fundamentalismo cuya lógica antimoderna y antidemocrática ha demostrado Luc Ferry⁴², y de otro, un cinismo productivista que, al tratar lo animal y lo vegetal como cosas, deshumaniza la relación del hombre con su propio entorno⁴³. No entraremos aquí en un debate que la lógica de las denuncias —justificadas— de actitudes y comportamientos enfrentados —pero igualmente absurdos— ha llevado inevitablemente a endurecerse. En este sentido, se puede perfectamente constatar las implicaciones dramáticas de una concepción que conduce a tratar a toda la naturaleza como un recurso *minier* (susceptible de ser extraído y expoliado), y rechazar, al mismo tiempo y con la misma fuerza, determinadas

⁴¹ *Le Monde*, 29 octubre 1992.

⁴² Cf. Luc Ferry, *Le Nouvel Ordre Ecologique. L'arbre, l'animal et l'homme*, Paris, Grasset, 1992.

⁴³ Cf. Michel Serres, *Le contrat naturel*, op. cit.

formas de ecologismo guiadas por el odio a la modernidad. Lo que queremos subrayar, sin embargo, es la posibilidad que tienen los agricultores, si ellos quieren, de entrar activamente en el proceso concreto de establecer una relación con el mundo vegetal y animal, que esté de acuerdo, a la vez, con la razón y la ética. Y esto puede plantearse incluso sobre la base de su experiencia profesional como agricultores.

Tomemos, por ejemplo, la cuestión de la hiperselección de razas y variedades vegetales y animales, que permite obtener productos cada vez más conformes con estándares homogéneos. La denuncia puramente moral de los derechos excesivos que el hombre se arroga sobre la naturaleza limitando y estandarizando genéticamente los vegetales y los animales, puede fácilmente derivar, en el mejor de los casos, hacia la evocación lírico-nostálgica de una naturaleza abundante cuyos dones el hombre sabía respetar en otros tiempos, y, en el peor de los casos, hacia un discurso anticientífico y antimoderno. Pero ¿quién mejor que los agricultores para hacer valer (a condición de que ellos miren más allá de sus propios campos) —en un momento en que se plantean las cuestiones de la preservación del patrimonio paisajístico, de la “extensificación”, de la calidad de los productos y del proceso de producción— la idea de que el mantenimiento de la bio-diversidad constituye un reto ético, cultural, económico y político al mismo tiempo, un reto que concierne al conjunto de la sociedad del mismo modo que le concierne la supervivencia de economías de subsistencia a escala planetaria? ¿Se puede combatir la homogeneización de los paisajes, de los hábitos y del *savoir-faire* (saber hacer), con el fin de preservar la riqueza misma de la actividad agrícola en Francia y en todas las partes del mundo, y al mismo tiempo consentir que se cultive, en el conjunto del territorio, sólo tres o cuatro variedades mejoradas de trigo, o criar sólo tres o cuatro razas bovinas u ovinas? De igual manera, los agricultores se encuentran en una posición clave —si ellos lo quieren, y si son capaces de enriquecer, ampliándola, la visión económica que tienen de su propia actividad— para plantear, en términos diferentes a los del discurso catastrofista o de la queja permanente, las cuestiones ligadas a la relación que nuestra sociedad mantiene con el mundo animal.

En este terreno, nos encontramos hoy día ante una extraña paradoja. De un lado, Francia es el país que tiene el mayor número de animales domésticos. Más de la mitad del número de consultas realizadas por los veterinarios proviene de atenciones proporcionadas a los animales de compañía. Colectivamente, consagramos más dinero a cuidar de los animales de compañía, que de los animales llamados de renta (o de crianza), y desarrollamos con respecto a los primeros una relación casi antropomórfica. De otro lado, ignoramos todo respecto al animal de granja. Se le encierra en jaulas o establos —se podría decir que incluso antes de su nacimiento—, se le agrupa con otros animales, se le quita de nuestra vista, en definitiva. Se le sacrifica siguiendo métodos en serie dentro de los mataderos, de forma puramente técnica e instrumental, y, en algunos casos, sin ni siquiera intervenir el hombre. Para la sociedad tradicional, estaba claro que el animal era o un animal salvaje o un animal doméstico. El signo más claro de su integración en el ambiente doméstico era que tenía un nombre. Bien es cierto que su destino era el de ser sacrificado, y que era criado con este fin. Pero los rituales del sacrificio del animal doméstico que se llevaban a cabo en las sociedades tradicionales tenían todos la característica de desarrollarse en una relación directa (*face-à-face*) con el animal. La tradición judía del sacrificio (*kasher*) formalizó este respeto por el animal incluso en el momento del sacrificio, exigiendo un cuchillo perfectamente afilado para que la pureza de la carne estuviera asegurada. Es probable que los animales sufrieran más en estos rituales formales o informales, que lo que sufren hoy día en los mataderos, pero el hombre participaba directamente en el acto final de este sacrificio, como signo de su poder sobre el animal. Ni “hominizado”, ni cosificado, el animal estaba en una relación de proximidad y sumisión con el hombre, relación que definía su propio lugar en el universo material y simbólico de estas sociedades. Esto se inscribía en las jerarquías introducidas por el hombre en el seno de su entorno animal; queda algo de ello hoy día en la mala consideración que, dentro del gremio de los carniceros, tienen los que venden carne de caballo, ya que sacrifican, con fines de consumo alimenticio, animales que están en una situación de proximidad particular con el hombre: prueba ésta, si es que era necesaria, de

que algo del mundo de los significados tradicionales puede subsistir en nuestras sociedades. No obstante, hoy día, la ausencia de toda visibilidad en la muerte del animal destinado a la alimentación humana tiene como resultado paradójico favorecer, a la vez, la sobrevaloración “humanizadora” del animal de compañía y la infravaloración “cosificadora” del animal de crianza.

Si los agricultores están en condiciones de hacer una contribución particular al debate abierto en la actualidad sobre el trato a los animales de crianza, sobre la forma de criarlos o de sacrificarlos, es porque tienen la posibilidad de encardinar la búsqueda de una verdadera ética del medio ambiente en una práctica cotidiana, práctica en la que entra en juego el conjunto de las relaciones entre el hombre y el animal, tal como ellas se practican en las actividades ganaderas. Debido al hecho de que se crían para sacrificarlos, la proclamación de unos supuestos “derechos” del animal de granja a vivir en unas determinadas condiciones de aire, luz o espacio, tiene algo de irrisorio y absurdo. Pero el reconocimiento de las necesidades elementales del animal, necesidades que el hombre debe proporcionarle por el mismo hecho de disponer de él, es algo en lo que se puede basar una ética de la relación con el animal. Los agricultores experimentan de forma concreta el hecho de que la calidad de lo que el animal aporta al hombre —ya se trate de leche, carne o servicios— está en relación directa con la calidad de la relación del hombre con el animal. Saben también, en sentido inverso, y de manera igualmente concreta, que la degradación de la relación con el animal es un factor de la degradación de la calidad de su propia vida. Se acaban de dar cuenta, en Dinamarca, por ejemplo, que los productores de cerdos están sujetos a enfermedades pulmonares. Sobre una muestra de 1.685 productores, comprendidos entre los cincuenta y setenta años, una persona de cada tres está afectada de bronquitis crónica, el 12% padece de asma, el 5% de alergias y el 20% de los asmáticos tienen alergia. Para el autor de esta investigación, Martin Iversen, el tiempo pasado en las naves de la granja es un factor de riesgo determinante⁴⁴. Esta observación no plantea solamente un cálculo realista de los beneficios ligados a la calidad de los productos animales puestos en el mercado, sino

⁴⁴ *Agra-Europe*, n.º 1707, 4 septiembre 1992.

que permite avanzar, como un principio válido para toda la sociedad, que la calidad de la vida humana depende de la calidad de la relación que esta sociedad mantenga con el animal, y más ampliamente con el conjunto de los seres vivos.

De igual manera que a los agricultores se les pide hoy que revisen sus propias obsesiones productivistas, ellos también están en condiciones de valorar, en una sociedad que se pregunta a sí misma cómo reorientar su relación con la naturaleza y el medio ambiente, la experiencia específica que tienen de la relación con el mundo animal y el mundo vegetal: relación de proximidad real, de dependencia mutua y de dominio racionalizado, que implica a la vez acercamiento y distancia afectiva. Esta experiencia, en la medida en que los agricultores se ocupen de analizarla y formularla, les permitirá comprobar que una ética *du vivant* (de lo vivo) no se construirá “en nombre de los derechos de la naturaleza”, sino en nombre del derecho de todos los hombres a acceder a esta naturaleza para disfrutar apaciblemente de sus frutos a condición de que la respeten. Darle cuerpo a esta perspectiva puede constituir, para una profesión agrícola que sea parte integrante de la modernidad en todas sus dimensiones, un horizonte al menos tan atractivo, como el de producir cada vez más y al menor coste.

A MODO DE CONCLUSION
Hacia un nuevo contrato social

Los desafíos que debe superar el mundo agrícola son retos importantes. No sólo para él, sino también para el conjunto de la sociedad. De todas las opciones que podría hacer la *profession agricole*, la peor sería atrincherarse en la defensa de intereses puramente corporativistas y exclusivistas. Por el contrario, si consigue salir de su aislamiento y acierta en superar esta situación, su impulso servirá de ejemplo para otros sectores económicos y sociales. La *profession agricole* dispone de recursos que muchos otros medios profesionales, enfrentados como ella a situaciones de crisis, están lejos de poseer.

El mundo agrícola y el mundo rural están, efectivamente, en el centro de las grandes transformaciones que están marcando el fin del siglo XX y que condicionan el futuro. La mundialización de los intercambios constituye el dato esencial de la recomposición actual de la vida económica. La agricultura francesa, en la medida en que ha adquirido dimensiones “gigantescas” y se ha convertido en la segunda potencia exportadora de productos agrícolas y agro-alimentarios del mundo, tiene vocación de asumir el cambio de escala que afecta hoy día al conjunto de las actividades económicas. Al principio del siglo XX, era la provincia la que determinaba la relación espacio-tiempo: el límite provincial marcaba la zona a cuyo centro podía llegarse en una jornada a caballo. Un siglo después, el ferrocarril había ampliado los límites de esta relación espacio-temporal de la actividad económica hasta las fronteras del territorio nacional. Actualmente, es en términos planetarios en los que hay que concebir la producción, el consumo, los intercambios y la relación con el medio ambiente. La agricultura pone en juego, de forma más directa que ninguna otra actividad, la relación entre hombre, producción y territorio: en base a esto, ella puede y debe situarse en el centro de la reflexión y ela-

boración de nuevas relaciones sociales que afecten a la articulación entre lo local y lo global.

Desde la perspectiva de esta elaboración, el lugar que ocupe la alimentación en la construcción de un nuevo orden mundial, es una cuestión primordial. La opinión pública siente claramente que el problema alimentario es el gran escándalo de final de siglo: ¿cómo es posible que una parte de la humanidad esté sobrealimentada, mientras que otra, mucho más numerosa, esté sumida en el hambre? La solución de esta contradicción intolerable no afecta sólo al mundo agrícola. Depende, en principio, de la existencia, a escala mundial, de una verdadera voluntad política de afrontar el problema de la regulación de los mercados mundiales de productos alimenticios. Esto implica que los países del Norte —en primer lugar, los Estados Unidos y la UE, y por tanto Francia— reconozcan solemnemente el derecho de los pueblos a alimentarse por sí mismos. Pero el mundo agrícola francés puede aportar bastantes cosas en la construcción de esta política internacional de seguridad alimentaria si él mismo define sus objetivos en función de esa orientación. Tal opción no significa que se abandone la defensa de los intereses inmediatos y directos de los agricultores. Por el contrario, es la única forma de poner esta defensa a salvo de su hundimiento en un productivismo sin futuro, que, bajo la coartada a veces de hipócrita generosidad (“¿cómo podemos dejar de producir, cuando la mitad de la humanidad se muere de hambre?”), le hace el juego a un liberalismo salvaje del que los agricultores de las sociedades del Norte serán también víctimas.

Para exponer sus propios puntos de vista, es indispensable que la *profession agricole* clarifique sus relaciones y expectativas respecto al Estado. La crisis ha exacerbado el debate que enfrenta desde hace tiempo, en la tradición política francesa, a los partidarios de “más Estado” (léase “todo del Estado”) y a los partidarios de “menos Estado” (léase “nada del Estado”). Sin entrar a analizar estas contradicciones y su significado, hay que subrayar aquí el papel decisivo que puede jugar la *profession agricole*, una profesión acostumbrada desde mucho tiempo atrás a la concertación y autorregulación de un sector de actividad en el proceso de elaboración de nuevas formas de co-responsabilidad entre la sociedad

civil y el Estado. Estas formas podrían constituir la base de una cultura política renovada y de una práctica innovadora de la democracia. ¿Hay que repetir una vez más, que la *profession agricole* no podrá jugar este papel si no es en la medida en que ella misma dé pruebas de su capacidad para entrar en una práctica de pluralismo interno, de la que aún se encuentra muy lejos?

Igualmente es necesario que la agricultura pueda contribuir activamente a la redefinición de la relación que las sociedades más avanzadas mantienen con la naturaleza. Durante dos siglos, las sociedades occidentales se han situado y han sido concebidas en una relación “desde fuera” respecto a su medio ambiente, el cual era considerado como un recurso prácticamente inagotable. La subordinación reglada de la naturaleza se justificaba por el desarrollo productivo que ella hacía posible. Esta evidencia no existe a partir de ahora: el hombre moderno descubre, no es una exageración decir que en sentido inverso, que él mismo es un elemento de la naturaleza. Se da cuenta de que su supervivencia y su propio desarrollo, incluido en el terreno de la moral, dependen de la calidad de la relación que sostenga con aquélla. En la medida en que ellos no se vean como propietarios, ni como explotadores de la naturaleza, sino como administradores que ejercen derechos repletos de deberes sobre el medio ambiente y los seres vivos, los agricultores pueden plantear al conjunto de la sociedad una propuesta equilibrada sobre esta relación.

El simple enunciado de estas perspectivas muestra ampliamente que no hay razón alguna para que toda la profesión agrícola se abandone a esa especie de “desesperanza” que los medios de comunicación comentan, a cual mejor, sobre un fondo de documentales en los que se ilustra el recuerdo de los campos de antaño. Ciertamente, los agricultores se enfrentan actualmente a dificultades considerables en el ejercicio de su profesión: lo mismo le ocurre a otras antiguas profesiones, para las que la crisis redobla los efectos devastadores de la revolución tecnológica y económica que las transforma. El hecho de que los agricultores no estén en condiciones de poder asegurar de forma cierta a sus hijos una ascensión social y económica comparable a la que ellos mismos conocieron, no es algo exclusivo de este grupo social: el sentimiento de incertidumbre resultante de ello, y que los agri-

cultores experimentan a menudo como una injusticia, es el destino de la mayoría de las categorías sociales y profesionales. Nadie puede negar el carácter dramático de numerosas situaciones individuales: es abrumador saber que más de una decena de millares de agricultores son desposeídos de derechos sociales por impago de cotizaciones, y que casi 15.000 agricultores y asalariados agrícolas dejaron el RMI en 1991. Sin embargo, la única forma de devolver la esperanza a aquéllos cuya situación económica y social parece más amenazada, es haciendo que la *profession agricole* vuelva a descubrir una ambición colectiva. La responsabilidad de formular esta ambición es de la propia profesión: en efecto, hay cierta incoherencia en reprochar a los políticos su incapacidad para proponer a los agricultores un “proyecto”, al mismo tiempo que se oye a éstos defender la concertación y rechazar que se les trate como menores de edad.

No obstante, la recomposición de la capacidad innovadora del mundo agrícola depende de una condición: que el propio mundo agrícola ponga fin a la ambivalencia que practica en su propio terreno, una ambivalencia cuyo reflejo le devuelve la sociedad complacientemente. Debe salir de esta cultura de la singularidad que se acompaña permanentemente de un sentimiento agudo de marginalidad e inferioridad social y cultural. La profesión de agricultor es una profesión entre otras, una profesión de la que se tiene razones para estar orgulloso, pero que no otorga a los agricultores un status social especial. Es necesario que estos últimos pongan fin, ellos mismos, a la mitología que rodea su condición: así conseguirán escapar del autoaislamiento que pone en peligro la construcción de su identidad social y profesional. Tienen que asumir, de forma explícita, el *contrato* que les une de hecho a la sociedad, teniendo en cuenta la magnitud de los fondos públicos que forman parte constitutiva de sus rentas, y tienen también que abandonar el sentimiento contradictorio de ser a la vez “asistidos” y “abandonados” por el Estado. Es elaborando los términos de este contrato político —en el sentido más amplio del término— que los agricultores se podrán liberar del sentimiento de nostalgia hacia la antigua sociedad campesina, un sentimiento que, más allá de la extraordinaria modernización que han llevado a cabo, dificulta su plena entrada en la modernidad.

PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE AGRICULTURA, PESCA Y ALIMENTACION

SERIE ESTUDIOS

1. García Ferrando, Manuel. *La innovación tecnológica y su difusión en la agricultura*. 1976. 300 p. (agotado).
2. *Situación y perspectivas de la agricultura familiar en España*. Arturo Camilleri Lapeyre et al. 1977. 219 p. (agotado).
3. *Propiedad, herencia y división de la explotación agraria. La sucesión en el Derecho Agrario*. Director: José Luis de los Mozos. 1977. 293 p. (agotado).
4. Artola, Miguel, Contreras, Jaime y Bernal, Antonio Miguel. *El latifundio. Propiedad y explotación, siglos XVIII-XX*. 1978. 197 p. (agotado).
5. Juan i Fenollar, Rafael. *La formación de la agroindustria en España (1960-1970)*. 1978. 283 p.
6. López Linage, Javier. *Antropología de la ferocidad cotidiana: supervivencia y trabajo en una comunidad cántabra*. 1978. 283 p.
7. Pérez Yruela, Manuel. *La conflictividad campesina en la provincia de Córdoba (1931-1936)*. 1978. 437 p.
8. López Ontiveros, Agustín. *El sector oleícola y el olivar: oligopolio y coste de recolección*. 1978. 218 p.
9. Castillo, Juan José. *Propietarios muy pobres. Sobre la subordinación política del pequeño campesino en España (la Confederación Nacional Católica Agraria, 1917-1924)*. 1979. 552 p.
10. *La evolución del campesinado: la agricultura en el desarrollo capitalista*. Selección de Miren Etxezarreta Zubizarreta. 1979. 363 p.
11. Moral Ruiz, Joaquín del. *La agricultura española a mediados del siglo XIX (1850-1870). Resultados de una encuesta agraria de la época*. 1979. 228 p.
12. Titos Moreno, Antonio y Rodríguez Alcaide, José Javier. *Crisis económica y empleo en Andalucía*. 1979. 198 p.
13. Cuadrado Iglesias, Manuel. *Aprovechamiento en común de pastos y leñas*. 1980. 539 p.
14. Díez Rodríguez, Fernando. *Prensa agraria en la España de la Ilustración. El semanario de Agricultura y Artes dirigido a los párrocos (1797-1808)*. 1980. 215 p.
15. Arnalte Alegre, Eladio. *Agricultura a tiempo parcial en el País Valenciano. Naturaleza y efectos del fenómeno en el regadío litoral*. 1980. 378 p.
16. Grupo ERA (Estudios Rurales Andaluces). *Las agriculturas andaluzas*. 1980. 505 p.

17. Balcells, Albert. *El problema agrario en Cataluña. La cuestión Rabassaire (1890-1936)*. 1980. 438 p.
18. Carnero i Arbat, Teresa. *Expansión vinícola y atraso agrario (1870-1900)*. 1980. 289 p.
19. Cruz Villalón, Josefina. *Propiedad y uso de la tierra en la Baja Andalucía. Carmona, siglos XVIII-XX*. 1980. 360 p.
20. Héran Haen, François. *Tierra y parentesco en el campo sevillano: la revolución agrícola del siglo XIX*. 1980. 268 p.
21. García Ferrando, Manuel y González Blasco, Pedro. *Investigación agraria y organización social*. 1981. 226 p.
22. Leach, Gerald. *Energía y producción de alimentos*. 1981. 210 p.
23. Mangas Navas, José Manuel. *El régimen comunal agrario de los Concejos de Castilla*. 1981. 316 p.
24. Tió, Carlos. *La política de aceites comestibles en la España del siglo XX*. 1982. 532 p.
25. Mignon, Christian. *Campos y campesinos de la Andalucía mediterránea*. 1982. 606 p.
26. Pérez Touriño, Emilio. *Agricultura y capitalismo. Análisis de la pequeña producción campesina*. 1983. 332 p.
27. Vassberg, David E. *La venta de tierras baldías. El comunitarismo agrario y la Corona de Castilla durante el siglo XVI*. 1983. 265 p.
28. Romero González, Juan. *Propiedad agraria y sociedad rural en la España mediterránea. Los casos valenciano y castellano en los siglos XIX y XX*. 1983. 465 p.
29. Gros Imbiola, Javier. *Estructura de la producción porcina en Aragón*. 1984. 235 p.
30. López López, Alejandro. *El boicot de la derecha y las reformas de la Segunda República. La minoría agraria, el rechazo constitucional y la cuestión de la tierra*. 1984. 452 p.
31. Moyano Estrada, Eduardo. *Corporatismo y agricultura. Asociaciones profesionales y articulación de intereses en la agricultura española*. 1984. 357 p.
32. Donézar Díez de Ulzurrun, Javier María. *Riqueza y propiedad en la Castilla del Antiguo Régimen. La provincia de Toledo en el siglo XVIII*. 1984. 558 p. (agotado).
33. Mangas Navas, José Manuel. *La propiedad de la tierra en España. Los patrimonios públicos. Herencia contemporánea de un reformismo inconcluso*. 1984. 350 p. (agotado).
34. *Sobre agricultores y campesinos. Estudios de Sociología Rural de España*. Compilador: Eduardo Sevilla-Guzmán. 1984. 425 p.
35. Colino Sueiras, José. *La integración de la agricultura gallega en el capitalismo. El horizonte de la CEE*. 1984. 438 p.
36. Campos Palacín, Pablo. *Economía y energía en la dehesa extremeña*. 1984. 336 p. (agotado).

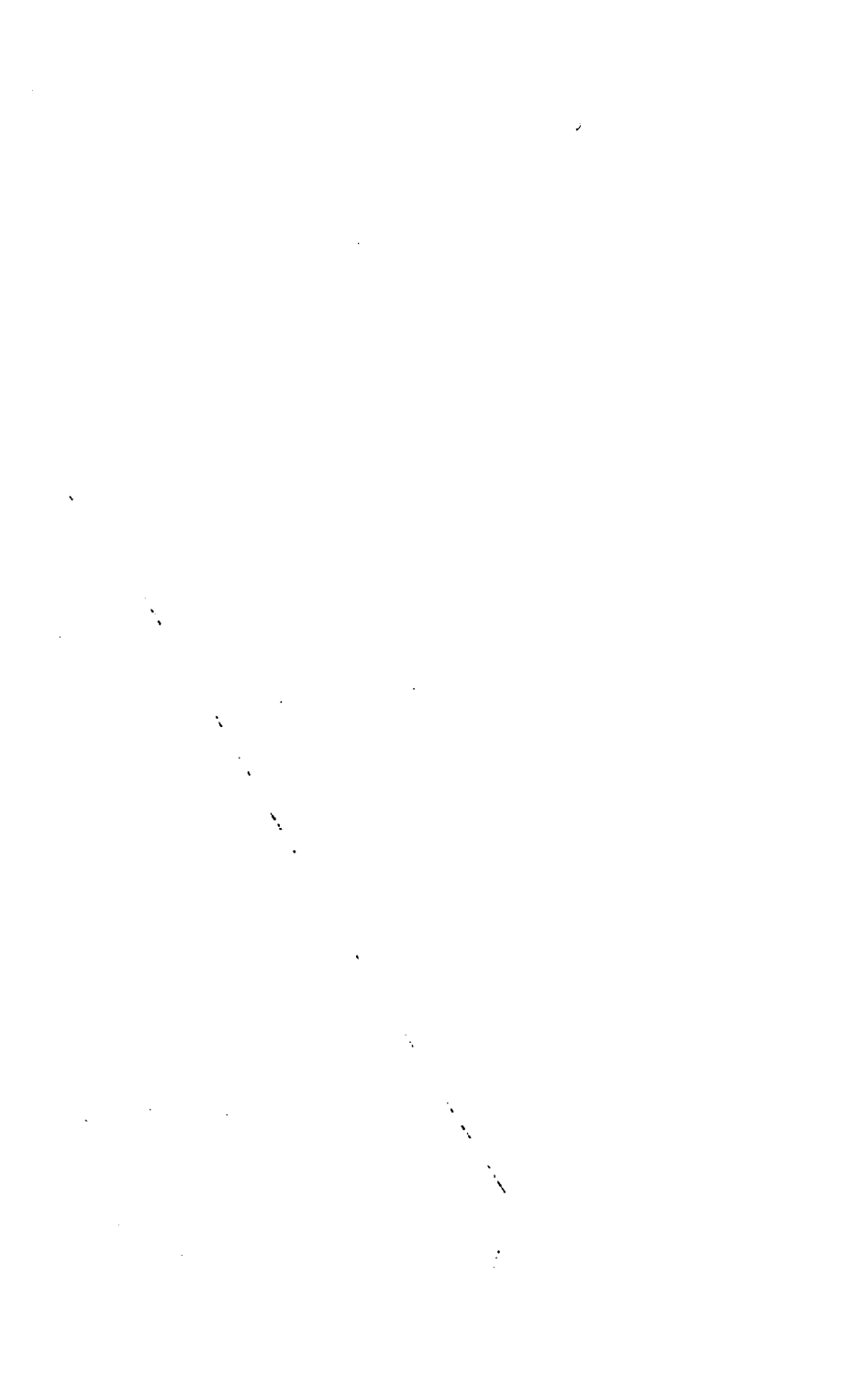
37. Piqueras Haba, Juan. *La agricultura valenciana de exportación y su formación histórica*. 1985. 249 p.
38. Viladomiu Canela, Lourdes. *La inserción de España en el complejo soja-mundial*. 1985. 448 p.
39. Peinado Gracia, María Luisa. *El consumo y la industria alimentaria en España. Evolución, problemática y penetración del capital extranjero a partir de 1960*. 1985. 453 p.
40. *Lecturas sobre agricultura familiar*. Compiladores: Manuel Rodríguez Zúñiga y Rosa Soria Gutiérrez. 1985. 401 p.
41. *La agricultura insuficiente. La agricultura a tiempo parcial*. Directora: Miren Etxezarreta Zubizarreta. 1983. 442 p.
42. Ortega López, Margarita. *La lucha por la tierra en la Corona de Castilla al final del Antiguo Régimen. El expediente de Ley Agraria*. 1986. 330 p.
43. Palazuelos Manso, Enrique y Granda Alva, Germán. *El mercado del café. Situación mundial e importancia en el comercio con América Latina*. 1986. 336 p.
44. *Contribución a la historia de la trashumancia en España*. Compiladores: Pedro García Martín y José María Sánchez Benito. 1986. 486 p.
45. Zambrana Pineda, Juan Francisco. *Crisis y modernización del olivar español, 1870-1930*. 1987. 472 p.
46. Mata Olmo, Rafael. *Pequeña y gran propiedad agraria en la depresión del Guadalquivir*. 1987. 2 tomos. (agotado).
47. *Estructuras y regímenes de tenencia de la tierra en España: Ponencias y comunicaciones del II Coloquio de Geografía Agraria*. 1987. 514 p.
48. San Juan Mesonada, Carlos. *Eficacia y rentabilidad de la agricultura española*. 1987. 469 p.
49. Martínez Sánchez, José María. *Desarrollo agrícola y teoría de sistemas*. 1987. 375 p. (agotado).
50. *Desarrollo rural integrado*. Compiladora: Miren Etxezarreta Zubizarreta. 1988. 436 p. (agotado).
51. García Martín, Pedro. *La ganadería mesteña en la España borbónica (1700-1836)*. 1988. 483 p.
52. Moyano Estrada, Eduardo. *Sindicalismo y política agraria en Europa. Las organizaciones profesionales agrarias en Francia, Italia y Portugal*. 1988. 648 p.
53. Servolin, Claude. *Las políticas agrarias*. 1988. 230 p. (agotado).
54. *La modernización de la agricultura española, 1956-1986*. Compilador: Carlos San Juan Mesonada. 1989. 559 p.
55. Pérez Picazo, María Teresa. *El Mayorazgo en la historia económica de la región murciana, expansión, crisis y abolición (Ss. XVII-XIX)*. 1990. 256 p.
56. *Cambio rural en Europa. Programa de investigación sobre las estructuras agrarias y la pluriactividad*. Montpellier, 1987. Fundación Arkelton. 1990. 381 p.

57. *La agrociedad mediterránea. Estructuras sociales y procesos de desarrollo.* Compilador: Francisco López-Casero Olmedo. 1990. 420 p.
58. *El mercado y los precios de la tierra: funcionamiento y mecanismos de intervención.* Compiladora: Consuelo Varela Ortega. 1988. 434 p.
59. García Alvarez-Coque, José María. *Análisis institucional de las políticas agrarias. Conflictos de intereses y política agraria.* 1991. 387 p.
60. Alario Trigueros, Milagros. *Significado espacial y socioeconómico de la concentración parcelaria en Castilla y León.* 1991. 457 p.
61. Giménez Romero, Carlos. *Valdelaguna y Coatepec. Permanencia y funcionalidad del régimen comunal agrario en España y México.* 1991. 547 p.
62. Menegus Bornemann, Margarita. *Del Señorío a la República de indios. El caso de Toluca, 1500-1600.* 1991. 260 p.
63. Dávila Zurita, Manuel María y Buendía Moya, José. *El mercado de productos fitosanitarios.* 1991. 190 p.
64. Torre, Joseba de la. *Los campesinos navarros ante la guerra napoleónica. Financiación bélica y desamortización civil.* 1991. 289 p.
65. Barceló Vila, Luis Vicente. *Liberación, ajuste y reestructuración de la agricultura española.* 1991. 561 p.
66. Majuelo Gil, Emilio y Pascual Bonis, Angel. *Del catolicismo agrario al cooperativismo empresarial. Setenta y cinco años de la Federación de Cooperativas navarras, 1910-1985.* 1991. 532 p.
67. Castillo Quero, Manuela. *Las políticas limitantes de la oferta lechera. Implicaciones para el sector lechero español.* 1992. 406 p.
68. *Hitos históricos de los regadíos españoles.* Compiladores: Antonio Gil Olcina y Alfredo Morales Gil. 1992. 404 p.
69. *Economía del agua.* Compilador: Federico Aguilera Klink. 1992. 425 p.
70. *Propiedad y explotación campesina en la España contemporánea.* Compilador: Ramón Garrabou. 1992. 379 p.
71. Cardesín, José María. *Tierra, trabajo y reproducción social en una aldea gallega (Ss. XVIII-XX). Muerte de unos, vida de otros.* 1992. 374 p.
72. Aldanondo Ochoa, Ana María. *Capacidad tecnológica y división internacional del trabajo en la agricultura. (Una aplicación al comercio internacional hortofrutícola y a la introducción de innovaciones post-cosecha en la horticultura canaria.)* 1992. 473 p.
73. Paniagua Mazorra, Angel. *Repercusiones sociodemográficas de la política de colonización durante el siglo XIX y primer tercio del XX.* 1992. 413 p.

74. Marrón Gaité, María Jesús. *La adopción y expansión de la remolacha azucarera en España (de los orígenes al momento actual)*. 1992. 175 p.
75. *Las organizaciones profesionales agrarias en la Comunidad Europea*. Compilador: Eduardo Moyano Estrada. 1993. 428 p.
76. *Cambio tecnológico y medio ambiente rural. (Procesos y reestructuraciones rurales.)* Compiladores: Philip Lowe, Terry Marsden y Sarah Whatmore. 1993. 339 p.
77. Gavira Alvarez, Lina. *Segmentación del mercado de trabajo rural y desarrollo: el caso de Andalucía*. 1993. 580 p.
78. Sanz Cañada, Javier. *Industria agroalimentaria y desarrollo regional. Análisis y toma de decisiones locacionales*. 1993. 405 p.
79. Gómez López, José Daniel. *Cultivos de invernadero en la fachada Sureste Peninsular ante el ingreso en la C.E.* 1993. 378 p.
80. Moyano Estrada, Eduardo. *Acción colectiva y cooperativismo en la agricultura europea (Federaciones de cooperativas y representación de intereses en la Unión Europea)*. 1993. 496 p.
81. Camarero Rioja, Luis Alfonso. *Del éxodo rural y del éxodo urbano. Ocaso y renacimiento de los asentamientos rurales en España*. 1993. 501 p.
82. Baraja Rodríguez, Eugenio. *La expansión de la industria azucarera y el cultivo remolachero del Duero en el contexto nacional*. 1994. 681 p.
83. Robledo Hernández, Ricardo. *Economistas y reformadores españoles: La cuestión agraria (1760-1935)*. 1994. 135 p.
84. Bonete Perales, Rafael. *Condicionamientos internos y externos de la PAC*. 1994. 470 p.
85. Ramón Morte, Alfredo. *Tecnificación del regadío valenciano*. 1994. 642 p.
86. Pérez Rubio, José Antonio. *Yunteros, braceros y colonos. La política agraria en Extremadura, 1940-1975*. 1994. 612 p.
87. *La globalización del sector agroalimentario*. Director: Alessandro Bonnanno. 1994. 310 p.
88. *Modernización y cambio estructural en la agricultura española*. Coordinador: José María Sumpsi Viñas. 1994. 366 p.
89. Mulero Mendigorri, A. *Espacios rurales de ocio. Significado general y análisis en la Sierra Morena cordobesa*. 1994. 572 p.
90. Langreo Navarro, Alicia y García Azcárate, Teresa. *Las interprofesionales agroalimentarias en Europa*. 1994. 670 p.
91. Montiel Molina, Cristina. *Los montes de utilidad pública en la Comunidad Valenciana*. 1994. 372 p.
92. *La agricultura familiar ante las nuevas políticas agrarias comunitarias*. Miren Etxezarreta Zubizarreta et al. 1994. 660 p.
93. *Estimación y análisis de la balanza comercial de productos agrarios y agroindustriales de Navarra*. Director: Manuel Rapún Gárate. 1995. 438 p.

94. Billón Currás, Margarita. *La exportación hortofrutícola. El caso del albaricoque en fresco y la lechuga iceberg*. 1995. 650 p.
95. *California y el Mediterráneo. Historia de dos agriculturas competidoras*. Coordinador: José Morilla Critz. 1995. 499 p.
96. Pinilla Navarro, Vicente. *Entre la inercia y el cambio: el sector agrario aragonés, 1850-1935*. 1995. 500 p.
97. *Agricultura y desarrollo sostenible*. Coordinador: Alfredo Cadenas Marín. 1994. 468 p.
98. Oliva Serrano, Jesús. *Mercados de trabajo y reestructuración rural: una aproximación al caso castellano-manchego*. 1995. 300 p.
99. *Hacia un nuevo sistema rural*. Coordinadores: Eduardo Ramos Real y Josefina Cruz Villalón. 1995. 792 p.
100. Con el número 100 se ha editado un Catálogo monográfico de los 99 libros correspondientes a esta Serie, que se remitirá a las personas que lo soliciten.
101. López Martínez, María. *Análisis de la industria agroalimentaria española (1978-1989)*. 1995. 594 p.
102. Carmona Ruiz, María Antonia. *Usurpaciones de tierras y derechos comunales en Sevilla y su "Tierra" durante el siglo XV*. 1995. 254 p.
103. Muñoz Torres, María Jesús. *Las importaciones de cítricos en la República Federal de Alemania. Un enfoque cuantitativo*. 1995. 174 p.
104. García Muñoz, Adelina. *Los que no pueden vivir de lo suyo: trabajo y cultura en el campo de Calatrava*. 1995. 332 p.
105. Martínez López, Alberte. *Cooperativismo y transformaciones agrarias en Galicia, 1886-1943*. 1995. 286 p.
106. Cavas Martínez, Faustino. *Las relaciones laborales en el sector agrario*. 1995. 651 p.
107. *El campo y la ciudad (Sociedad rural y cambio social)*. Edición a cargo de M.^a Antonia García León. 1996. 282 p.
108. *El sistema agroalimentario español. Tabla input-output y análisis de las relaciones intersectoriales*. Director: Antonio Titos Moreno. 1995. 431 p.
109. Langreo Navarro, Alicia. *Historia de la industria láctea española: una aplicación a Asturias*. 1995. 551 p.
110. Martín Gil, Fernando. *Mercado de trabajo en áreas rurales. Un enfoque integrador aplicado a la comarca de Sepúlveda*. 1995. 619 p.
111. Sumpsi Viñas, José María y Barceló Vila, Luis V. *La Ronda Uruguay y el sector agroalimentario español (Estudio del impacto en el sector agroalimentario español de los resultados de la Ronda Uruguay)*. 1996. 816 p.
112. Forgas i Berdet, Esther. *Los ciclos del pan y del vino en las paremias hispanas*. 1996. 562 p.
113. *Reformas y políticas agrarias en la historia de España (De la Ilustración al primer franquismo)*. Coordinadores: Angel García Sanz y Jesús Sanz Fernández. 1996. 406 p.

114. Mili, Samir. *Organización de mercados y estrategias empresariales en el subsector del aceite de oliva*. 1996. 383 p.
115. Burgaz Moreno, Fernando J. y Pérez-Morales Albarrán, M.^a del Mar. *1902-1992. 90 años de seguros agrarios en España*. 1996. 548 p.
116. Rodríguez Ocaña, Antonio y Ruiz Avilés, Pedro. *El sistema agroindustrial del algodón en España*. 1996.
117. Manuel Valdés, Carlos M. *Tierras y montes públicos en la Sierra de Madrid (sectores central y meridional)*. 1996. 551 p.



El marco de referencia de la agricultura y el mundo rural ha cambiado en los últimos años. Rupturas de orden demográfico, económico y cultural han provocado cambios importantes en las demandas de la sociedad respecto a las funciones a desempeñar por la agricultura y los agricultores. Las reivindicaciones de las organizaciones profesionales agrarias en favor de la continuidad de políticas de protección a la agricultura no pueden seguir descansando exclusivamente sobre la base de la producción de alimentos.

Una nueva legitimidad social para la agricultura y la política agraria debe ser construida, incorporando nuevas funciones en el ámbito de la producción de bienes tanto materiales (alimentarios y no alimentarios), como no materiales (servicios, paisaje, educación, medio ambiente). Se estaría ante la necesidad de establecer un nuevo contrato social entre los agricultores y la sociedad, un contrato que descansa sobre nuevas fuentes de legitimidad y a través del cual la agricultura pueda seguir siendo objeto de protección por parte del Estado en el marco de una nueva política agraria.

Bertrand Hervieu (1948) es doctor en Sociología y director de investigación del Centre d'Etudes de la Vie Politique Française (CEVIPOF-CNRS). Ha publicado diversos libros, entre los que cabe destacar el que ahora se edita en español *Les champs du future* (1996) y *Du droit des peuples à se nourrir eux-mêmes* (1996), además de los publicados en colaboración con D. Léger, *Le retour à la nature, Au fond de la forêt... L'Etat* (1979) y *Des communautés pour les temps difficiles: nèò-ruraux ou nouveaux moines* (1983). Asimismo, ha participado en la coordinación de las obras colectivas como *Les agriculteurs et la politique* (1990), *Les syndicats agricoles en Europe* (1992), *Les agriculteurs français aux urnes* (1992) y dentro de esta misma Serie: *Las organizaciones profesionales en la CEE* (1993) y *Hacia un nuevo sistema rural* (1995).

PUBLICACIONES DEL



MINISTERIO DE AGRICULTURA PESCA Y ALIMENTACION

SECRETARIA GENERAL TECNICA

CENTRO DE PUBLICACIONES

Paseo de Infanta Isabel, 1 - 28014 Madrid